
MINERVA ROS
UNA MALA
IDEA

Una mala idea

Minerva Ros

© Minerva Ros, 2025

Fotografía de portada: Rebecca Grant (Unsplash)

Todos los derechos reservados.

La vida de Julia es poco convencional, aunque no lo parece desde fuera. Sus dos mejores amigas son Charo y Manuela, sus vecinas jubiladas, con las que ve telenovelas, se esconde del mundo y está aprendiendo a tejer. Tiene veintiocho años y nunca ha tenido estabilidad: ni laboral, ni familiar, ni sentimental. La vida de Julia ha sido un desastre lleno de desgracias, y lo único que quiere en esta nueva etapa de su vida, con su nuevo y flamante trabajo como asistente en una gran empresa, es tranquilidad. Ningún sobresalto. Que no ocurra nada fuera de control. Así que enamorarse del nuevo jefe no es bueno. Es una mala idea, una idea malísima, sobre todo porque Mateo es un tipo inteligente, divertido y tan guapo que corta la respiración. Y Julia es una florecilla que siempre tiene miedo de que la pisoteen y tiene un oscuro secreto a cuestas que hace que todo esto sea aún peor. Y porque nada parece apuntar a que Mateo sienta nada por Julia. Pero entonces…

¿Y si resulta que a Mateo le gusta Julia? ¿Y si resulta que él también siente algo por ella?

Para Julia, nada podría ser peor.

Porque en el momento en que todos sepan cuál es su secreto, nada volverá a ser como antes.

1

Mateo

—¿Qué? —pregunto totalmente desubicado.

Me siento contra el cabecero de la cama, desnudo, jadeando aún. Hace un minuto Eugenia estaba cabalgando encima de mí. Ni siquiera me ha dado tiempo a quitarme el preservativo. No me ha dejado coger aliento, joder, y ya se ha levantado, ha abierto la ventana de la habitación, a pesar del frío, y se ha encendido un cigarrillo.

No entiendo cómo puede hacerlo, cómo puede ser que esto no parezca afectarle ni un poco siquiera.

La gran Eugenia Sandoval, la gran dama de los negocios, la que nunca quiere que la abrace ni la bese, y mucho menos después de hacer el amor (después de *follar*, perdón, como siempre aclara ella), me acaba de decir que se va a divorciar de su marido para estar conmigo… oficialmente.

Ha esperado a que yo esté en medio de un orgasmo para soltármelo. No sé si es que pensaba que así yo aceptaría.

—Quiero el divorcio, Mateo —insiste ella—. Y así nosotros podremos estar juntos sin problema.

Tomo aire. Me froto la cara, intentando estar presente. Algo me enerva la sangre, la noto bullir por dentro.

—No —respondo. Así, sin más.

Eugenia de repente parece darse cuenta de que está desnuda, así que coge la bata de seda que hay en la otomana a los pies de la cama y se la pone.

—Es porque estoy vieja —me dice mirando al cielo anaranjado de la tarde, después de darle una calada al cigarro. Eugenia nunca hace preguntas. Nunca.

—Tú no estás vieja y lo sabes. Los años de diferencia entre nosotros no tienen nada que ver.

Espero a que me mire a la cara. Quiero conectar con ella de algún modo. No lo hace.

—Pues no lo entiendo —insiste, molesta, intentando contenerlo. A Eugenia Sandoval nadie le llevaba la contraria en el terreno de los negocios, y eso es algo que yo y medio país reconocemos con asombro. Pero la Eugenia mujer no sabe separar sus dos mundos y a veces es un problema.

Yo resoplo, incapaz de decir nada coherente. Me tapo ligeramente con la sábana porque, de algún modo, necesito un poco de intimidad. A ella no le importa pasearse casi desnuda porque, al fin y al cabo, esta es su casa: ella compró y reformó este apartamento muy cerca del Parque del Retiro donde hemos venido quedando las últimas semanas, y he llegado a pensar que lo había hecho precisamente por mí. Eugenia ya ha cumplido los cincuenta y tiene un cuerpo maravilloso. Tiene una larga cabellera rubia, lisa y siempre recién salida de la peluquería. Todo en ella es perfecto y encaja a la perfección… sobre todo su mirada.

Su mirada de sabia, de experta. De haber vivido más que nadie y de que a ella nadie la engaña.

En todo menos en asuntos de amor.

—Eugenia —intento justificarme—, tú eres mi jefa. Y tu marido es mi jefe. Lo nuestro… en fin, ya lo hemos hablado. Está bien como está…

—Pero…

Se encara, desafiante.

¿Cómo le digo que, a pesar de todo lo que la admiro, a pesar de que todo el morbo que me provoca, no me quiero plantear llevar nuestra relación más allá precisamente por… por esto? Porque nunca hay un beso, un abrazo, una muestra de cariño. Por supuesto, en público no, porque eso es imposible… pero en privado tampoco. Y eso me desconcierta demasiado y, con el pasar de estos meses que llevamos juntos, no deja de plantearme dudas.

—Pero yo también he invertido mucho tiempo y esfuerzo, y trabajo, en sacar adelante esta empresa —digo al final, sin querer sincerarme del todo—. Hacer público lo nuestro sería tirar toda mi labor por la borda, porque lo primero que va a pasar cuando vosotros dos os divorciéis es que yo tendré que cargar con haber sido «el culpable».

—No lo eres. Eso no va a pasar.

—Ya sé que no lo soy. Pero las apariencias son las que son. La sociedad no es muy comprensiva con las relaciones abiertas, por muy bien que lo llevéis vosotros dos.

Ella resopla y vuelve a darme la espalda. Pero, aun sin verle la cara, sé por su postura que le he tocado la fibra sensible. A Eugenia hay que hablarle de cifras, de números, de proyectos de negocio. Es su triste lenguaje del amor.

No espero a que me responda. No estoy de humor para seguir con esta conversación. A pesar de que con ella he estado teniendo una de las relaciones más excitantes de toda mi vida, la sensación que me invade todo el tiempo, después de nuestros encuentros, es la de que no merece la pena.

Y, joder, si yo hubiera pensado que alguien mereciera la pena, de entre todas las personas, esa habría sido ella. Eugenia levanta admiración. A mí me deslumbra. Fue absolutamente increíble el momento en que me di cuenta de que la atracción que llevaba mucho tiempo sintiendo hacia ella era correspondida. Y soy consciente de que, en medio de todo, me he visto involucrado en una relación con una mujer casada.

Casada con mi jefe, joder.

Cojo mi ropa desperdigada por el suelo y me meto en el lujoso cuarto de baño de la habitación. El espejo que ocupa toda la pared me devuelve una imagen que, en ese momento, no me apetece nada ver.

La relación ha sido consciente y consentida. Los dos sabíamos dónde nos metíamos desde el primer momento en que Eugenia, en aquella fiesta de empresa, en la intimidad de uno de los balcones de la preciosa sala del hotel donde se celebraba, se acercó hasta mí y, sin decir nada, me quitó mi copa de la mano y bebió de ella sin preguntar, sin dejar de mirarme de aquella manera en la penumbra,

rozando con sus labios el punto donde los míos acababan de beber, ignorando el ruido que venía de dentro.

—Oh, *bourbon*. Sí, un hombre como tú solo puede tomar *bourbon* — me susurró después de devolverme la copa, de una manera que solo ella podía convertir en algo sensual y sugerente.

Yo tengo mucho aprecio por Arturo, su marido. Durante años no solo ha sido mi jefe, sino también mi mentor, mi compañero de trabajo. Es bastantes años mayor que yo, igual que Eugenia. A él lo he considerado siempre un hermano mayor.

Pero nunca pude considerar a Eugenia como una hermana.

No hace mucho de todo esto, tan solo unos meses. Ni siquiera dejó que la besara allí mismo, mientras estábamos solos y lejos de todas las posibles miradas. No, ni siquiera eso se quería permitir conmigo. Así que me pasó la llave de su habitación, así sin más. Desde el primer momento yo sabía de qué iría aquello, y me pareció bien. A ella también.

También soy muy consciente de que su relación de pareja desde hace tiempo casi es más laboral que otra cosa, pero al final ellos dos, por compromiso, por cariño, no lo sé, siguen manteniendo un vínculo en el que alguien como yo está de más. Y lo nuestro había sido desde el primer momento algo temporal y físico. Los dos lo sabíamos.

Me apoyo en la encimera del lavabo y me miro fijamente al espejo. Porque los dos lo sabíamos, ¿verdad? Bajo esta luz se me empiezan a ver algunas canas en la sien, y el rostro un poco más cansado de lo habitual. No sé a qué estaba jugando Eugenia, pero estoy seguro de que juega a algo, y me niego a que juegue conmigo. Resoplo: me tengo que decir la verdad. A mí. No soy capaz de apostar por Eugenia. Por mucha atracción que sienta hacia ella, no hay nada más.

Ella no ha dejado que lo hubiera.

Y ahora… ¿ahora quiere hacer lo nuestro oficial? No. No sé qué es, pero me suena muy mal. Me hace sentir mal.

Nos hemos acostado muchas veces. Siempre ha sido excitante, no lo voy a negar, pero no había nada más que eso, y yo he sido consciente todo el tiempo. Puedo contar como máximo una docena de veces en

las que ella me ha dejado que le diera un beso, un abrazo, y siempre con restricciones. Nunca en público, lo entiendo… pero ni siquiera en privado, ni siquiera en la cama, enredados nuestros cuerpos, nuestra piel, en ese calor del momento. No. Siempre me ha dejado claro que yo era el amante, no el enamorado.

Y ahora quiere cambiar las reglas, ahora que yo había empezado a tener dudas. O precisamente por eso.

Me aseo, me visto, y tomo una decisión: mi respuesta va a seguir siendo que no. No voy a ceder ante Eugenia. Su loca idea me pone innecesariamente en una situación de peligro y vulnerabilidad en la que no quiero estar.

No merece la pena.

Me provoca tristeza pensarlo. Me apena decirlo, pero… es la verdad.

Cuando salgo, ella sigue con nada más que la bata de seda, y se ha encendido otro cigarrillo. Está sentada a los pies de la cama y me mira fijamente, esperando que yo diga algo más. Incluso así, impone su presencia.

Sé que puedo dejarlo estar, que se trate un desacuerdo más, como tantos que hemos tenido, y no darle importancia. No hablaríamos más de esto y dentro de unos días uno de los dos llamaría al otro, o mandaría un mensaje aparentemente inofensivo, y volveríamos a vernos aquí, o yo subiría a su oficina cuando ya todo el personal se hubiera ido para hacer eso que tanto le gusta: echarla sobre su escritorio, subirle la falda y penetrarla casi sin decirnos nada, sin tocarnos apenas. Sin ninguna muestra de cariño. Solo follar.

—No quieres —sentencia ella, observándome, dándose cuenta.

Yo me siento a su lado como toda respuesta. Mi instinto me empuja a abrazarla, pero mi sentido común me dice que no. Con Eugenia no es posible una muestra de ternura de ninguna clase.

—No es una buena idea que sigamos viéndonos. No cuando hemos llegado a este punto —admito.

—No hemos llegado a nada.

—Queremos cosas diferentes. Yo me metí en esto sabiendo que iba a estar con una mujer casada, con mi jefa, con otros compromisos… y

otras lealtades.

—No ha cambiado nada —intenta rogar ella, pero no le sale bien. Casi parece una orden.

—Ha cambiado todo —insisto, encogiéndome de hombros—. Quieres cambiar de lealtades.

Me levanto y soy yo el que ahora me acerco a la ventana buscando las palabras adecuadas. Voy a cortar con Eugenia y, sorprendentemente, no me duele como hubiera pensado.

—Los dos sabíamos las implicaciones que tendría esta relación —le digo, al fin—. Yo sí sabía que esto no podría durar más que un tiempo, y que sería algo entre los dos, aunque, en el fondo, no esté del todo bien.

—Bien y mal… puf…

Disimulo una pequeña sonrisa. Esa es una frase típica de Eugenia: pero en otros momentos, en otros lugares, es divertida e inspiradora. Ahora me resulta incómoda.

—El acuerdo que haya entre Arturo y tú es cosa vuestra, al final. Pero por muy de acuerdo que estéis en mantener la relación abierta… creo que no es el lugar donde yo quiero estar.

—Estás cortando conmigo —me dice, incrédula.

—Creo que es lo mejor.

No vuelve a decir nada. Su orgullo se lo impide. Creo que es la primera vez que veo a una Eugenia de carne y hueso: desnuda, vulnerable, abriéndole su corazón… o haciendo algo parecido… a alguien que no le corresponde. No ha habido un abrazo, un beso, una caricia, solo negociación fallida. Eugenia no puede ofrecer otra cosa.

Me voy así, con el regusto amargo, pero extrañamente tranquilo. Ya en la calle me pongo la chaqueta y decido caminar un rato. Sé que no hace falta aclarar con ella los términos de la ruptura, ni asegurarme de que su posible rencor no empañe nuestra relación laboral. Es Eugenia. Se da por hecho que ella se portará como la gran dama que siempre ha sido y todo esto quedará en privado.

Y, por unos instantes, me parece muy triste. No es que hubiera preferido el drama, o una escena… Ni mucho menos temer por mi trabajo. Pero hubiera preferido que fuera de otro modo.

No estoy en condiciones de admitirlo, pero hubiera preferido haberme podido enamorar de una mujer maravillosa que también hubiera estado enamorada de mí, y que al menos así la ruptura no haya sido tan… aséptica. Hubiera preferido apostar por el amor.

Creo que es la primera vez en mucho tiempo que pongo nombre a lo que siento. Pero se queda en un deseo abstracto, y me hace muy infeliz pensar que puede ser difícil, a estas alturas, encontrar a alguien de quien enamorarme de verdad.

2

Julia

La ansiedad es una cosa terrible. Es una especie de globo de alquitrán que se te instala en la garganta y no te deja respirar. Es un monstruo que te grita todo el rato al oído que estás en peligro, aunque lo que estén viendo tus ojos sea una mañana tranquila de primavera. Una mañana tranquilísima, con los pajaritos cantando, la luz del sol colándose entre las ramas recién florecidas, con la vida del barrio abriéndose paso con la misma rutina de siempre. Ahí está el repartidor, ahí el barrendero. Ahí los de la cafetería de al lado sirviendo desayunos en la terraza, bastante llena de clientes para la hora que es. Hay unos cuantos padres con niños de camino al colegio, y señoras saliendo a hacer recados con su carrito de la compra. Todo está aparentemente en orden, pero a mí me provoca pánico. No sé ni explicarlo.

En realidad sí sé por qué todo me genera esta ansiedad. Siempre voy con la sensación a cuestas de que yo no pertenezco a ningún sitio y de que mi vida siempre depende de un hilo y yo no soy la que lo controla. El haberme quedado sin trabajo hace unos meses no ha mejorado la situación, y menos todavía al suceder, justo, en el momento en que mi amada Alicia, mi mejor amiga desde el instituto, mi hermana postiza, decidió dejarme para irse a vivir a Estados Unidos, porque se enamoró de un profesor de secundaria de Portland. Malditos turistas con su maldito atractivo que venís de vacaciones y hacéis que mi mejor amiga se enamore de vosotros.

Es verdad que mi cuñado Harry (es mi cuñado, aunque Alicia no sea oficialmente mi hermana) es un tipo maravilloso; y a pesar de que sé que quiere muchísimo a mi amiga, y que la trata como una reina, y que ella está feliz, no lo estoy pasando bien. Nos mudamos juntas a la gran ciudad hace tres años, y han sido los mejores de mi vida: compartir piso con Alicia, vivir mi vida, tener libertad para salir y entrar… y también tener la opción de poder aspirar a mejores

trabajos. Aunque hasta ahora hayan sido temporales. Algo que tampoco ayuda a mi ansiedad.

Echo muchísimo de menos a Alicia, y estoy tentada de llamarla, pero entonces me acuerdo de que aquí apenas pasan de las ocho de la mañana y que hay un enorme desfase horario entre su ciudad y la mía. Son nueve horas menos. Sé que se ha acostado, porque se tiene que levantar pronto (ah, el horario americano), así que decido sacar mi móvil y mandarle un mensaje con un emoticono de un corazón. «Voy de camino a mi primer día de trabajo». Ya hablamos ayer, y antes de ayer. Pero aun así necesito mandarle este mensaje. Es más por mí que por ella.

Me siento extraña. La semana en que Alicia se fue yo me quedé en paro, sin aviso previo: reestructuración de plantilla, hasta luego, que te vaya bien. Y de repente me vi con mis mínimos ahorros teniendo que hacer frente sola al pago del alquiler de nuestra casa y todos los gastos. Sé que tendría que buscar otro compañero (o compañera) de piso, pero no me siento capaz. Siempre que me pongo a hacerlo se me ocurren mil razones y pronósticos de que va a ser desastroso, de que nunca será como compartir piso con Alicia. Y ese miedo me paraliza y lo abandono del todo porque no soy capaz de reunir valor para poner el anuncio en la web. Si he sobrevivido hasta aquí ha sido por culpa de Charo y de Manuela. Mis chicas de oro. Son mis vecinas de abajo. Son hermanas, y son mayores, pero de una edad indefinida en la que lo mismo tienen una energía que sería la envidia de un adolescente que lo mismo se aprovechan de los achaques para librarse de alguna cosa que no quieren hacer. Yo diría que pasan de los setenta, pero cualquiera sabe. Cuando se quedaron viudas, después de la jubilación y ya sin hijos al cargo, decidieron irse a vivir juntas, y se pasan las tardes tejiendo y viendo telenovelas e invitando a amigas del barrio a tejer e hincharse de comer. También van a pasear, están apuntadas a varios clubs de lectura y a la comisión que organiza las fiestas del barrio. Y me han adoptado como nieta. Charo y Manuela me han preparado comida, me han obligado a pasar tardes con ellas aprendiendo a tejer para no pasarlas sola comiéndome la cabeza en mi casa mientras esperaba que me llamaran de algún trabajo. Me han puesto al día de telenovelas turcas (que no es poca cosa, porque eso es un submundo infinito). También han confabulado con otras amigas del barrio para ayudarme. Dori, la

de la panadería de la plaza, cuando me ve hace que me lleve una barra de pan gratis, y a menudo me trae sobras de bollos al final del día, o alguna empanada, o trozos de esa *focaccia* riquísima que hacen. Pepi, cuando coincidimos para tejer en casa de las chicas, de vez en cuando me mete un billete de veinte en el bolsillo. Todas me han escuchado, me han aconsejado y me han acompañado con sus historias estos meses tan duros. Es raro decir que, con veintiocho años, mis mejores amigas son un grupo de jubiladas que le dan más de lo que debieran al licor de crema, pero así es.

Además, estoy aprendiendo a tejer.

Camino hasta la entrada de la estación de metro y bajo las escaleras. Aquí voy, toda yo, con mi pelo salvaje lo mejor peinado posible, mi ropa de oficina que intento colar como «ligeramente excéntrica» para disimular que la he comprado en tiendas *vintage* a bajo costo y unos bonitos zapatos negros de tacón que me dan un poco de seguridad. Lo bueno: estoy relativamente cerca de mi trabajo nuevo y tardo poco en llegar, además, ¡tengo trabajo nuevo! Y es un buen trabajo. Creo que es el mejor que he tenido nunca. Lo malo: precisamente eso, que mi ansiedad se empeña en gritarme que todo va a ir mal porque es demasiado bueno para ser verdad.

Es terrible y nunca lo digo en voz alta, pero tengo algunos traumas acumulados y me da miedo sentir alegría o esperanza en el futuro. Siempre me da la sensación de que si las cosas van bien pronto ocurrirá algo y se lo cargará, porque yo no soy de las que se pueden permitir que les pasen cosas buenas. Lo peor de esto es que sé que es mentira, pero no puedo salir de ese pensamiento y, además, es una profecía autocumplida: siempre pasan cosas malas porque, al final, la vida es así. A todo el mundo le suceden cosas malas. Tu mejor amiga se enamora locamente y se va a vivir al otro lado del mundo. Los precios suben, tú te quedas sin trabajo. Tu madre… bueno, tu madre es como es, y no puedes remediarlo. Y al final, cuando esas cosas malas pasan, no solo a ti, sino a todo el mundo, te dices que es lógico porque a ti nunca te pueden salir bien las cosas.

Es imposible ganar.

No obstante, consigo mantener los nervios bajo raya y hago el viaje en metro relativamente rápido. Tengo que hacer un trasbordo, pero es muy corto y llego bien de tiempo. Trabajo de nueve a cinco de

lunes a viernes y nunca me han pagado tan bien. Qué narices: me merezco que me paguen bien. Voy a ser asistente ejecutiva de la vicepresidenta de una empresa de arquitectura y reformas. Si me preguntan ahora mismo, diré que por supuestísimo que es el trabajo con el que he soñado toda mi vida, aunque esto ni se le acerca a mis sueños. Pero mis sueños aquí no importan.

La oficina está en las plantas cuatro y cinco de un gran edificio empresarial del centro. Estuve aquí hace tres días para la entrevista en la que me dijeron que me contrataban definitivamente, y pude conocer a la que va a ser mi jefa: se llama Eugenia y es… bueno, Eugenia es una diosa. Es una mujer que pasa de los cincuenta y no tiene absolutamente ningún complejo. Y es guapísima, sofisticada. Y, por alguna razón, yo le gusté.

Tomo aire y traspaso el umbral. El portero del edificio me pide la credencial y le digo que todavía no la tengo; le doy mis datos. Me deja pasar y me dice que baje a lo largo del día para coger mi credencial personal. Ascensor, planta cinco, pero antes de que se cierre la puerta entran dos hombres conmigo al estrecho espacio y de repente me siento (agradablemente) invadida por su presencia. Y su aroma. Oh, dios mío, ese aroma. Qué llevarán puesto, huele al mismísimo Olimpo.

—Hola —me saludan casi al unísono y apenas me miran, colocándose a mi derecha.

Y yo me giro disimuladamente y me asomo a verlos.

Eh… ¿perdona? ¿Y estos dos ejemplares de hombre ideal de dónde han salido? ¿Estoy soñando? ¿Me he caído dentro de una de las telenovelas guarras de Charo y Manuela?

Uno de ellos tiene el pelo rubio oscuro, corto, barba de varios días y la pinta de saber cómo meterse en problemas a pesar de ir elegantemente vestido con ese traje de chaqueta de color azul. Ligeramente ajustado, y debajo un cuerpo bien trabajado que parece difícil de disimular. Carraspeo y trago saliva.

El otro también es guapísimo, a quién quiero engañar. Tiene los ojos azules y cara de galán italiano, con el pelo oscuro y una sonrisa pícara.

—Contrólate ahora, ¿vale? —le susurra el rubio al otro; parece que se pelean, pero en realidad me da la sensación de que se están divirtiendo, porque el galán sonríe.

—Oh, si me dejaran descontrolarme…

Lo dice de una manera que, no lo puedo evitar, me hace reír. Y se me escapa esa risita. Disimulo con una tos, pero no cuela. Él se ajusta la corbata y entonces me mira unos segundos, y yo siento la necesidad de tomar aire. Luego el otro, el rubio que tiene aires de Tom Hardy, también se me queda mirando. Bueno, ¿y qué hago ahora? No voy a negar que me estoy riendo por lo que han dicho, así que les devuelvo la mirada, me sonrojo como un tomate sin decir nada y me encojo de hombros.

Y entonces milagrosamente suena el timbre del ascensor y ellos bajan primero. A mí me queda una planta. Sin embargo, mientras se marchan y se cierran otra vez las puertas del ascensor, los dos se giran y me echan una última mirada rápida que, sinceramente, me ha hecho arder un poco las bragas. Es que no es uno, sino dos. ¿Me los volveré a cruzar? Hay algo que me hace pensar que sí, sin duda. Y que tampoco tiene nada malo admitir que están buenísimos y da gusto mirarlos. Pero eso será todo. Aquí lo importante, Julia, es que recuerdes que tus sueños (o tus ensoñaciones) no son lo importante.

Con ese pensamiento salgo del ascensor, tomo aire y me encamino a lo que de ahora en adelante será mi nuevo trabajo esclavizante de lunes a viernes del que no puedo escapar si quiero tener alguna posibilidad de sobrevivir.

3

Julia

Eugenia es una diva y nunca pierde un minuto. Cuando la conocí hace unos días en la entrevista final de trabajo me dejó completamente sin palabras: es pura energía, decisión, liderazgo. Si me gustaran las mujeres, le pediría salir.

Bueno, no. Eso no va a pasar: yo nunca, jamás, me atrevería a pedir salir a alguien como Eugenia. Ni a ella ni a nadie, seamos sinceros. Mi vida ha sido tan caótica que nunca me he planteado seriamente tener ninguna relación de pareja más allá de algún rollete sin grandes aspiraciones y de eso... ay, de eso hace tiempo. Diría que los últimos años de mi vida han sido una dosis demasiado infranqueable de responsabilidades y preocupaciones como para detenerme a pensar en mí misma, pero ¿qué parte de mi vida no ha sido así?

Nada más llegar me presento en la oficina de Eugenia y me da la bienvenida con un asentimiento de cabeza. Rápida y directa. Y luego después todo se precipita a un ritmo al que no estoy acostumbrada.

Sin embargo, me adapto rápido.

Ser asistente no es lo mismo que ser una secretaria. No es ni mejor ni peor, ni tiene más glamur, ni está mejor visto: es que es diferente. La mayor parte del personal en estas oficinas (los que no son jefes) también son asistentes, aunque hay un par de secretarias de departamentos. Como asistente personal de Eugenia mi trabajo no es solo gestionar su agenda de trabajo, sino *todo* lo que ella necesite. Después de tenerme una hora en su despacho tomando notas frenéticamente, intentando acordarme de todas las cosas que me ha dicho (la agenda, los correos electrónicos, las citas y llamadas, la clave del ordenador, el programa para mandarnos notas), ha llamado a Gema, la secretaria de recursos humanos, y a los pocos minutos ha aparecido en la puerta del despacho de Eugenia. Ya la conocía. El último día que vine tuve que firmar el contrato y ella me atendió mientras esperaba.

Gema es casi tan despampanante como Eugenia, solo que unos veinte años más joven. Se ve que intenta estar a su altura y la imita en todo lo posible y da un poco de impresión verlas en la misma habitación: el mismo color de pelo, la misma manicura bien cuidada, los trajes de chaqueta de color claro, con el mismo corte en la cintura. Es como una mini Eugenia, solo que de un modo que, lo reconozco, me da un poco de grima y me genera desconfianza. Eugenia no parece darse cuenta de que es muy descarado.

—Dale una vuelta a Julia por las oficinas y ponle al día de todo —le ha dicho Eugenia, y Gema ha aceptado con una sonrisa complaciente.

El caso es que Gema está siendo simpática conmigo. ¿Entonces, qué es lo que me inquieta?

Me lleva a la sala de juntas y pasamos por delante de los despachos, indicándome de quién es cada cual, aunque tiene una plaquita con el nombre en la puerta, de la cual me alegro porque no me voy a acordar de nada dentro de un rato. El espacio de la oficina tiene suelos de madera clara, las paredes de color blanco y todo rezuma una elegancia que no puedo evitar que me recuerde a Eugenia: las mesas de trabajo son de diseño, y los espacios diáfanos y bien iluminados, minimalistas, preferentemente con toda la luz natural posible. Incluso el resto de empleados que voy conociendo parece que visten una especie de uniforme no oficial para parecerse a Eugenia, al contrario que yo, que llevo esta ropa un poco extraña que desentona. Nadie se fija, nadie me lo señala. Todos son corteses conmigo. Igual son mis inseguridades y me lo estoy imaginando.

—Esta es una empresa importante y para ser líderes del sector primero hay que parecerlo, ¿no crees? —me dice Gema cuando le he señalado lo bonito de unas plantas colgantes en la zona de descanso.

Asiento y decido que no es una indirecta hacia mí. No, no voy a empezar a tomármelo todo como algo personal. Hay una nevera, un microondas, un hervidor de agua, una cafetera exprés muy bien dotada y una mesa grande y cómoda para traerse la comida del mediodía.

—Seguramente Eugenia querrá que le lleves todos los días el café, pero no me acuerdo de cómo se lo toma.

Asiento y me apunto en mi libreta (que a estas alturas ya está a punto de reventar) que tengo que averiguar cómo le gusta el café a Eugenia.

Y mientras tengo la cabeza agachada revisando las dos últimas páginas de la libreta, algo cambia en el ambiente. No sé qué es, pero lo noto: no sé si es una vibración, un sexto sentido que no sabía que tenía hasta ese momento. Siento su aroma e instantáneamente mi cerebro reacciona y levanto la vista: uno de los tíos guapos del ascensor ha entrado a la sala de descanso y se está acercando. El rubio, al que no le caben bien el cuerpo dentro del traje elegante.

Esos segundos desde que traspasa el umbral hasta que llega a nosotras me dejan con una intensidad que nunca había sentido debajo de la piel.

Yo le miro. Él me mira. Baja la cabeza con un gesto de saludo y una diminuta sonrisa de que me ha reconocido.

Guau. Sencillamente, guau.

—Hola. Tú eres la del ascensor. Yo soy Mateo —me dice, y me tiende su enorme mano a modo de saludo.

Tomo aire y le devuelvo el saludo apretándole la mano y diciéndome mentalmente que no tengo que temblar. No tengo que temblar, recuerda. Firmeza, Julia, eres una mujer adulta. Al final queda un poco ridículo la fuerza con que se la estrecho.

Cielo santo, su tacto, su olor, al tenerlo tan cerca. Su mano tan grande y fuerte que casi atrapa la mía por entero.

—Yo soy Julia, la nueva asistente de Eugenia —le respondo después de haber vuelto a encontrar un hilo de voz en el fondo de mi garganta.

—Oh… ¿en serio?

No sé qué significa eso.

—Hola —interrumpe Gema después de carraspear. Parece que no le gusta pasar desapercibida. De repente su voz suena mucho más suave y aterciopelada—. ¿Necesitas algo, Marcos? ¿Te puedo ayudar?

—No, necesito que venga mi asistente a mi despacho. ¿Sabes dónde está?

—¿Patricia? Eh, no, la verdad… pero…

—Si la ves dile que venga a mi despacho sin perder tiempo.

Parece enfadado y desde luego que te da la sensación de que a Mateo no hay que hacerle enfadar. Bien, vale. Apuntado. Se despide y se va por donde ha venido, pero a mí la sensación de su presencia se me queda un buen rato más en el cuerpo.

Gema se gira hacia mí cuando nos volvemos a quedar solas.

—Ese es Mateo Requena, el director de cuentas. Es uno de los jefazos, de los que están más cerca de Enrique y Eugenia. —Hago memoria, Enrique es el marido de Eugenia y el CEO de la empresa—. A menudo lo verás cerca de Francesco Vanetto, el director financiero. Son uña y carne.

Ah… así que el otro macizo del ascensor sí que es italiano…

—Te irás dando cuenta de que en esta oficina hay unos cuentos directivos que, sinceramente, son guapos y ricos. Y están solteros.

—Ajá —digo, un poco extrañada. No sé a qué viene ese comentario, pero Gema sigue hablando.

—Yo personalmente creo que un buen uso del tiempo que estemos trabajando en esta empresa es intentar llegar a tener una relación con alguno de ellos. Conquistarlos, por así decir… —se ha cruzado de brazos, a lo diva, y ha bajado la voz—. Aquí somos unas cuantas las que, no te voy a engañar, tenemos esa idea en mente todos los días cuando venimos a trabajar, y no vamos a desperdiciar una oportunidad. ¿Te imaginas? Pasar de repente a no tener que preocuparte por nada, solo a ser esposa de uno de estos hombres ricos…

Parpadeo, incrédula. ¿Está bromeando? Creo que lo dice en ese tono en que, dependiendo de cómo reacciones, va a ser broma o no. No digo nada porque, sinceramente, no sé qué decir. Gema me mira un poco de arriba abajo, a mi ropa de trabajo *vintage*, a la diferencia obvia que hay entre ella y yo: ella, tal alta, tan elegante y delgada. Yo, bajita, definitivamente no llevo el pelo planchado (solo el cielo sabe lo difícil e inútil que es intentarlo), con esta ropa que *definitivamente* no tiene el aura de Eugenia…

—Mateo es uno de los premios gordos —me dice, antes de que pueda reaccionar—. Creo que todas lo hemos intentado con él y no hay manera. Pero nunca hay que perder la esperanza, ¿no crees?

No lo sé. No lo creo. Sigo parpadeando.

De repente me suelta una sonrisa fea, un poco forzada.

—Bueno, ya te he enseñado todo lo que hay aquí. Te dejo. Voy a ver si localizo a Patricia antes de que le caiga una buena bronca.

Y se va, y la sala de descanso de repente se queda en un silencio extraño. Me cuesta creer lo que acabo de escuchar, y hay una parte de mí que está empezando a creer que lo que me ha dicho Gema tiene que ser broma, definitivamente broma.

Yo ni en un millón de años querría tener nada que ver con ese plan que me ha contado. Y tengo mis razones. *Muy buenas razones*. Yo ya he pasado por ahí y no termina bien.

Hay algo agradable en que, en el fondo, todo el mundo de mi alrededor crea que soy una mosquita muerta y que no sé nada de la vida. Me da cierta sensación de seguridad, un consuelo extraño de que, quizá, así es como debería ser la vida. No se parece a la realidad, pero la ilusión, durante unos momentos, trae alivio.

Sacudo la cabeza y regreso a mi mesa de trabajo. La puerta de Eugenia está entreabierta, así que me acerco a decirle que ya he vuelto del *tour* y que cómo quiere el café, cuando escucho voces dentro. Esta parte de la oficina está más apartada del resto, así que nadie me ve cuando me acerco disimuladamente e intento averiguar quién está dentro y si puedo pasar.

A través de la pequeña rendija veo a Mateo. Está junto a Eugenia, no al otro lado del escritorio, sino de pie junto a ella. Él alarga la mano y le acaricia la mandíbula en un gesto que… a ver, parece *demasiado* íntimo. Eugenia inmediatamente aparta la cara. «Aquí no, ya lo sabes», la escucho decir.

Oh, me parece que trabajar aquí sí que va a ser al final como una de esas telenovelas de las chicas.

4

Julia

Estoy sentada en el salón de Charo y Manuela. He vuelto de mi primer día de trabajo y Charo me ha mandado un mensaje para decirme que bajara a tejer un rato con ellas y a contarles qué tal me ha ido, y eso he hecho. Hoy estamos las tres solas y hay un chaval en el televisor sin camiseta que acaba de salir de una piscina a la que se ha tirado para sacar a la muchacha que se había caído dentro por culpa de una tipeja que le tiene mucha envidia y la ha empujado. La cámara se detiene en sus pectorales a cámara lenta, como no puede ser de otra manera. Y yo no puedo evitar acordarme de Mateo Requena, jefe de mi empresa y probablemente uno de los cuerpos más impresionantes que haya visto en mi vida. Y eso que solo lo he visto vestido.

Manuela se empeña en que el elástico doble que quiero tejer para este gorro es fácil, pero a mí esos abdominales de la pantalla me desconcentran: a quién quiero engañar. Llevo *demasiado* tiempo de sequía. Me da un poco de vergüenza admitir que la última vez que me acosté con alguien fue todavía en el pueblo, y ha hecho tres años desde que nos mudamos a la ciudad.

—Esto es muy difícil, Manuela —le digo, tirando las agujas sobre el sofá con desesperación.

—Si miraras menos al chico de la pantalla, te concentrarías mejor —se ríe.

—Si no hubierais comprado un televisor de ocho mil pulgadas, sería más difícil no verlo —le respondo, y ellas se ríen. Ni siquiera se esfuerzan un poco por disimular, las cachondas.

Tengo razón. Charo y Manuela tienen un televisor obscenamente grande y todas sabemos que es porque, en realidad, les encanta ver a los chicos guapos en alta definición.

Les he hablado un poco de las primeras impresiones, sin detenerme mucho en el hecho de que cuando Mateo pasó por la sala de descanso

y se dirigió a mí me temblaron bastante las piernas. Pero sí les he hablado del posible salseo entre Mateo y Eugenia. Los chismes siempre hay que compartirlos. Es la regla número uno de la amistad.

—Pues mira, aunque ella esté casada, a mí me gustan los hombres que saben estar con mujeres mayores —dice Charo, y las dos la miramos con sospecha—. Me parece que son sensibles e inteligentes. Y un buen partido.

—¿Estás intentando decirnos algo, Charito? —le pica su hermana.

Pero Charo ni confirma ni desmiente, solo dice que es una idea, nada más, pero también se pone en modo misterioso, aunque creo que solo lo hace por chinchar a Manuela.

Y entonces suena mi teléfono. Yo sigo en ese ambiente de risa relajada hasta que lo saco de mi bolsillo del pantalón y entonces veo en la pantalla que se trata de mi madre. Las chicas también lo ven. Frunzo el ceño. Se acabó toda la diversión. Me lanzan una mirada de compasión y antes de responder me dirijo a la cocina para tener un poco de privacidad.

—¿Qué tal, mamá?

Yo quiero a mi madre, de verdad que sí. Es solo que…

En fin, lo de siempre.

Casi ni me pregunta qué tal mi primer día. Me deja explicarle muy poco antes de que yo pase a tener que estar los siguientes quince minutos escuchando cómo ella está teniendo problemas con su amiga, con su jefe, con el vecino. Tampoco le va tan mal, pero a ella todo se le hace un mundo. La escucho, la atiendo. Luego ella se despide, tiene cosas que hacer. Dice que se alegra por mí, que ya le contaré qué tal me va. Yo me quedo triste, cuelgo y vuelvo al salón.

Sé que mi madre no ha tenido la mejor vida: ninguna de las dos la hemos tenido. No me enfado con mi madre, me enfado con la vida que nos ha tocado vivir. Y a veces me enfado porque mi madre, desde que soy más o menos adulta, parece que ya no tiene una hija, y parece que yo ya no tengo una madre. Solo tengo una obligación a la que atender, escuchar y asistir, sin recibir nada de su parte. Creo que no es justo, pero es difícil expresarlo con palabras.

Charo a veces dice que mi vida es una telenovela, y tiene razón. Mi madre trabajaba de secretaria en las oficinas centrales de una importantísima empresa textil. Le costó lo suyo hacerse hueco, huérfana desde muy joven, mediante empleos de mierda, desde el pueblecito en el que nació hasta llegar ahí. La empresa la dirigía un señor muy rico que aún hoy sale cada dos por tres en las noticias de economía y a veces, incluso, en las páginas de la prensa rosa, porque se casó con alguien famoso. Mi madre venía de una vida muy difícil: nunca conoció a su padre, perdió a mi abuela siendo muy joven y se quedaron solas mi tía y ella, y mi tía... bueno, mi tía está muy loca. Cuando buscas «inestabilidad» en el diccionario, aparece la foto de mi tía Olga. La última noticia que tengo de ella es que andaba en una comuna en lo profundo del monte porque allí, decía, se podía vivir lejos del capitalismo. Hace años que no la veo. Mi madre comenzó trabajando para uno de los directivos menores, pero siempre me cuenta que uno de aquellos días, en una reunión de junta, volcó un poco de café sobre la corbata del jefe jefazo sin querer y por alguna razón él, en lugar de enfadarse y despedirla, se quedó prendidísimo de la sonrisa de mi madre, e hizo que pasara a ser su secretaria.

Y, sí, comenzó una aventura con ella.

Mi madre era muy consciente de la diferencia de edad, y de que él era muy poderoso, y de que estaba casado. Aun así, se enamoró perdidamente de él y durante dos años mantuvieron aquella relación oculta. Pero entonces mi madre se quedó embarazada de mí.

Es curioso como lo sé desde siempre, aunque no es una historia para niños. Mi madre nunca me lo ocultó, y a lo largo de los años de vez en cuando volvía a contarme la historia añadiendo detalles que, o bien yo no recordaba, o bien ella no había querido contar. Cuando su jefe se enteró de lo que había ocurrido, mi madre pensó que eso ayudaría a que él se comprometiera, a que dejara a su esposa y pasaran a tener ellos dos una relación más formal. En realidad, mi adorable padre le dijo a mi madre que, o abortaba, o la despedía. Eran otros tiempos, sí. Lo hizo impunemente. Obviamente, mi madre decidió que no iba a deshacerse de mí, pero él tampoco cedió. Lo peor es que mi madre no solo se quedó sin trabajo, sino que además mi padre se desentendió completamente de nosotras. Solo una vez, cuando tenía catorce años y le pregunté específicamente por ello, mi

madre me confesó que su mayor pena era que mi padre nunca quiso siquiera ir a verme cuando nací. Tampoco hizo nada más por mí, ni por nosotras: nunca me reconoció, nunca ayudó económicamente a mi madre, que de la noche a la mañana se convirtió en una madre soltera en paro, una situación que yo sé que nunca deseó. Mi infancia fue durísima, sobre todo porque nunca nos llegaba el dinero para nada, y no contábamos con ninguna ayuda.

De nuevo, mi mayor consuelo es que, si mi historia llega a ocurrir hoy día, a mi padre se le habría caído el pelo delante de un tribunal. Pero eran otros tiempos, y otras leyes. Mi madre no quiso denunciarle y no había manera de reclamarle nada.

Recuerdo Navidades sin apenas regalos, porque mi madre no podía comprarlos. Recuerdo haber deseado una bicicleta durante varios años y haber tenido que esperar y esperar hasta que mi madre consiguió una de segunda mano que pintó y restauró como mejor pudo. Recuerdo cuando nos cortaban la luz porque mi madre no podía pagar alguna de las facturas, y jugábamos a que era una aventura en la selva, las dos solas, cenando comida fría a la luz de las velas, y poníamos las plantas encima de la mesa del comedor para dar ambiente. Madre mía, me acuerdo de todo esto y me entran escalofríos. Tuvimos que cambiar dieciséis veces de casa, siempre de alquiler, siempre haciendo las mudanzas casi con lo puesto, porque no podíamos pagar un servicio de transporte ni teníamos apenas muebles. Bastante bien he salido para la vida que tuvimos. Yo sé que todo salió mucho mejor de lo que podía haber sido. Podía haber acabado en un centro de acogida, metida en asuntos de drogas, o en la cárcel; pero en vez de eso resultó que a mí me gustaba estudiar, y era cumplidora, demasiado madura para mi edad, teniendo que asumir responsabilidades que no me tocaban. Yo siempre estaba pendiente de no gastar dinero, de aprovechar todo lo que se podía, siempre apoyando a mi madre e intentando no ser una molestia porque la mayor parte de los días volvía a casa reventada de sus dos trabajos. Todo esto mientras las dos éramos conscientes de que la familia de mi padre era una de las más ricas del país, pero que no podíamos hacer nada al respecto.

Durante una época, en la adolescencia, sentí la necesidad de intentar acercarme a mi padre, de conocer mis raíces. No le dije nada a mi

madre. Ella nunca propició que le odiara, lo cual es bastante sorprendente. Yo empecé a odiarle entonces, cuando, investigando, me enteré por una noticia en una revista del corazón del reportaje de la nueva casa que mi padre se había comprado con su nueva mujer.

Porque no se podía casar con mi madre, claro. No podía asumir su paternidad conmigo. Él no podía dejar a su mujer de entonces para hacerse responsable de sus actos, o sea, de mí. Pero sí que pudo años después divorciarse sin problema para casarse con la heredera de una familia poderosa. Vaya por Dios, qué cosas pasan, ¿eh? Recuerdo que rapiñé unas cuantas monedas de la hucha, que nunca tenía gran cosa, y me compré la revista en el quiosco del barrio. La subí a casa y la escondí entre mis cosas, donde sabía que mi madre no miraría. Y los ratos en los que estaba sola en casa, durante meses, y meses, y meses, sacaba la revista y releía una y otra vez aquel reportaje. Observaba con obsesión las fotografías de aquel salón lleno de mármoles y dorados, del jardín con los setos recortados, la piscina impoluta. No podía dejar de ver el reportaje de su casa nueva, mientras no dejaba de pensar que el pasillo de nuestra casa tenía una gotera enorme que no podíamos pagar para arreglarla, que nos habían cortado el gas y mi madre no podía pagar la factura así que no teníamos agua caliente y para ducharnos había que calentar cacerolas de agua. Recuerdo mirar una y otra vez aquellas fotos escuchando de fondo el tic, tic, tic del agua que caía en el cubo, justo al otro lado de la puerta. Se sentía todo muy irreal.

Solamente Alicia sabía quién era mi padre. A efectos prácticos, yo siempre dije a todo el mundo que no sabía quién era, y era mejor así: ¿quién me iba a creer, yendo a colegios e institutos de barrio, en zonas conflictivas (donde nos podíamos permitir alquilar una casa), que yo era la hija de Gabriel Roselló? Al fin y al cabo, yo no me llamo Julia Roselló. Sin embargo, las pocas dudas que tuve desaparecieron con aquella revista. A pesar de los obvios retoques fotográficos, había algo que no se podía disimular: yo soy, hasta la fecha, físicamente igual a mi padre. Los mismos ojos verdes, la misma nariz poderosa, con el regusto judío de nuestros antepasados. Yo no me he parecido nunca a mi madre. Esa era una verdad que siempre permanecía en silencio entre nosotras dos.

No hice nada. Guardé la revista para recordarme que no era un sueño, que no me lo estaba inventando, que aquella historia rocambolesca era real. No le eché a mi madre nada en cara y seguimos adelante. Nunca intenté contactar con mi padre. Desde que tenía uso de razón, siempre tuve tan presente su rechazo que me echaba para atrás el miedo si intentaba hablar con él.

Si había un Dios, que se encargara él de hacer justicia, porque nosotras no teníamos dinero para ello. Hasta aquí, no se ha encargado. Igual necesita tiempo, quién sabe.

Desde que me hice adulta la relación con mi madre empeoró bastante. No sé por qué, ni quiero indagar en ello, pero mi madre comenzó a esperar que yo me hiciera cargo de todo, y la mayor parte de las veces solo me agotaba física y mentalmente, y era como si yo hubiera comenzado a tener una hija adolescente y no al revés. Le molestó muchísimo que yo decidiera venirme a vivir a la ciudad con Alicia. Creo que me lo sigue echando en cara, como si le debiera algo. A menudo la conversación con ella es superficial, agradable, pero por debajo sabemos que esa tensión está ahí, a punto de saltar.

Después de la conversación me he quedado nada más mirando la televisión, sin prestar atención a la labor. Estoy a esto de abandonar el maldito gorro.

—¿Te quieres quedar a cenar, Julia? —me dice Charo, como quien no quiere la cosa. Se escucha el tic-tic de sus agujas chocando mientras siguen tejiendo. Hay un amor sólido y cálido en su gesto, en su sonrisa tierna, y yo me dejo querer. Ellas a veces me hacen hablar de lo que pasa con mi madre, pero otras solo dejan la puerta abierta para que yo me sincere cuando lo necesite, y por eso las quiero tanto. A veces solo me invitan a cenar.

Pocas cosas calientan más el alma que un plato de sopa casera.

5

Mateo

Intento ir calmado, pero a medida que me acerco al despacho de Eugenia me pongo nervioso sin poderlo evitar. Hace varias semanas que hemos terminado y hemos conseguido quedar en, más o menos, buenos términos. No nos hemos hablado y la relación laboral no se ha resentido. O eso parecía. Y me sorprende que yo no haya sentido desde entonces ninguna urgencia ni deseo de deshacerlo todo y volver a quedar con ella. No la echo de menos. Pero entonces, esta mañana, me tengo que enterar por el puto correo interno de que se divorcian.

Por el puto correo interno de la empresa.

O sea: no era yo. Nunca he sido yo. Nunca fue por mí. Su relación llevaba rota mucho tiempo y Eugenia, de alguna manera, ha intentado utilizarme a mí como escudo humano, para que yo me lleve los golpes de todo este enorme problema y ella salir de puntillas y sin un solo rasguño.

Una jugada maestra, pero ahora no estamos hablando de negocios, sino de mi vida personal. Peor aún: estamos hablando de que ella y yo hemos estado desnudos en la misma cama, que yo he estado dentro de ella montones de veces, y ella ha querido sacar réditos empresariales.

Así que no pienso en otra opción que no sea ir a hablarlo directamente con ella. Y el cielo es testigo de que estas últimas semanas he evitado hacerlo por todos los medios posibles. La asistente de Eugenia, la chica nueva que llegó hace unas semanas, se asusta al verme allí, y lo entiendo: se me debe notar en la cara.

Paso al despacho casi en el acto, y cuando entro me doy cuenta de que sigo sin echarla de menos, aunque está más atractiva que nunca: su larga melena le cae sobre los hombros y la luz que entra por la ventana le acaricia la piel de tal manera que la hace parecer aún más imponente.

—Supongo que te has enterado —ese es su saludo.

—¿Te ibas a divorciar de todos modos y querías usarme a mí para parar los golpes?

Digo eso sin más y me siento en el sillón del otro lado de su escritorio. Estoy enfadado y no lo disimulo.

—No —responde, y parece sincera—. Tú me hiciste ver que quería divorciarme desde hacía mucho, pero no me atrevía a hacerlo.

Bajo la cabeza y me miro las manos, procesando su respuesta. Tiene sentido, pero hay algo en esta situación no me deja de molestar.

—Así que… te vas a Alemania —digo finalmente.

—Así es.

—¿Y eso también llevabas queriéndolo hace mucho?

Obviamente, en mi pregunta hay mucho sarcasmo y mucho enfado reprimido.

—Así superviso la nueva sucursal y cambio de aires —me responde, como si nada—. Arturo y yo seguimos siendo socios, pero estaremos mejor si nos vemos poco durante un tiempo.

—¿Cómo se lo ha tomado él?

—Sorprendentemente, con alivio.

Eugenia se encoge de hombros para quitarle importancia, pero yo sé que ese gesto evidencia que a ella no le parece tan bien. Su ego ha sufrido dos golpes serios en poco tiempo y no está acostumbrada.

—¿Y tu sustituto? —me intereso yo.

—Tú.

Me lo dice así, sin más. No pude evitar echarme hacia atrás en el sillón, sorprendido.

—No me has dicho nada. Nadie me ha dicho nada.

—Te lo estoy diciendo yo ahora.

—¿Ibas a esperar a que yo subiera a preguntar?

—No era mi intención, pero ya estás aquí.

—Así que supongo que Arturo no sabe nada de lo nuestro.

Eugenia suspira, irritada, antes de responder.

—Obviamente, no.

Sí, está molesta conmigo. Pero yo no me voy a amedrentar.

—¿Y se supone que yo voy a aceptar el puesto así, sin más, sin que se levanten sospechas?

—Qué sospechas se van a levantar, Mateo. Yo no le he dicho a nadie lo nuestro. Tú tampoco. Que lo nuestro no funcionara no tienen nada que ver con que no seas el mejor en lo tuyo y la persona más adecuada para tomar la vicepresidencia.

—¿Y por qué me lo dices así de irritada?

—Porque estoy irritada.

—¿Por qué?

—Porque eres imbécil.

Los dos resoplamos. Antes era en medio de estos momentos cuando no podíamos evitar excitarnos y lanzarnos el uno al otro, pero ahora… ahora no. Ahora las brasas ya no arden.

—Podía haber pasado exactamente lo mismo que ahora, pero estando todavía juntos —dice ella finalmente, como si se hubiera guardado durante demasiado tiempo aquellas palabras.

Joder. Cierro los ojos y me aprieto el puente de la nariz en un gesto inconsciente de frustración que a ella no le pasa desapercibido.

—No era por eso por lo que no quería seguir con lo nuestro, Eugenia —acabo admitiendo.

—¿Y por qué ha sido?

Quizá es la primera pregunta que escucho salir de su boca en… ¿años? Y me la está haciendo a mí. Así que decido estar a la altura del acontecimiento.

—Porque no estoy enamorado de ti.

Lo recibe sin mover un músculo, tan solo se echa sobre el respaldo de su sillón y asiente pensativa, girándose hacia la ventana. Y tarda un

buen rato en responder a mi sinceridad suicida.

—Eso no tiene importancia.

Dice eso y hace ese gesto con la nariz de cuando quiere despreciar algo. Solo que, ahora, lo que está despreciando son mis sentimientos. No soporto su condescendía. No soporto que me ningunee. No, este era el verdadero problema. Yo no puedo enamorarme de alguien que solo es capaz de amarse a sí misma.

—Sí que la tiene. No puedo estar en una relación en la que siento yo en realidad no importo y que se me está usando.

El problema con Eugenia siempre ha sido que, en el fondo, nunca sabes cuánto le está afectando algo. Nunca, o casi nunca, hasta que de repente saca las uñas y te ataca.

—Es que, en esta relación, Mateo, tú solo servías para una cosa.

La miro como si quisiera asesinarla con la mirada. Eso duele, joder. Sabe que es donde más me duele, y no ha dudado en ir a por ello.

—Me voy a marchar de tu despacho ahora mismo porque si no me voy a acabar marchando de esta empresa —admito, sin disimular.

—Quizá debería replantearme tu nuevo puesto si vas a ser siempre así de emocional.

Sé que es palabrería. Sé que quiere hacerme daño, porque yo se lo acabo de hacer. Pero funciona, joder. Claro que sí. Así que, como le había asegurado, me voy. Me pongo de pie y sin más salgo por la puerta, y no disimulo mi enfado, porque dejo que la puerta se cierre de un tremendo portazo detrás. Noto a la asistente de Eugenia pegar un respingo y un pequeño grito, pero no me detengo.

Entro en mi propio despacho con otro portazo.

El resto del día no dejo de encontrarme molesto, enfadado y picajoso con todos, incluso conmigo mismo. No le digo nada a nadie, aunque debería estar celebrando mi ascenso. O mi *supuesto* ascenso. A estas alturas no sé si creer a Eugenia. Y, por supuesto, irme a casa no es una buena solución cuando estoy en ese estado. Ceno sobras de pizza que llevaban varios días en la nevera y soy incapaz de pegar ojo en toda la noche, y eso que mi casa está especialmente diseñada para que yo duerma bien. Vivo en piso antiguo de techos altos, reformado,

insonorizado, en un edificio histórico. Me hice instalar una chimenea de gas en mi dormitorio y el colchón sobre el que duermo vale más de dos mil euros.

Pero da absolutamente igual. Me paso la noche dando vueltas y apenas dormitando. El viento frío que corre al otro lado de la ventana, que en esta época del año me ayuda a conciliar el sueño, hoy me molesta muchísimo. ¿Tanto me ha afectado?

Ella no, pero sus palabras sí. Lo de que solo sirvo para una cosa. Ella ha tenido razón en muchas cosas, pero intento convencerme de que eso no significa que la tenga siempre. Ya no voy a idolatrarla más; Eugenia es un ser humano, una mujer como las demás. Por muy fascinante que me haya resultado en el pasado, tiene fallos, carne y huesos. Como todas. Y se equivoca en eso de que nadie sabe lo nuestro.

No es verdad. Yo se lo conté a alguien.

A las seis de la mañana, una hora completamente inapropiada para lo que estaba pensando hacer, me canso de dar vueltas y me siento contra el cabecero de la cama. Agarro el móvil de la mesilla y le mando un mensaje de texto a la única persona en el mundo en la que puedo confiar cuando no puedo dormir: mi hermana Carmen.

MATEO: ¿Estás despierta?

CARMEN: Vaya pregunta, pues claro. Aquí estoy en la máquina de tortura.

Y luego me manda una *selfie* sonriendo falsamente y subida a una bicicleta estática. Me hace muchísima gracia.

Carmen no se levanta antes de que amanezca para ponerse a hacer ejercicio porque sea una loca del *fitness*. No hay nada menos «Carmen» que levantarse pronto y hacer ejercicio. Ella es más de sentarse a la sombra de los árboles, en la piscina de su casa, con una copa de vermú y un aperitivo. Pero hace poco más de un año nos dio un susto de muerte cuando una tarde, regresando a casa, su coche se salió de la carretera (todavía no sabemos muy bien por qué) y dio varias vueltas de campana. No se mató de milagro, pero se destrozó la rodilla derecha y varias costillas, además de varias contusiones cervicales que la dejaron meses enteros en reposo. La bicicleta,

además de otros ejercicios físicos moderados, es la rehabilitación que tiene que hacer a diario, y la hace a esta hora de la mañana porque es el único rato que tiene libre.

Mi hermana Carmen es unos años mayor que yo. Acaba de cumplir los cuarenta, pero no los aparenta. Está divorciada (gracias al cielo) del capullo de su ex, con quien tuvo a otra de las personas a las que más amo en el mundo, mi sobrino Álex. Tiene once años y hace todo lo típico de un niño de once años mimado y peculiarmente inteligente, y en eso parte de la culpa es mía. Yo nunca quiero faltar a mi compromiso de ser el tío enrollado. Está bien que aprenda robótica, o programación, cosas que le fascinan. Pero yo soy el encargado de irnos al cine a ver películas e hincharnos a dulces a deshoras, y de comprarle los juguetes que se le antojan.

Mi hermana fundó hace unos años su propia empresa de cosmética natural y le va muy bien. Su crecimiento es constante y con astucia ha podido autosostenerse casi desde el principio. Se levanta, cuida de su hijo y de su casa, va a trabajar y además tiene una vida social sana. Y si quiere hacer todo eso su único rato para la rehabilitación es esta hora de la mañana. De lo cual yo me aprovecho a menudo, cuando necesito una voz amiga.

Porque a nadie más que a mi Carmen le puedo contar lo que ha pasado con Eugenia.

MATEO: Ayer me peleé con Eugenia y no he podido dormir bien.

En vez de responderme por mensaje, a los pocos segundos recibo una llamada suya. Al descolgar, al otro lado se escucha de fondo la música que se pone para hacer ejercicio, que desentona totalmente con el silencio sepulcral en el que ha estado mi cuarto hasta este momento.

—No habréis vuelto, ¿no? —me dice a modo de saludo y reprimenda.

—No, no… pero seguimos trabajando juntos. Al menos por poco tiempo, porque definitivamente de divorcia y se va a Alemania a montar la sucursal extranjera de la empresa.

—Qué me dices… O sea, ¿no era por ti lo de divorciarse?

—Eso mismo le dije yo, y al final entre una cosa y otra nos acabamos peleando. Yo me fui pegando un portazo. Pero, espera, que lo peor es

que me quiere como su sustituto. Que voy a ser el nuevo vicepresidente, Carmen.

—A ver, a ver… O sea, os peleáis, pero te asciende. No entiendo nada.

—No ha sido nunca una relación muy normal, me temo.

—Eso ya te lo dije yo.

—Ya… ya lo sé que me lo dijiste. No tengo ganas de otra reprimenda de «Haz lo que quieras con tu vida que eres mayorcito, pero salir con esa mujer no te traerá nada bueno».

—Es que no te ha traído nada bueno.

—Me ha traído un ascenso.

—Pero no puedes dormir, no sé si compensa. ¿Qué te dijo? ¿Te lo puedo preguntar?

Lo pienso unos segundos, pero al final decido contárselo.

—Que yo al final solo servía para una cosa.

—Uy… ¡qué arpía!

—Pero es que era ella la que no quería hacer otra cosa. Ni salir a cenar, ni un paseo, ni siquiera cogerla de la mano. No, solo era su amante. Eran sus condiciones, ¿por qué me lo echa a mí en cara?

—Porque es una arpía y porque quiere hacerte daño. Pero eso no te va bien a ti, Mateo. Deberías dejar de martirizarte con este tipo de mujeres y buscar lo que necesitas. En el fondo tú eres un romántico.

—Da igual, porque el entorno en el que me muevo, en el que nos hemos criado, los hombres no nos podemos permitir ser así.

—Ya… no, eso es patético como excusa —se ríe de mí.

—Entonces, ¿no tiene razón Eugenia? —me sincero, volviendo al tema. No tengo ganas de ponerme a discutir qué busco yo realmente en una relación a las seis de la mañana—. Porque yo sí me siento que solo sirvo para el sexo, que solo me quieren por eso. Al final aburre.

—¿Eso es lo que te ha tenido sin dormir?

—Prácticamente… sí. Me da miedo que sea verdad.

Carmen resopla unos segundos al otro lado del teléfono, como pensando qué responder.

—Cariño, si quieres me pongo en modo madre, como con Álex. Pero es que es muy básico: si no quieres que piensen que tú solo vales para el sexo y el dinero, dales otra cosa que no sea sexo y dinero.

—Muchas gracias, Capitana Obviedad —me burlo. Aunque es posible que haya dado en el clavo—. Pero no sé si eso me servirá mucho hoy.

—Debes tener amigas antes que amantes. Suele funcionar.

La verdad, Carmen y yo ya hemos tenido antes esta conversación y siempre acabo frustrado. Las mujeres que conozco, cuando descubren quién soy y que no tengo pareja (porque, quitando a Eugenia, que encima ha sido algo medio oculto, solo he tenido otra pareja más o menos oficial en toda mi vida), nunca me quieren como amigo. Yo solo he conocido a mujeres que me quieren instantáneamente para que cumpla con el papel de esposo perfecto y ser ellas mujeres trofeo; o están las que yo no les intereso como persona y solo me quieren llevar a la cama.

Y yo no quiero ninguna de las dos cosas. Bueno, a veces lo del sexo sí, para qué nos vamos a engañar.

—Créete que vales más que para la cama.

—Eso es lo que me cuesta creer —admito.

—Pues ve a terapia. O búscate una novia nueva. ¿Un clavo saca otro clavo? ¿No?

—No en mi caso. El clavo solo se mete encima del otro y hace el daño más hondo.

—Qué alegría para estas horas de la mañana, Mateo.

—Ya te he dicho que he dormido mal.

—Y yo te he dicho que vayas a terapia. Si no me haces caso, ¿para qué me llamas?

—¿Para charlar, como las personas normales?

—Ah, eso…

—¿Tienes ahora a Álex en casa?

—No, pasa esta semana con su padre.

—Cuando vuelva dile que me llame, ¿vale?

—Se lo diré. ¿Qué vas a hacer ahora que ya estás despierto?

—No sé. Igual bajo al gimnasio, o salgo a correr un rato. Algo que me despeje la mente. No sé qué día me espera en el trabajo —admito.

—Eso, como todos los tíos, a soltar testosterona en vez de enfrentaros a vuestras emociones. Oye, si no te gusta el trabajo, ya sabes que yo te puedo contratar como ejecutivo de cuentas. Necesito uno bueno.

Me rio. No deja de insistirme con eso en cuanto me despisto.

—Ya sabes que lo estoy considerando.

—No, no lo haces.

—Me voy a ir.

—Adiós, petardo. Te quiero.

—Te quiero.

Cuelgo y me quedo mirando el teléfono con una sonrisa. La solución de mi hermana, mi mayor confidente desde que tengo uso de razón, es que consiga amigas. ¿Y dónde se consiguen? El despertador de mi mesilla marca casi las siete de la mañana y ya no merece la pena intentar dormir. Ni siquiera tengo ganas hoy de bajar al gimnasio, a pesar de que se lo he dicho a Carmen. Creo que solo me voy a dar el gusto de prepararme un buen desayuno e intentar comenzar el día sin pensar demasiado en lo que me espera cuando llegue a la oficina.

5

Julia

Eugenia me hace llamar a su despacho y parece que es como cualquier otro día en la oficina. Sin embargo, al entrar me pide que me siente al otro lado de su mesa y no que me quede junto a la puerta, como siempre, para tomar notas rápidamente.

Me tiemblan las piernas. Mucho. Vamos, que agradezco estar sentada, sobre todo cuando le veo la cara y antes de hablar me observa unos segundos en silencio, obviamente buscando las palabras.

Yo soy una persona sensible, de verdad. Estas cosas me afectan mucho, y no puedo evitar prepararme para lo peor. La vida no ha dejado de darme golpes. Nunca.

Eugenia toma aire, me mira con una expresión que no consigo descifrar y me dice:

—Arturo y yo nos vamos a divorciar. Acabamos de anunciarlo a los ejecutivos y en unos días se hará una comunicación para todos los empleados.

Mi respuesta es poner una cara de completo asombro, e intento disimular el montón de problemas que se me ocurre que puede tener esto y *que solo yo sé* y suelto, sin filtro, en cuanto caigo en la cuenta:

—Oh, Dios mío, vais a cerrar la empresa, me vais a despedir.

—¡No! —dice ella, desconcertada—. No. Qué ocurrencia, Julia…

—Estoy atando cabos, Eugenia —me excuso—. La empresa la montasteis los dos. La empresa *sois* vosotros dos. Todo se basa en eso. Sin vuestra relación en pie, solo existe la disolución o… apostar por algo mucho más grande. Y no sé yo si la empresa está en condiciones de expandirse, ni si queréis dar ese paso.

—Lo llevo diciendo desde que te conozco. —Me señala con el dedo—. Tú piensas demasiado rápido y demasiado bien; tú te mereces un

puesto mucho mejor que el que tienes. No entiendo qué haces trabajando de asistente con lo lista que eres, si tienes capacidad para ser directiva.

Me encojo de hombros y sonrío con tristeza ante el halago. Ya hemos tenido antes esta conversación.

—A diferencia de vosotros —le digo—, yo creo que la meritocracia no existe, Eugenia. Este es el trabajo al que pueda aspirar, aunque pudiera hacer algo mejor.

Ella no me lo niega, tan solo se encoge de hombros también.

—Arturo y yo nos separamos, pero la empresa sigue adelante. Como socios estamos bien. Es en casa donde hace mucho tiempo que hay problemas, y esta es la solución más sensata.

—Lo siento —digo, por inercia.

—No lo sientas, yo voy a estar mucho mejor a partir de ahora.

—Entonces no lo siento.

—Y… tienes razón. Seguir igual no es una opción, solo que no hemos optado por la disolución, sino… Lo que ocurre es que necesito un cambio de aires, al menos durante un tiempo. Y… lo hemos estado hablando, y…

Oh… aquí está.

—… y voy a asumir un salto que queríamos dar hacía tiempo, que era expandir internacionalmente la empresa. Yo voy a liderar la apertura de una sucursal en Alemania. En Berlín.

—Oh, qué frío, Alemania —se me escapa por lo bajo. En momentos difíciles siempre hago chistes malos.

—Me gustaría que vinieras conmigo —me dice, sin más, ignorando mi comentario.

Boqueo unos segundos y no soy capaz de decir nada.

—Como te he dicho… —sigue hablando Eugenia—, eres una de las mejores asistentes que he tenido y me gustaría tenerte en mi equipo.

Tomo aire.

—Gracias… —respondo finalmente con un hilo de voz.

—Pero no quieres venir.

Eugenia nunca hace preguntas. Ella te observa, te analiza al completo, y luego hace afirmaciones irrevocables que tú solo puedes confirmar.

Niego con la cabeza. No, no quiero irme a vivir a Alemania. Ni tan siquiera me lo quiero pensar.

—¿Hay alguna posibilidad de que me quede aquí? —pregunto con un poco de pena, tragando saliva, sin saber qué esperar—. A ver, estoy muy agradecida por todo lo que me dices, Eugenia, y me encanta trabajar contigo, pero…

—Pero Alemania no.

—Ahora mismo la vida se me queda grande aquí, no sabría ni cómo empezar en otro país, sin nadie conocido cerca.

Me entra un escalofrío solo de pensarlo. Un sitio vacío, yo sola, sin las chicas de oro. A miles de kilómetros aún más lejos de todo lo que me resulta vagamente familiar. No.

—Lo entiendo. Por eso me gustas, Julia —me dice. Y me sonríe. Una de esas pocas veces que Eugenia sonríe, apenas unos segundos—. Lo que voy a hacer es mi plan B, que es dejarte asentada en el puesto para mi sucesor. Y también te voy a recomendar en Recursos Humanos para una subida de sueldo que de todos modos te iba a ofrecer si te venías conmigo.

Me guiña ligeramente el ojo y a mí se me empañan los míos.

—¿Ahora que estás soltera puedo pedirte que te cases conmigo? —bromeo para disimular la emoción que me provocaba.

—Ah, pero… no sabía que eras lesbiana.

—No lo soy —admito.

Eso le hace soltar una diminuta sonrisa. Guau.

—Está bien: a trabajar —me dice—. Nos quedan pocos días hasta hacer el traspaso.

—A la orden, jefa.

Me levanto como si me hubieran quitado a un elefante del regazo y antes de salir del despacho me giro instintivamente una última vez:

—Te voy a echar de menos.

Ella solo asiente. A su manera, lo entiende y me da las gracias. Qué alivio, qué tristeza de perder a Eugenia, qué alegría de subida de sueldo (si al final se llevaba a cabo, que habrá que verlo…).

Madre mía, cómo se van a alegrar las chicas cuando les cuente esto.

6

Julia

Ah, no. Pues parece ser que entre Mateo y Eugenia *había* algo, en pasado, que ya no hay, porque no sé dónde han quedado las caricias clandestinas y los susurros que he visto yo con estos ojitos de aquí, que Mateo acaba de salir del despacho de Eugenia dando un portazo monumental. Yo iba de camino a la sala de descanso y al notar el temblor me he girado y entonces he visto a Mateo como un león recién salido de su jaula ir a toda velocidad hasta su propio despacho y, efectivamente, pegar otro portazo.

Miro al resto de compañeros que todavía no se han ido a comer. Nos miramos poniendo cara de circunstancias, aunque dudo mucho que nadie sepa lo que yo intuyo. Patricia, la asistente de Mateo, suelta una risa nerviosa, pero nadie dice nada. No les gusta meterse con los jefes, dicen, pero en realidad no les gusta meterse con Mateo porque les da miedo, lo sé. Se lo he escuchado decir.

O sea, a mí no me lo han dicho. No es que no hablen conmigo, es que no hablan de esas cosas, pero yo estoy delante a veces. A ver… llevo ya aquí un tiempo y no puedo decir que haya hecho amigos. Pero, al menos, me siento en la sala común y comemos a la vez: eso cuenta como algo, ¿no? Me llevo mejor con los dos chicos de contabilidad que con las otras asistentes, al menos ellos de vez en cuando me meten en alguna conversación. Gema y Patricia se sientan en el rincón y cotillean de todo lo cotilleable y, la verdad, son odiosas: la misma ropa, el mismo peinado, el mismo maquillaje, la misma cara de estar comiendo limones. Despellejan a cualquiera que no esté en ese momento en la sala, así que he de suponer que a mí me han tenido que despellejar ya varias veces. Y han hablado *mucho* de Mateo (y de ciertas partes de su anatomía sin ninguna vergüenza), y no han dicho nada siquiera cercano al cotilleo que yo creo que está pasando, así que yo no voy a decir nada. Aunque podría. Pero no lo haré porque no me fio de estas dos. Bueno, no me fio de nadie aquí.

También es cierto que yo me aburro enseguida de la gente, por eso me cuesta tanto hacer amigos. O conseguir pareja: eso ya es casi una misión imposible. Pero de verdad que, quitando esto, el trabajo es genial. Quitando lo exigente que es Eugenia, y también el mal humor habitual de Mateo. Está buenísimo, no lo voy a negar: da gusto verlo, y he descubierto que tenerlo cerca, aun sin saberlo, me excita. No, mejor dicho: me hace ser mucho más consciente duros unos instantes de mi propia piel. No sé si es el olor, el perfume que usa, las feromonas… Un adonis. Una maravilla. Esos bíceps, esa mirada, esa barba rojiza… Pero nunca sonríe, nunca es amable. No soporta que nadie merodee cerca sin hacer nada, y mucho menos un solo coqueteo con él, ni una caída de pestañas, sobre todo de estas dos. Lo cual es curioso, por lo que me dijo Gema de que ella no va a desaprovechar la oportunidad para intentar cazar marido rico entre los directivos y más si es Mateo.

De verdad que no sé cómo piensa hacerlo. Con un milagro, supongo.

Yo me las quedo mirando la mitad de los días como quien observa a los monos del zoo, entre la fascinación y la incomprensión. ¿Pertenecemos a la misma especie? ¿Cómo se puede ser tan guapa y tan tonta al mismo tiempo? Intento ser buena, y creo de veras en la sororidad, pero… espero que nadie se entere de lo que pienso de ellas.

Y, aun así, tengo que decir que me gusta trabajar aquí. Lo primero, he recibido mi primera nómina y madre mía que alegría tener dinero en el banco. Se te pasan muchos males así. Quien dice que el dinero no da la felicidad es porque nunca ha tenido que contar céntimos para comprar el pan, ni ha tenido que comer legumbres una semana entera.

Mientras como y me preparo mi café, en el fondo sé que lo que pasa es que me intimidan mucho. Son más jóvenes, tienen más contactos y parece que tienen toda la experiencia que a mí me falta. Hablan sin tapujos de sexo, de hombres, de fiestas y vacaciones, cosas de las que yo no tengo ni idea. Aunque Charo y Manuela me insisten en que si yo me siento intimidada es que ellas también se sienten intimidadas por mí, lo cual no puedo evitar que me haga reír porque me parece una teoría ridícula. Yo *nunca* he intimidado a nadie. Yo siempre he sido el hazmerreír, la chica graciosa, empollona, no demasiado fea,

pero definitivamente nada guapa, cuya vida social consiste principalmente en las migajas que me quieran dejar los demás. Bueno, en algún momento tendré que empezar a admitir que igual… igual Charo y Manuela a veces chochean un poco. Un poquito.

Demasiado licor de crema, me parece a mí. Ya tienen una edad.

O al menos en eso me esfuerzo por pensar cuando alguien golpea con los nudillos en la cristalera a mi espalda y me sobresalto. Me giro y Eugenia me mira con cara de acusación, señalando su reloj. «Lo de Berlín», leo sus labios. Es verdad, es verdad… pero qué prisas, contaba con tres o cuatro minutos más para terminar el café…

Pero debe ser que Eugenia está de mal humor: bueno, si mis sospechas son reales y se ha peleado con Mateo… tiene sentido.

—Ánimo, Julia —me dice Jorge, uno de los de contabilidad, mientras yo me pongo en pie para recoger mis cacharros.

—No te preocupes —le sonrío, y él se ríe—. Con bichos más grandes me he visto. ¡Sí, en serio! Tienen que ladrar mucho más que Eugenia para asustarme.

—¿Tanto como Mateo?

Eso me lo ha dicho Patricia, y aunque el tono sonaba un poco a «chica popular del instituto que por fin dirige la palabra a la pringada pero inteligente», cuando me he girado para responderla he visto curiosidad genuina en su mirada.

Pero, cuando he ido a responder… no sabía qué decir.

—No lo sé —he admitido—. No los conozco tanto.

—Pero te estás aclimatando bien —me dice Gema. ¿Eso es retintín? —. Eugenia no suele congeniar tan bien con sus asistentes; les duran menos que un chicle.

Se ríe: es una broma, lo sé, pero me da muchísima angustia ese comentario cuando este trabajo, literalmente, me está salvando la vida.

Asiento con una sonrisa tonta, me despido y me voy directa a la sala de reuniones sin pasar siquiera por el baño a lavarme los dientes o a refrescarme. No me fío. Al entrar, Eugenia está nerviosa. Bueno: no,

Eugenia no muestra ninguna emoción, obviamente, solo pasea de arriba abajo acariciando el respaldo de los sillones, pero ella, nerviosa, no, qué va.

Solo que lo de Berlín es una de esas cosas que, si salen bien, van a cambiar seguramente el rumbo de la empresa, pero sin presión, eh. Obviamente Eugenia es demasiado lista para irse al extranjero a montar una sucursal de la nada: ella ha liderado una fusión con otra empresa inmobiliaria de allí. Está todo más que medido y planeado.

Se ha traído su portátil y lo ha conectado al proyector que hay al final de la sala, pero no se termina de ver bien la pantalla completa.

—Configura el programa y mira a ver que esté bien la conexión a Internet —me dice—. No quiero que haya ningún problema durante la reunión.

—No te preocupes, es pan comido —le digo, intentando sonar con confianza.

Eugenia me mira raro, o al menos eso me parece a mí, pero en ese momento Enrique se asoma a la puerta y le hace un gesto con la mano.

—¿Puedes venir un momento a mi despacho?

—Tenemos ahora mismo lo de Berlín —se queja ella.

—Por eso, tenemos que mirar primero una cosa del contrato.

Enrique me mira a mí. ¿Me está pidiendo permiso? ¿Confirmación?

—Quedan unos minutos aún —les digo, extrañada por la conversación—. Si se adelantan, o lo que sea, os aviso por el chat.

Enrique hace un gesto de «OK» con la mano y se lleva a Eugenia antes de que pueda rechistar. El chat es el servicio de comunicación interna que tenemos en la empresa, como los antiguos intercomunicadores, pero en el ordenador. En teoría, todos estamos conectados y es bastante eficaz. Así es como aviso a Eugenia si ha llamado alguien importante o si tiene alguna cita en breve, sin tener que descolgar el teléfono.

En teoría, los chats son privados, pero si estás asomado a un ordenador ajeno…

… pues…

… a veces pasan cosas.

Suena una campanita y antes de que pueda cerrar el programa se me abre en mitad de la pantalla gigante del proyector, y en la pantalla del ordenador de Eugenia, un mensaje de Mateo.

«Y que sepas que a mí me gusta follar como a nadie, y más si era contigo. Ese nunca fue el problema».

¡Joder! ¡Mateo! ¡Cerrar! ¡Cerrar!

El chat desaparece y aparto las manos del teclado en un susto mientras se me escapa una carcajada y compruebo que no había nadie más aquí.

Vale, esto definitivamente *no* tiene que salir en la pantalla mientras mantenemos la conferencia. ¿Cómo narices lo tiene configurado Eugenia para que le salten así los mensajes? Normalmente solo te deja la notificación en la barra de tareas.

Paso un momento trasteando y estoy incluso tentada de desinstalarle el programa.

Madre mía, Eugenia…

Y, en esas, entran *todos* en la sala: Mateo, Francesco, Enrique y Eugenia y otros dos jefes más, y yo tomo aire porque no sé cómo mirar a la cara a Mateo. Bueno, a nadie, ahora mismo. Todos toman asiento, hablan entre sí en voz baja. Eugenia se coloca al frente y comienza a hablarles a todos de los detalles del acuerdo y de lo importante de la reunión que van a tener. Yo acudo al lado de la puerta y me quedo allí, en guardia. Y de frente, donde caen mis ojos sin querer, tengo a Mateo.

Los ojos dorados de Mateo.

Su presencia, hipnótica. Magnética. ¿Qué tiene este hombre? Es como si no hubiera visto a una persona guapa en toda mi vida. Es como si descubriera por primera vez en mi vida lo que significa el deseo, el puro instinto, sin moral, sin filtros, sin que nada lo interrumpa. Ni siquiera estoy segura de que me caiga bien, es…

Es algo físico.

Él no me ve, está pendiente de la conversación. Y, aunque no fuera así, Mateo nunca me vería. Pero yo tengo sus palabras en la cabeza, y resuenan con su voz.

«A mí me gusta follar como a nadie»…

Sí, estoy segura de que es un espectáculo… Y no puedo evitar imaginármelo. Joder, ¡cuánto echo de menos el sexo! ¿Cómo es posible que lleve tres años así y no me haya dado cuenta? O quizá me pasa ahora porque hasta este momento no había compartido espacio con ninguna persona que me atrajera de esta manera tan… ¿animal? Es algo visceral, sin duda. Es algo que te sale de las entrañas, que te reclama todos los instintos. Sonrío para mí con sorpresa al darme cuenta de lo que estoy pensando y… de lo excitada que me estoy poniendo al hacerlo. ¡Oh, Dios mío! Carraspeo. Espero que nadie se haya dado cuenta de que estaba un poco comiéndome a Mateo con los ojos. ¿Seré tan ridícula como Gema, o como Patricia?

Y de repente Mateo me mira a mí. A mí directamente. Es un segundo. Sus ojos pasan por la sala, reparan en mí y conectamos. Y yo tomo aire. Y él levanta la comisura de los labios, y se le arrugan los ojos mínimamente: es una sonrisa. Mateo me mira, sonríe, y devuelve la mirada a la pantalla.

7

Julia

Bueno, ha pasado una cosa que no me esperaba. La verdad, no sé qué por qué me meto siempre en estos follones. No sé por qué abro la boca.

Estamos en la reunión, los de Berlín no se han conectado. No se conectan, no responden a la invitación, no sabemos qué pasa. He comprobado treinta veces la conexión. Eugenia les escribe. De repente he escuchado un resoplido de frustración de parte de mi jefa e inmediatamente he levantado la cabeza con asombro a ver qué había pasado. Nunca he visto a Eugenia hacer eso. En realidad, no la he visto expresar públicamente ninguna emoción, tan solo a veces una leve muesca de asco cuando alguien le toca muchísimo las narices.

Y debe ser algo realmente excepcional, porque toda la sala se ha quedado unos segundos en silencio, mirándola. Eugenia no responde, no se da por aludida por el silencio y teclea con violencia sobre su teléfono móvil; y yo noto que los ojos de Mateo y Francesco se centran en mí, como esperando que yo responda o haga algo. Yo los miro y me encojo de hombros: no sé qué hacer. Si en condiciones normales Eugenia impone, enfadada de ese modo es que te pone los huevos de corbata, a quién queremos engañar. Prefiero no acercarme mucho. Intento transmitirles eso con mi mirada y Mateo me manda una ligera sonrisa que supongo que significa que lo entiende. Francesco directamente disimula una carcajada, a su estilo, pero la sonrisa de Mateo se me queda clavada en la piel. Y, efectivamente, sentir este hormigueo por el cuerpo me hace sentir insuperablemente gilipollas. Aquí estoy, disfrazada de asistente ejecutiva, con mis pantalones de pinzas de segunda mano, mi blusa blanca de oferta, mal peinada (vamos a ser sinceras), maquillada no demasiado bien… y suspirando sin poderlo evitar por este tipo que es no puede ser más guapo y perfecto, ni más mandón e insoportable, imaginando que las

cosquillas que siento por mi cuerpo cuando lo veo me las está haciendo él en persona.

Posiblemente, sí, soy gilipollas. Voy a sufrir como una tonta. Sería más fácil si Mateo fuera imbécil, pero es que además es simpático y atento. Al menos, conmigo.

Sé que durante estos segundos de silencio y desconcierto absoluto entre todos los jefazos por el resoplido de Eugenia debería estar pensando en mi jefa y en mi trabajo, pero no puedo evitar que mi mente se vaya tras la sonrisa de Mateo. Hay una brizna de idea, un susurro provocador que me ha golpeado de repente. Mateo es simpático… pero conmigo. El resto de mis compañeros de trabajo comentan todo el tiempo que hay que ver lo bueno que está Mateo y lo inexpresivo que es.

Entorno los ojos y le miro unos segundos disimuladamente.

Conmigo Mateo no es *nada* inexpresivo.

No sé si soy yo. Quiero pensar que soy yo, que lo percibo de otro modo, no sé. No quiero pensar que Mateo me trata de forma diferente a mí porque no, Julia, por ahí no, ni hablar.

Pero antes de que pueda pensar en nada más, Eugenia abre la boca y se dirige a Enrique, su marido y jefe de todo esto.

—Es increíble… increíble.

Está enfadada. Enrique la mira, sorprendido. Es posible que ni siquiera su marido la haya visto nunca expresando una emoción tan intensa.

—Me ha dicho Úrsula que no quieren firmar —continúa ella, señalando su móvil—, que se retiran del trato.

Enrique se pone de pie, asustado.

—¿Pero cómo? ¿Por qué? ¿Qué más te han dicho?

—Nada más.

Todo se precipita. Hay un revuelo de sillas y conversaciones, los jefes se levantan y se acercan a Eugenia para ver el mensaje. Encima han cortado por mensaje, los cabrones, como un exnovio malo. Segundos después todo es caos: no se puede perder ese trato, hay que

solucionarlo como sea. Si la empresa de Berlín no acepta la fusión, la nuestra va a perder mucho dinero. Comienzan con una lluvia de ideas muy loca, todo el mundo dice que hay que hacer algo. Hay una algarabía en la sala que llama la atención de toda la oficina allá afuera y se acercan a las cristaleras como si fuéramos pececillos dentro de una pecera.

Yo me quedo en mi silla pensando en que, en medio de todo el jaleo, nos falta información. Y eso es raro. Se me ocurre una cosa. Aprovecho el desconcierto y salgo un momento de la sala. Media oficina se me queda mirando, esperando que les cuente qué pasa. Yo me encojo de hombros, corro hasta mi mesa y localizo en la agenda el teléfono de la oficina de Hans Zimmerman, uno de los ejecutivos de la empresa que acaba de romper con nosotros por mensaje de texto. Al otro lado, después de un par de tonos, me contesta Charlotte, su asistente. Ya he hablado con ella un par de veces y nos hemos caído bien. Le digo que llamo para hablar con ella, no con su jefe. Nos acabamos de enterar de que su empresa no quiere cerrar el trato con la nuestra. No tiene por qué contarme nada, pero si sabe algo que nos pueda ser útil se lo agradecería porque mis jefes están a punto de perder el culo.

Bueno, no se lo digo exactamente con esas palabras. En inglés solo me han enseñado a hablar formal. El caso es que pillo a Charlotte con ganas de desahogarse y me giro para tener un poco de privacidad. Madre mía, Charlotte, qué ganas tenías de hablar. Me dice que está hasta el moño de esta gente y que no deja de pensar en cogerse un avión y plantarse en España para buscar trabajo de lo que sea. Le digo que no lo haga, por Dios, que los de aquí estamos locos por hacer lo mismo, pero a la inversa. Por lo visto ha habido un dramón entre la directiva, el jefe de cuentas se ha largado dejando todos los asuntos en el aire y un agujero en las cuentas de la empresa bastante considerable. De esto, por supuesto, no debe saber nadie, aunque no tardará en saltar la noticia a la luz porque, según me cuenta, ha sido terrible.

Me acomodo en la silla para preguntarle a Charlotte lo más importante, y al girarme me doy cuenta de que Eugenia, Mateo y Francesco están frente a mi escritorio, mirándome terminar la conversación.

La mirada de Mateo fija en mí. Trago saliva.

—Charlotte, ¿tú crees que hay alguna manera de que no suspendan nuestro trato, por loca que sea?

Charlotte me responde con sinceridad mientras, a este lado del teléfono, hay tres pares de ojos mirándome fijamente y yo ni sé dónde mirar. Le doy las gracias, le digo que la llamaré en otro momento para mantenerla al día, y me despido.

Antes de que empiece a hablar, Eugenia hace un gesto a Ernesto para que se acerque, algo que me pone más nerviosa aún.

—Dice Charlotte, la asistente de Zimmerman, que el directivo de cuentas se ha largado con un montón de pasta de la empresa y que han cancelado todos los tratos en masa —les digo. Me miran con cara de pavor—. No tiene que ver directamente con nuestra empresa ni con nuestro trato, lo han hecho con todo. Lo han denunciado y la policía lo tiene en busca y captura.

—Joder… —ese es Francesco, flipándolo, como todos.

—Lo que me ha dicho —sigo explicando— es que si hubiera alguna manera de asegurar a los directivos que estamos dispuestos a ser flexibles con los plazos y los pagos, quizá se pueda mantener el acuerdo. No hay nada decidido aún. Han mandado un aviso general porque han entrado en pánico. Ha sido esta misma mañana.

El resto de personal pulula para ver si se pueden enterar de algo. Yo solo noto la mirada cálida de Mateo sobre mí.

—Hay que intentar concertar cuanto antes una videoconferencia con ellos —dice Enrique.

—No —responde Eugenia—. Ya lo ha dicho Julia, lo han suspendido todo. Si a mí me han avisado por mensaje… No, no nos la van a agendar. Hay que hacer otra cosa.

—¿El qué? —dice Mateo.

—Hay que ir a Berlín directamente y asaltar su sede, y no moverse de allí hasta que todo esté bien cerrado —responde Eugenia, pensando en voz alta.

—Eso puede tardar semanas, Eugenia —se queja Enrique—. Acaban de embarcar en su crisis personal. ¿Nos siguen interesando?

—Sí —dice Mateo—. Con crisis interna o sin ella, ya sabemos que son los mejor posicionados de todo el país. En realidad, su crisis no debería afectar a nuestro negocio. A ellos les debería beneficiar conservarlo.

—¿Mandamos a alguien unos días… voy yo en persona… qué hacemos? —pregunta Enrique, desconcertado—. Ni tan siquiera hemos anunciado que Mateo va a ser tu sucesor.

¿Espera, qué? ¿Que Mateo va a ser mi nuevo jefe? Demasiada información para tan pocos segundos.

—No, iré yo —dice Eugenia de un modo que no permite que nadie, ni siquiera su jefe y marido Enrique, le lleve la contraria.

—¿Y tu trabajo aquí? —le dice Enrique—. Nada está preparado para que tú dejes tu trabajo.

—Pero Julia sí sabrá hacerlo —me dice Eugenia, mirándome directamente, esperando que diga que sí sin dudarlo, pero… lo dudo, vaya que si lo dudo. ¿Cuándo he sido yo una persona segura de mí misma? Pero no me queda otra, algo hay que decir, romper esta tensión.

Apenas tengo tiempo de componer una idea, así que decido suicidarme laboralmente y ser sincera:

—A mí las horas del día no me van a dar para gestionar tu trabajo y el de Mateo… si es que va a ser tu sucesor en la vicepresidencia, ahora mismo, Eugenia. —Y en el mismo momento en que esas palabras salen de mi boca me arrepiento de ellas y me encojo interiormente porque quizá acabo de sellar mi futuro en la empresa. Un futuro negro, quiero decir.

—Tienes razón —oigo decir a Eugenia, y abro mucho los ojos con sorpresa—. ¿Te compensa hacerlo cobrando un veinte por ciento más de sueldo y que te suba de categoría laboral?

¿Qué?

—Eh… ¿sí? Claro… —balbuceo.

—Listo —dice Eugenia—. Habla con recursos humanos para que autoricen ahora mismo tu aumento y te lo paguen este mes en retroactivo, y luego vente que vamos a organizar mi traslado a Berlín lo antes posible.

Ya está. Han sido dos minutos. Esta mujer es de acero.

Eugenia se mete en su despacho y yo tardo un par de segundos en reaccionar. Bueno, quien dice un par de segundos dice un largo minuto de mirar al vacío y no moverme, como si fuera un animalillo del bosque que acaba de encontrarse de frente con un depredador y de alguna manera acaba de salvar la vida.

Enrique se va con Mateo en dirección de nuevo a la sala de juntas y el resto se dispersan. Pero Francesco sigue aquí, delante de mí. Me mira… ¿con admiración?

—Eh… Julia —me dice cuando nos quedamos solos—. No he visto a mucha gente hacer esto y salir indemne. Mis respetos.

—¿Qué he hecho? —le pregunto con miedo.

—Acabas de decirle que no a Eugenia. Y en vez de comerte te ha subido el sueldo.

Francesco se ríe y me hace una reverencia antes de irse.

¿Acabo de hacer eso? Sí, acabo de hacer eso. Y también acabo de darme cuenta de que voy a tener un nuevo jefe. Que Mateo va a ser mi nuevo jefe.

No voy a salir viva de aquí.

8

Julia

Eugenia ha decidido que no podía esperar a terminar de cerrar los asuntos y pasárselos a Mateo antes de irse a Berlín. Quería dar un golpe de efecto y dejar a la otra empresa sin margen de maniobra. Esa es Eugenia: una diosa implacable con el látigo en la mano. La misma tarde de la crisis me ha hecho conseguirle unos pasajes urgentes, buscarle alojamiento en el centro de la ciudad y para organizarle todo esto he tenido, exactamente, doce horas en las que ni siquiera me ha dado tiempo de ir a casa a descansar. Eugenia me autorizó a usar su tarjeta de la empresa y pedí cena y tentempiés para que lo trajeran a la oficina y me he pasado toda la noche subsistiendo a base de café y guarrerías. He estado desde las ocho de la mañana de ayer hasta las seis de la mañana del día de hoy haciendo informes, comprando pasajes, organizando transportes, hotel. Ella se fue a las dos de la mañana a casa a hacer las maletas y a las cinco cincuenta y ocho me ha llegado un mensaje de su parte avisándome de que ya estaba embarcando en el avión.

En este momento yo acabo de proceder a apagar mi ordenador, soltar un grito de cansancio en medio de la soledad de la oficina y me he tomado el permiso de entrar en el despacho de Eugenia, me he quitado los zapatos, y me he tirado en su maravilloso sofá de reuniones. Solo quería cerrar un momento los ojos y reposar la cabeza aprovechando que no hay nadie, lo juro.

Pero algo de repente me está agitando el hombro.

—¿Julia?

Abro los ojos y veo frente a mí el rostro de Mateo iluminado por la luz de la mañana. Qué guapo es el condenado. Tiene la barba bien recortada y mullida y es que solo mirársela me lanza escalofríos de placer por el cuerpo.

De repente caigo.

Me incorporo de un golpe, asustada, y Mateo se echa hacia atrás para dejarme espacio.

—Me he quedado dormida —le digo a Mateo—. ¿Qué hora es?

—Las ocho menos diez —me dice con delicadeza—. ¿A qué hora has llegado?

Me pongo de pie y me aliso el pelo y la camisa. Tanteo por el suelo, pero no encuentro los zapatos. Dios… debo tener unas pintas de loca increíbles… ¿cuánto he dormido? No habrán sido ni dos horas. Parece que me ha pasado por encima un camión de la basura.

—No me he ido.

—¿Qué?

—No me he ido desde ayer a las ocho que vine. Eugenia acaba de avisarme que ha embarcado en el avión… ¡Ostras, Eugenia!

Me doy la vuelta y rebusco entre los cojines del sofá hasta dar con mi móvil y miro con desesperación a ver si me he perdido alguna notificación importante. Cuando compruebo que no se me escapa un suspiro de alivio que, puedo comprobar, hace que Mateo ponga cara de sorpresa.

—Me parece que tienes que irte a casa —me dice.

Yo tengo tanto sueño y me encuentro tan incómoda que pierdo todos los filtros y por primera vez no hablo con Mateo como si me estuviera ahogando en mis propios suspiros.

—Pues sí. Aunque intentara trabajar hoy, no te serviría para nada. Necesito comer, ducharme y dormir.

Y entonces no se me ocurre otra cosa que soltar un bostezo desde el fondo de mi alma.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, Mateo me está mirando, *y está sonriendo*.

Oh, cielo santo, ¿qué hemos hecho los mortales para merecernos semejante sonrisa?

—De todas maneras —le digo—, anoche te mandé dos archivos con un resumen de todo lo pendiente de Eugenia para las próximas

semanas. Al menos que sepas lo que hay. Mañana ya nos ponemos a repasarlo.

—¿Te dio tiempo a hacer eso? —me pregunta genuinamente sorprendido.

—A ver, algo tenía que hacer mientras me respondían correos y me autorizaban cosas…

Mateo se sienta en el borde de la mesa de Eugenia y me mira con los brazos cruzados de una manera que me pone nerviosa, que se le marcan los bíceps debajo de la chaqueta del traje y es que yo he visto demasiadas telenovelas, tengo demasiado sueño y soy humana. Tengo unas pintas horribles, estoy despeinada y me siento muy rara: no tengo ganas de que este hombre me esté mirando de esta manera. Por fin encuentro mis zapatos y me agacho a ponérmelos. Al incorporarme, quedo de pie frente a mi nuevo jefe.

—Pues… me voy —y, sin quererlo, vuelve a escapárseme un bostezo del fondo del alma.

Me tapo la boca e intento disimularlo, pero ¡Julia, por favor!

Ahora Mateo se ríe abiertamente, y no lo disimula. Saca la cartera de su chaqueta, la abre, y me da un billete de veinte.

—¿Qué…?

—Vete en taxi a casa, por favor —me dice.

—Eh… vale, gracias. Pero no hace falta.

—Claro que hace falta, estás muerta de sueño. Eugenia no tendría que haberte dejado aquí trabajando toda la noche.

—Bueno, yo acepté quedarme —digo, no sé por qué. No sé por qué quiero defender a Eugenia.

—Y está bien, si trabajas para Eugenia, te adaptas a Eugenia, y ella es así —me dice él—. Pero si trabajas para mí, te adaptas a mí, y a mí no me gusta que mis empleados se tengan que echar siestas en el sofá.

Intento que no pase, pero no puedo evitar sonrojarme y sentirme mal. Mateo, pedazo de nutria insensible, llevo más de veinticuatro horas seguidas trabajando, si hay un sofá disponible me voy a echar en él. Voy a tartamudear una excusa, pero de repente me entra una

furia interna superior que tapa cualquier disculpa. Le quito el billete de la mano y me lo quedo mirando unos segundos pensando en todo lo que le soltaría ahora mismo. Pero decido callarme.

—Está bien, jefe. Te veo mañana a las ocho.

Intento darme la vuelta para irme, pero entonces la mano de Mateo de posa en mi antebrazo y me detiene.

La miro, trago saliva, levanto la vista hacia él de nuevo.

Incluso molesta con él, incluso ahora que le daría un zapatazo por borde, que me siento cansada e incómoda, incluso así Mateo ejerce una atracción física sobre mí que no puedo evitar sentir. Me pone en tensión, pero una tensión que nunca había percibido hacia nadie.

Normalmente los jefes me ponen en tensión porque, en el fondo, me dan un poco de grima, porque me siento amenazada siendo la asistente, la que está en un escalafón inferior, la chica de la que (lo sé, tengo experiencia) pueden aprovecharse si deseasen. Siempre estoy alerta, y siempre mantengo la distancia para protegerme. Pero con Mateo… no sé qué pasa. No se parece a eso. Hay una luz de alarma avisando de algo peligroso, pero no es lo mismo de siempre. No sé qué es.

—Fue una gran idea —me dice él. Sus ojos de color miel me están escrutando y siento un pequeño mareo.

—¿El qué?

—Obtener información de lo que estaba pasando en Berlín a través de la asistente. Luego pudimos comprobarlo a través de otros medios, pero esa primera información rápida casi seguro que es lo que nos ha salvado el trato.

Y entonces me suelta. Sonríe débilmente, así tan cerca de mí. Me sigue mirando, como si esperara encontrar una respuesta en mi gesto.

—Gracias. Es mi trabajo. Ir siempre un paso por delante —susurro.

Siento una opresión en la garganta que no sé qué es. Decido ignorarlo y salir de allí. Cojo mis cosas de la mesa y bajo rápidamente por el ascensor, aprovechando que aún no hay casi nadie en el edificio. La parte buena de trabajar en el centro de la ciudad es que

puedes encontrar taxis a cualquier hora, y nada más salir por la puerta consigo uno. Subo, le digo mi dirección y cuando por fin arranca me derrumbo y cierro los ojos en el asiento.

Y entonces esa sensación incómoda viene ante mí. Pero ya no es incómoda.

La cara de Mateo, iluminado por el sol. Siento una necesidad como no me ha pasado nunca de notar el tacto de su barba entre mis dedos, de recorrerle la cara con las yemas, dejándome llevar por cada recoveco, cada línea. Siento la necesidad de acariciarle los labios para saber si son tan suaves como parecen.

¿Qué se supone que estás pensando, Julia? Lo voy a dejar porque, mira, estás reventada de cansancio y ha sido un día rarísimo, pero ni se te ocurra seguir por ahí.

Me lo vuelvo a repetir cuando llego a casa, cuando me he cambiado de ropa y estoy desmaquillándome (lo que queda en pie del maquillaje, qué desastre) delante del espejo del baño: Julia, ni se te ocurra.

Pero cuando me meto entre las sábanas esa imagen vuelve a mi cabeza, esa luz, esa sonrisa, y con ella la sensación de que nunca he conocido a un hombre como él.

9

Mateo

He llegado demasiado pronto a la oficina porque apenas he dormido. He estado toda la noche dando vueltas pensando en que no sé si hago bien aceptando la vicepresidencia. Hay algo que me escama. No sé por qué no me quito de encima la sensación de que Eugenia me quiere en su puesto por algo, y ese algo tiene que ver con el control y el poder, como todo lo que ella hace.

Como lo de imponerme a su asistente.

Es muy contradictorio porque, por un lado, Patricia, ahora mismo, como asistente de ejecutivo de cuentas es prácticamente inútil; no me quiero ni imaginar el caos que sería asumiendo además la asistencia en vicepresidencia. No la puedo despedir, así que, sí, de nuevo, Eugenia tiene razón y la mejor opción es tener también como asistente a Julia.

El problema es que no sé qué opino de Julia. Lleva poco tiempo en la empresa, y a Eugenia parece caerle mejor que cualquier otra persona que haya pasado por aquí. Me lo confirmó ayer, cuando me quedé de piedra al ver que Julia le decía que no a algo, *a Eugenia, en la cara*, y sin embargo ella no solo no dudó en aceptar su negativa, sino que además le subió el sueldo. Yo mismo me quedé sorprendido con la resolución y la inteligencia de Julia para resolver lo de Berlín, pero no sé si hay algo oculto en ella, si desconfío con razón o si hay algo que se me escapa. Y lo peor es que soy un gilipollas porque no sé con quién hablar de esto para despejarme las dudas. No es la mejor manera de obtener un ascenso, dudando de todo y de todos.

Aunque, por otro lado, la verdad es que me he estado acostando con mi jefa. ¿Quién no va a desconfiar de Eugenia? ¿Y de mí, si se enteraran?

Cuando paso cerca del despacho de Eugenia, con la planta todavía vacía (solamente hay algún empleado de la limpieza en la zona de los baños) me parece ver algo en su sofá. Me acerco por curiosidad y me

quedo plantado de la sorpresa cuando veo que no es un bolso o un abrigo, sino la mismísima Julia que está durmiendo acurrucada contra el reposabrazos.

No puedo evitar sonreír ante la escena. No sé si debería desconfiar de ella, porque ahora mismo parece… adorable. La luz de la mañana le marca más aún las pecas que tiene sobre el puente de la nariz y que siempre se le notan porque nunca lleva mucho maquillaje. Ni siquiera sé por qué me he fijado en eso. La escucho respirar profundamente. En realidad… Julia me parece una persona auténtica y muy diferente al resto de personal de esta empresa, y hay una parte de mi instinto que me dice que, aunque sea muy cercana a Eugenia, me puedo fiar de ella.

Aun así, no puede quedarse aquí durmiendo. No pueden verla aquí cuando lleguen el resto de empleados. Me acerco sin poder dejar de observarla y le agito suavemente del brazo. Cuando abre de repente los ojos la cara de sorpresa al verme es un poema y quiero reír, no puedo evitarlo. Pero tengo que ser serio. Voy a ser su jefe. Trastabilla, se pone nerviosa, me dice que Eugenia la ha tenido toda la noche en la oficina. ¿Qué? A veces se me olvida lo insensible que puede llegar a ser esa mujer.

Me dan ganas de zarandear a Julia y decirle que no debería haber aceptado quedarse trabajando, pero lo que hago es darle dinero para que coja un taxi y se vaya a casa. Estoy molesto con Eugenia, no con ella, pero creo que Julia me ha malinterpretado, y de repente, entre el cansancio y el mal sueño en el sofá, se me aparece delante una Julia mucho menos formal y adecuada. Me quedo casi fascinado esperando a ver qué me va a decir, pero en el último momento toma aire, se acuerda de que está delante de su jefe y se calla.

Ojalá no se hubiera callado. No dejo de pensarlo toda la mañana: qué gusto daría verla enfadada. Estoy mal de la cabeza.

A pesar de todo, de verdad que Julia trabaja bien. Me ha mandado por correo un dossier muy bien documentado con todo lo urgente que tiene Eugenia entre manos. Y lo más gracioso de todo es que no he cruzado ni medio email con la propia Eugenia: para ser su sucesor, quiere hablar muy poco conmigo. Así que me dedico a ponerme al día como mejor puedo, a mi ritmo. Hay una cosa que tengo que consultar con Francesco y le llamo. Al tercer timbre, me

cuelga. Me quedo mirando el teléfono, extrañando, cuando llaman a la puerta de mi despacho y, sin que me dé tiempo siquiera a responder, abre el mismo Francesco con su sonrisa sensual y diabólica.

—¿Me buscabas, *amore mio*?

Francesco es el jefe del departamento legal. Oficialmente es abogado, aunque estoy seguro de que nunca ha ejercido como tal. Del mismo modo que, oficialmente, es italiano, pero tampoco ha ejercido de ello porque lleva más de media vida en España y lo del acento solo le sale, casualmente, cuando sabe que le puede resultar interesante a alguna chica. Es una de las personas más cercanas que tengo tanto dentro como fuera de la empresa y uno de mis mejores amigos. Creo que es la única persona de la empresa a quien le he presentado a mi hermana, y me arrepentí en el mismo momento en que lo hice, en una comida familiar hace un par de años, porque los dos se pasaron el día coqueteando y al final, sí, se acabaron liando.

Ya me avisó Carmen, que era mayorcita y soltera e iba a hacer lo que le viniera en gana, y que ya sabía que Francesco era un poco *latin lover*, pero esa es Carmen: le dio igual. No les duró nada. Tampoco quise saber detalles. Mi hermana solo me dijo que hay cosas que duran lo que tienen que durar, y Francesco… sí, es un ligón, un picaflor, no lo vamos a negar. Aun así, siempre me ha dado la sensación de que a él se le quedó algo pendiente con Carmen. De vez en cuando, cuando no entiendo a cuento de qué viene, me pregunta por mi hermana y quiere saber si está saliendo con alguien, o qué es de su vida. Pero el resto del tiempo Francesco siempre tiene entre manos algún romance rápido con alguna muchachita a la que tarde o temprano va a decepcionar.

Respiro hondo por primera vez en todo el día y sonrío. Aunque Francesco me absorbe la energía y a menudo a su lado acabo haciendo cosas que no quiero, siempre es un soplo de aire fresco.

—¿Te vas a mudar al despacho grande de Eugenia? —me pregunta, sentándose al otro lado de mi mesa.

—Pues… espero que no me obliguen, porque no me gusta.

Disimulo que, en realidad, no me hace mucha ilusión ocupar el despacho de Eugenia porque tengo recuerdos un poco intensos de

esa mesa. Francesco no sabe la relación que tuvimos y eso me pesa. Fue extraño, pero nunca me sentí seguro contándoselo y ya no tiene sentido. Y eso que tenemos confianza, demasiada, quizá. Sé que es un bocazas, y que, por muy amigo mío que sea, yo también tengo derecho a guardarme mis secretos.

—¿Qué tal tu nueva asistente? Es la que deja Eugenia, ¿verdad?

—¿Por qué lo dices?

De repente me hace sentir incomodísimo que me hable de Julia. Todavía no he superado bien lo de verla dormida esta mañana.

—Es lista —me dice.

—Lo sé.

Lo admito, Julia es lista.

—¡Es serio! Es grave.

Me río, incrédulo.

—¿Por qué? —le increpo.

—¡Es la asistente de Eugenia!

—Y ahora va a ser la mía.

—¡No! Eso no lo sabes. Va a ser tu asistente, pero no sabes si va a seguir trabajando para Eugenia, ¿*capisci*? Eugenia es una mala víbora.

Capisco, capisco. Ya, se me olvidaba que una de las razones para no contarle a Francesco lo de mi aventura era que odia a Eugenia. Si fuera por él, solo trabajaría para Enrique. Pero ¿Eugenia? Dios mío, le he escuchado decir en privado cosas tan absolutamente horribles de ella que no he podido dejar de reírme durante días. Para Francesco alguien como Eugenia nunca es de fiar… y puede que tuviera razón. Pero a mí ella me fascinaba de un modo que Francesco nunca sintió. Tampoco lo hubiera entendido.

—Aquí ninguno sabemos de las verdaderas intenciones de Eugenia con todo este numerito del divorcio, la sucursal de Alemania… Lo siento, Mateo, pero no me fío.

Francesco se levanta, movido por un resorte invisible, y comienza a caminar nervioso por mi despacho.

—El problema es que nunca te ha caído bien —intento poner sentido en todo esto.

—Y he tenido razón. ¿Te acuerdas de lo de los japoneses? ¿Y lo del edificio Hassan?

—A ver… —me quejo, indeciso. En realidad, esos problemas fueron cosas que se pueden interpretar de otra manera. La única opción posible para Francesco es que Eugenia nos manipula a todos siempre que puede. Yo ahora dudo.

—No, piénsalo: ella se va, pero deja aquí a su asistente. ¿Por qué no se la lleva, con lo jugoso que es ese ascenso? ¿Cómo sabemos que no la deja para que le siga pasando información e, incluso, yo qué sé… te boicotee? No te conviene estar de malas con la muchacha —me asegura.

—¿Y por qué iba a estar de malas con ella?

—Porque tú te acabas llevando mal con todas las empleadas de esta empresa.

Espera, ¿qué? Me lo dice con toda naturalidad, como si los dos lo supiéramos. Y yo es la primera noticia que tengo.

—Yo no hago eso —replico, molesto.

—Oh, sí que lo haces —me ignora Francesco, y sigue hablando casi para sí mismo—. Sí, ese es el plan, Mateo: vamos a tratarla bien. Vamos a observarla para ver de qué pie cojea, para ver si tiene intenciones ocultas, pero también con cuidado de que no se piense lo que no es. Ya sabemos cómo son las chicas que contratan en esta empresa… Por eso lo de Julia no me termina de encajar…

Lo sé, realmente lo he pensado, Francesco.

—Así que, según tú, tengo que acercarme a la asistente de Eugenia lo suficiente como para ganarme su confianza, pero al mismo tiempo no tengo que acercarme lo suficiente como para que ella se crea que quiero algo con ella. Muy fácil todo, Francesco —me burlo de él—. ¿Cómo puedes vivir tú veinticuatro horas dentro de tu cabeza?

—De momento, mándale un ramo de flores.

—No pienso hacer eso.

—Algo ostentoso, grande… ¡Amarillo! Sí, el amarillo es el color de la amistad. Una ofrenda de paz.

Francesco sigue hablando solo, maquinando un plan. Intento ignorarlo todo lo posible y al final se marcha antes de que yo haya podido comentarle lo que quería de los informes.

10

Julia

—Hola…

Tengo delante de mi escritorio a Francesco, que se ha parado justo aquí, de pie, y me está sonriendo con las manos metidas en los bolsillos. Típica pose de niño malo. ¿Está esperando algo?

Está siendo un día suficientemente raro de por sí. Ayer, después de dormir hasta mediodía, bajé a comer con Charo y Manuela y pasé la tarde con ellas, descansando y hablándoles de mi nuevo jefe (yo alimento sus ansias de cotilleos y ellas me alimentan a mí a cambio; es un buen trato). Me acosté pronto y esta mañana tenía mejor cuerpo y buen humor. Pero está siendo muy raro.

Primero, porque no tiene sentido que me quede en el escritorio frente al despacho vacío de Eugenia y tenga que estar yendo y viniendo, atravesando toda la planta, hasta el despacho de Mateo. Así que él ha ordenado que me pongan un escritorio provisional al lado del de Patricia y está siendo… incómodo. Bizarro. Esa es la primera cosa que no entiendo: para qué sirve Patricia.

He pasado una hora con Mateo revisando los informes que le mandé ayer y tomando líneas de acción: qué cosas son más urgentes, de qué hay que encargarse ya, qué hay que esperar a que venga Eugenia, o qué hablamos con ella por correo. Lo hemos ido cuadrando todo con su propia agenda, que ya está bastante llena. Yo me he encargado de hacerlo. Cuando he salido del despacho para ponerme a trabajar, Patricia estaba ordenando unos papeles en el archivador.

Si la miras de lejos, realmente no sabría diferenciarla de Gema, o de cualquier otra de las trabajadoras de la oficina. Tiene el pelo largo, liso, de un color crema preciosísimo que me da una envidia mortal. Es alta y esbelta, y lleva la falda y los tacones con una elegancia pasmosa. También va vestida de tonos neutros, y parece discreta de verdad, hasta que se me ha quedado mirando con una sonrisa de apuñaladora por la espalda con la cabeza ladeada unos cinco minutos

después de haber traído mis bártulos para instalarme en la mesa de al lado de ella.

No ha dicho nada, no me ha ofrecido ayuda. Se ha quedado sentada mirándome. No ha sido desagradable, tampoco, he de reconocer. Sencillamente, es otra de tantas a las que caigo mal por ser yo. Me lleva pasando toda la vida. Lo que me sorprende es que siga pasando ahora, cuando se supone que todas somos adultas y la etapa de las envidias y los rencores adolescentes quedó atrás.

Me encojo de hombros y sigo con mi trabajo porque no tengo tiempo para niñatas.

Patricia se ha ido a sacar unas fotocopias y entonces, por arte de magia, ha aparecido Francesco.

—¿Hola? ¿Quieres ver a Mateo? —le pregunto—. Creo que está dentro. Patricia es la que le avisa, pero si quieres puedo hacerlo yo.

—No, he venido a verte a ti —me dice. Y yo levanto una ceja, sospechosa. Se me ha debido notar mucho, porque Francesco sonríe con gusto.

Tengo que reconocer que Francesco me hace sentir cómoda. Es algo automático que no controlo, del mismo modo que estar cerca de Mateo, aun en modo profesional, me pone la piel de gallina. Aunque no lo quiera.

—Y eso… ¿por qué? —le pregunto.

—Me caes bien. Eres lista. Llevas siendo desde ayer la comidilla de toda la oficina por la manera tan rápida en que te pusiste a resolver el problema. Me pareció brillante.

—Eh… gracias…

—Y creo que tú y yo podríamos llevarnos bien. Tengo ganas de charlar contigo y conocerte mejor, ¿qué tal invitarte a cenar?

Entorno los ojos.

—¿Me estás invitando a salir?

—Eh… —veo a Francesco un poco desconcertado por unos segundos —. ¿No?

—¿Es una pregunta?

—No me lo suelen preguntar a mí, para empezar.

—No quiero hacer el ridículo, pero si uno de mis jefes me invita a cenar quiero saber en condición de qué antes de responder nada.

Francesco se ríe, pero no hay nada malévolo en su risa. Hay puro y sincero deleite, por alguna razón.

—¿Por qué hablas como si trabajaras para la CIA?

—¿Cómo sabes que no trabajo para la CIA? —le devuelvo, sin poder evitarlo.

Entonces algo pasa y Francesco relaja los hombros, saca las manos de los bolsillos y pierde la pose, pero no parece algo malo. Ahora parece más… vulnerable. Cercano. Real.

—No tengo intención de invitarte románticamente —me dice—, a no ser que…

—No, yo tampoco tengo ninguna intención romántica —le corto.

—¿Tienes pareja?

—No —admito—. Pero tengo una relación muy sólida con dos amigas jubiladas. Tendría que darles demasiadas explicaciones si saliera con alguien, así que tendría que merecer mucho la pena.

—Ah… ¿así que dices que yo no merecería la pena? —coquetea, bromea, sonríe de medio lado… guau, Francesco es una fuerza de la naturaleza. Qué pena que me sienta menos atraído hacia él que hacia un aguacate.

Me encojo de hombros y él se sigue riendo.

—Supongo que mereces mucho la pena —le digo, continuando la broma—. Para otras personas. Seguro que si sigues buscando encontrarás al amor de tu vida… en otro sitio.

—Es maravilloso, gracias. Porque no estoy buscando al amor de mi vida. Ni tan siquiera un rollo. Sinceramente, quiero averiguar cómo lo has hecho para patear el trasero de Eugenia con tanta elegancia. Quiero aprender de usted, maestra.

Y en ese momento hace una reverencia exagerada y ridícula y yo no puedo evitar mirar a mi alrededor a ver si alguien nos ha visto, mientras contengo la risa.

—Por favor, no más reverencias aquí —suplico antes de que se levanten las cabezas del resto de la sala—. Si quieres invitarme a cenar, de acuerdo, pero sin reverencias ni intenciones románticas, por favor. Solo hablar de cómo patear el trasero de Eugenia.

—Así habla un agente secreto de la CIA —me responde Francesco—. ¿Tienes tiempo hoy? ¿Te recojo a la salida?

No me había dado cuenta de que Mateo había salido de su despacho y nos está mirando. Francesco me tapaba la visión. Lo percibo en mi piel antes de verlo con los ojos. Percibo esa presencia electrificante y tomo aire.

Mateo mira a Francesco y después me mira a mí. Lo hace con una expresión entre la sorpresa y la curiosidad que no sé identificar, pero tengo que dar una respuesta, obviamente.

—Sí, podemos quedar hoy —le respondo a Francesco.

—Genial.

La sonrisa coqueta de Francesco de verdad que podría derretir el asfalto en un día de invierno. No voy a decir que soy invulnerable, solo que… Solo que la presencia de Mateo cerca, en el mismo espacio que yo, tiene ese contrapeso insalvable. Mi piel se siente atraída hacia la suya. Es ridículo, lo sé, pero lo siento así. Así que Francesco no tiene nada que hacer.

Mucho me temo que, mientras siga trabajando para Mateo, nadie tendrá mucho que hacer. Bueno, nada nuevo. Llevo sin plantearme tener alguna relación demasiado tiempo. Ni siquiera está en el menú. Tan solo que aquí, con esto que pasa que no sé qué es, es todavía más obvio.

Mateo nos interrumpe.

—Francesco, ¿qué quieres? —le dice a su amigo. Y está serio. Está… ¿molesto?

—Solo quería quedar con Julia —se justifica Francesco—. ¿A las cinco, entonces?

Me mira, espera mi confirmación.

Yo le sonrío.

—Claro, a las cinco —le digo.

Mira, me apetece quedar con él, qué narices. Me cae bien.

Pero en ese momento Mateo carraspea y me mira abiertamente molesto.

¿Y ahora qué he hecho?

—Francesco, pasa —le dice a su amigo con tono seco.

Antes de cerrarse la puerta, Mateo me mira unos segundos y sé exactamente a qué me recuerda esa mirada: fue la misma que me lanzó el primer día, cuando me los encontré por primera vez en el ascensor. Es un segundo nada más, pero me hace tragar saliva.

11

Julia

Estoy en un sitio muy elegante al que me ha traído Francesco. La luz es tenue, la música agradable, los camareros son guapos y estamos sentados junto a una pared entera llena de plantas y lucecitas de neón. Hasta que se haga la hora de cenar, nos estamos tomando unas copas. Joder, y hoy necesito una copa. Desde que Francesco me dijo de salir a tomar algo, Mateo ha estado insoportable.

No es que se haya puesto borde, es que se ha pasado toda la mañana siendo un tipo amable y correcto y de repente, cuando ha venido Francesco, ha dejado de serlo; se ha parecido mucho más a como trata a todo el mundo. No ha sonreído, ha exigido las cosas sin dar ninguna explicación… En fin, que parecía tener un auténtico palo metido por el… Ni que fuera mi problema. Solo es mi jefe, la relación se acaba ahí, y ya he aguantado a jefes gilipollas antes y he sobrevivido. Así que le doy un sorbo a esto que me ha pedido Francesco que no sé qué es, pero sabe delicioso.

—Este cóctel es peligroso —le digo a Francesco—. Es demasiado dulce. Te lo bebes sin darte cuenta y entonces, dentro de un rato, cuando menos te lo esperas, ¡pam! Estás borracha.

Francesco sonríe con picardía mientras yo sorbo por la pajita.

—¡Lo has hecho adrede! —comprendo, haciéndome la sorprendida.

—Creo que ya estás borracha.

—Es que nunca bebo alcohol —no se lo desmiento, me noto ya algo mareada, pero es agradable y sigo bebiendo—. Excepto la copita de licor crema de mis señoras. ¿Para qué necesitas emborracharme? ¿Qué me quieres sacar?

—Para ser una agente secreta, qué directa eres.

—James Bond no destaca precisamente por su sutilidad —doy como respuesta.

Francesco se sigue riendo. Es agradable estar con él.

—Eres la primera persona en mucho tiempo —me dice— que le ha dicho que no a Eugenia, y me despertaba curiosidad.

—Ya será menos.

—Pareces un poco mosquita muerta por fuera, pero luego resulta que no lo eres. Y ni siquiera llevas mucho tiempo trabajando para ella.

—Poco más de un mes.

—Y ya te han subido el sueldo.

—¿Eso es raro?

—Eso no ha pasado nunca en esta empresa.

—No me lo creo. ¿Cómo era el anterior asistente de Eugenia?

—Se lo comió vivo. Era un pobre diablo que venía muerto de miedo todos los días y se fue llorando después de que Eugenia le echara la bronca por un error con una llamada. Y la anterior a ese duró una semana. Se despidió ella misma.

Me encojo de hombros.

—Pues yo estoy cómoda con Eugenia; lo estaba, vaya, pero no me quería ir a Berlín, lo siento. No pinto nada allí. Bastante desarraigada

me siento ya aquí. Fui sincera y coló. También me podía haber despedido.

—No, Eugenia no te va a despedir… Hay algo… —me empieza a decir, y se me queda mirando, señalándome con el dedo—. Hay algo en tu energía que se parece a la de Eugenia y eso a ella le gusta. Es eso. Nada le gusta más a Eugenia que la propia Eugenia.

—¿Yo? ¿Seguro que soy yo la que está borracha?

—Las demás se quieren parecer a Eugenia, y se visten como ella, y actúan como… con esa… seriedad forzada, y ya está. Pero tú no. Es un misterio.

—No es un misterio, es que soy pobre —me rio.

—Oh, venga ya.

—En serio… —me pongo de pie y me señalo la ropa—. Falda barata de una tienda de *fast fashion*. Es prácticamente plástico y me costó cinco euros en rebajas. Camisa de segunda mano en una tienda de ropa *vintage*. Los zapatos los tengo desde el instituto. Y soy incapaz de domarme los rizos, no pienso perder el tiempo alisándome el pelo todas las mañanas.

—Pero es… suficiente —dice él con una sonrisa muy bonita mientras me vuelvo a sentar—. Realmente suficiente.

—Gracias, de verdad. Aunque no es así como yo me siento —admito —. Así que trabajo mucho y me esfuerzo para compensar que siempre me siento inadecuada allá donde vaya.

—¿Siempre te ha pasado?

—Sí —admito—. Desde pequeña. En todas partes.

—Eso le suele pasar a la gente inteligente.

—Es posible —admito después de pensarlo un rato—. Yo siempre pensé que era por ser pobre, pero quizá no sea por eso. Tú también eres inteligente, ¿qué haces trabajando para un jefe que no soportas?

—Yo, técnicamente, soy abogado. Pero aquí prácticamente no ejerzo como tal, y Dios me libre de hacerlo, lo odio. —Me rio abiertamente por la manera que tiene de santiguarse y poner los ojos en blanco—. Estudiar Derecho fue una imposición del viejo Vanetto, mi padre. Así

que intento buscar empleos donde tenga que trabajar lo menos posible.

—Eso es… —no sé qué decir—… un poco kamikaze, pero si te funciona… más allá de estar odiando a Eugenia…

—No diría que la odio, solo que… no es de fiar. Es… ladina. Sí, esa es la palabra.

—¿Ladina?

—Eugenia siempre está maquinando algo, siempre tiene un as en la manga.

—No sé por qué eso puede ser malo.

—A ti lo que te pasa es que Eugenia te cae bien.

—Me paga bien. Es buena jefa. No pido más.

—Seguro que a tu novio sí le pides más.

—Se lo pediría, pero no tengo ni tiempo ni ganas de buscar uno. Aunque tienes razón. Igual una de las razones por las cuales no tengo nunca una relación estable es porque pido muy poco. Me conformo con migajas.

—Hay quien dice que el problema para no tener pareja es precisamente lo contrario.

Me rio.

—Pues entonces estoy bien jodida.

Me encojo de hombros. Sienta bien este cóctel y sienta bien soltar la verdad sin tapujos.

—Eso es horrible. Eres una reina y te mereces un romance escandaloso.

Lo dice fingidamente indignado y nos reímos un rato.

—En cualquier caso —suspira él—, aquí se está bien, sí, a pesar de Eugenia. O precisamente por Eugenia. Y Mateo es mi compadre. Pero, a ver, ya está bien de hablar de mí. He venido aquí para sacarte información, Julia, pónmelo fácil.

Me rio, pero no digo nada, solo vuelvo a sorber mi cóctel, me encojo de hombros y no digo nada.

—¿Dónde trabajabas antes? —me dice.

—He estado unos meses en paro. Antes de eso, dos meses en recursos humanos en una multinacional. Antes de eso… trabajos de mierda como administrativo, con una ETT. No pienso jugármela con este trabajo, es lo mejor que he tenido nunca. Y necesito el dinero.

—¿Por qué? —me pregunta Francesco con amabilidad. Tuerce la cabeza y tengo la sensación de que me está escuchando de verdad, y me da calorcito por dentro.

—Porque siempre he sido pobre. Era buena estudiante, pero no había manera de que fuera a la universidad, así que hice un módulo de administración y cuando empecé a trabajar me convertí en el sostén económico de mi familia. Hace unos meses había ahorrado para pagarme la matrícula de la universidad a distancia. Pero mi madre… bueno, en fin, mi madre no siempre toma las mejores decisiones… y se metió en un problema económico y tuve que usar ese dinero para ayudarla. No tiene a nadie más.

—¿Y tu padre? ¿Hermanos?…

Tomo aire.

—No, nada. Mi madre tiene una hermana que vive perdida entre comunas *hippies*. Se supone que tengo un padre, pero nunca quiso saber de mí ni de mi madre cuando se quedó embarazada. Mejor así.

—¿Mejor así?

Me quedo pensando un segundo la respuesta, mirando el fondo de mi vaso.

—No, no es mejor así —reconozco—. Mi padre ha sido un cabrón que nos dejó en la estacada y yo he tenido una vida de mierda porque él no quiso hacerse responsable de haberse bajado los pantalones.

Estoy piripi, lo sé. Miro a Francesco, sonrío con tristeza, le doy el último sorbo a mi cóctel.

Francesco me sonríe.

—Con un poco de alcohol definitivamente no te pareces a James Bond.

—Te estás riendo de mí.

—No, te admiro profundamente, quiero ser como tú. Borracha.

—Por el bien de todos, mejor que no. Tengo secretos que mantener.

Y empezamos a partirnos de risa, y no sé por qué. Pero estar con Francesco es… es como estar un poquito, solo un poquito, de nuevo con Alicia.

Me gustaría parar ahora mismo y hacerle prometer que va a ser mi amigo. Me conformo con esta imposibilidad mía de encontrar alguna vez un ligue (aunque sea solo un ligue) decente. Pero en el fondo de mi alma sé que lo que yo quiero es un buen amigo. Quiero volver a tener con alguien lo que tenía con Alicia. Pero creo que es muy pronto para decírselo a Francesco. Así que, en vez de eso, doy un pequeño golpe sobre la mesa.

—Tío, estoy muerta de hambre. ¿Cuánto queda para la cena? —le digo. Al irme a poner en pie, trastabillo un poco porque no he echado la silla suficientemente para atrás.

Entonces noto cómo, en vez de tropezar, mi espalda se choca con algo muy duro, una pared o algo así. Pero la pared tiene brazos, y esos brazos tienen manos, y esas manos me sujetan de los antebrazos para estabilizarme. Siento por todo mi cuerpo ese agradable hormigueo de cuando Mateo está cerca. Me sube hasta el cuello y me eriza el vello de la nuca y me provoca cosquillas en el ombligo. Es una sensación maravillosa. Me quedaría en este segundo para el resto de mi vida.

Primero veo la cara de sorpresa de Francesco por el rabillo del ojo, pero no le hago caso y me giro para ver quién en este planeta, aparte de Mateo, puede provocarme esta sensación.

Ah, no. Es Mateo.

¿Qué? ¿Mateo?

Tiene cara de sorpresa y me va soltando muy lentamente. Tan lentamente que queda… raro.

—Hola —me dice, confundido, mientras las yemas de sus dedos terminan de soltar mi brazo cuando me enderezo, casi con pereza, como si una corriente eléctrica nos envolviera mientras seguimos en contacto.

—Hola, hermano —le dice Francesco con total tranquilidad—. ¿Qué haces por aquí?

—¿Qué haces tú aquí? —pregunta Mateo, como intentando disimular. No está siendo amable, se le nota.

Me vuelve a mirar, no sé buscando qué respuesta, y juro que cada vez que lo hace, cada vez más, se me derriten las bragas. Yo sonrío y asiento porque si hablo se me va a notar demasiado lo del cóctel y no quiero quedar aún más en ridículo.

—Estoy tomando algo con Julia —contesta Francesco con toda la calma del mundo, como si no pasara nada. Porque no pasa nada. ¿Verdad? ¿Entonces por qué Mateo se pone así?

De repente aparece una chica y se agarra del brazo de Mateo. Una mujer rubia, de melena ondulada, traje ajustado de color negro. Oh, cielo santo, no tiene nada fuera de sitio, es maravillosa, va maquillada como en un tutorial. El alcohol hace que tenga ganas de alargar las manos y acariciar esas pestañas absolutas que lleva puestas. Y Mateo hace como que no le importa que este bellezón esté agarrado a su brazo y sigue con su peculiar duelo de miradas con Francesco y conmigo.

—Quedaros, nosotros también vamos a tomar algo —dice Mateo.

Yo levanto una ceja. Francesco pone esa sonrisa malévola.

—No podemos… —dice Francesco con voz de niño inocente, poniéndose de pie. Coge su chaqueta y luego mi abrigo del respaldo de mi silla—, es que ya tenemos reserva para cenar en Can Robert… ¡Eh, podéis quedaros con nuestro sitio!

La rubia parece aliviada de que nos vayamos y contonea disimuladamente las caderas para ir a sentarse donde yo estaba. Yo, la verdad, no sé qué decir. Todo esto me parece graciosísimo. Francesco se pone a mi lado y, de repente, le tengo a él a un lado y a Mateo en el otro. Y ellos dos se miran: Mateo, desafiante, y Francesco disimulando esa sonrisa de pillo que empiezo a conocer.

Cuando estoy a punto de echarme a reír Francesco me agarra del brazo con delicadeza y me tira hacia él.

—Vamos, Julia, no lleguemos tarde.

—Claro. Hasta mañana, jefe —le dijo a Mateo mientras echo a andar hacia la puerta.

Francesco y yo nos reímos nada más cruzar la puerta.

—Puede que yo esté borracha —le digo—, ¿pero qué ha sido eso?

—Eso… —me responde él, enigmáticamente—, es posible que sea un proyecto muy interesante.

12

Julia

—¿Resaca?

Tengo a Mateo delante de mí, de pie frente a la mesa auxiliar que me han colocado junto a su despacho. La mesa de al lado está vacía porque Patricia no ha llegado aún. De hecho, creo que somos de los primeros en llegar esta mañana. Se escucha un silencio mullido de fondo.

La cena de anoche con Francesco fue genial y me he levantado de un buen humor increíble, a pesar de que me pasé un poco con el alcohol. Es lo bueno que tiene encontrar amigos nuevos. Pero no puedo pensar en Francesco cuando tengo a Mateo delante. Todo lo que no sea él desaparece de mi campo de visión. Su cara. Su voz. Su aura. El poder que emana de su traje de chaqueta gris. Joder, Julia, reacciona de una vez. Me trago todas estas emociones y tomo aire antes de responder.

—No mucho, ¿y tú?

Levanta las cejas y sonríe. ¿Se sorprende de que le haya devuelto la pelota? ¿Qué se cree, que soy una señorita triste suspirando por el guapo de la oficina? Un poco sí, pero al menos lo voy a disimular. Todavía me queda orgullo.

Se mesa la barba con la mano. Uf, ese gesto ha ido directamente a mi centro, así, sin avisar, de buena mañana. No puedo evitar desviar un segundo la mirada y me muerdo el labio inferior en un gesto inconsciente.

—No mucho —repite. Nervioso, da un par de golpecitos sobre la mesa—. Ven en cuanto puedas.

—Dos minutos y voy. ¿Quieres un café?

—Eh… sí, solo, con azúcar. Por favor.

—Pues entonces tres minutos —le sonrío. Es la sonrisa habitual de asistente. Es esa sonrisa plana, servicial, que no compromete a nada. Pero se me queda mirando como si Mateo estuviera pensando en otra cosa.

—De acuerdo —me dice, pero no se mueve.

—De acuerdo —repito, extrañada, mientras él se retira a su despacho. Me levanto y voy a la sala de descanso. Preparo su café y el mío y cuando regreso paso directamente a su oficina. Dejo la taza de Mateo sobre su escritorio, pero cuando yo me siento él no lo hace. Va hacia la puerta, echa un vistazo fuera y la cierra.

Eh… vale.

Quiero preguntar, pero espero a que él hable mientras agarro mi taza y le doy sorbos para esconderme detrás.

Se sienta en su silla y me mira con esos ojos de color miel que, a estas horas de la mañana, con la luz, tienen pintitas doradas.

—Puede que la pregunta sea rara, pero… ¿estás saliendo con Francesco?

Así, sin anestesia, venga.

Se me debe ver en la cara. En este momento esa pregunta me ha caído fatal, y ni siquiera sé por qué.

—No nos conocemos tanto como para que te responda a eso —le suelto lo más educada que puedo.

Le veo tomar aire. ¿Está avergonzado? Debería.

—Tienes razón —me dice, y se restriega la cara—. Solo que a veces… A ver, yo quiero muchísimo a Francesco, pero a veces puede ser un poco… engañoso.

—Es que, aunque así fuera —sigo yo, diciéndoselo despacio para que me entienda bien—, con todos los perdones, no es asunto tuyo.

—No lo entiendes, Julia, Francesco a veces no es lo que parece.

Resopla, incómodo. Oh, sí, deberías estar incómodo, Mateo, y si no lo estás yo voy a hacer que lo estés. Yo no puedo evitar ponerme roja como un tomate, porque… porque… ¿pero qué se cree?

—Pero es que yo ya soy mayorcita para tomar las decisiones que yo quiera —le suelto, poniéndome en pie—. Y yo no le tengo que dar explicaciones de con quién salgo, o no salgo, a mi jefe. Perdona, pero mi vida privada no es asunto tuyo y esto raya en… en… no sé, abuso laboral, por lo menos.

Mateo resopla y se pone también de pie.

—Lo siento, Julia, no era mi intención.

—¿Entonces? ¿A qué venía esa pregunta?

—Ayer os vi en el bar y…

—¿Y qué? Tú también fuiste con una mujer de la que ¡obviamente! yo no te voy a preguntar qué relación tenéis.

—No tengo ninguna relación personal con Sofía…

—¡Que no me importa! —igual he gritado de más, pero es que ahora mismo esto me supera—. No es la cuestión. Esto… Esto no es una conversación válida, Mateo. Se enteran los de recursos humanos y te crujen.

—Tienes razón, sí —parece recapacitar—. Lo siento. Solo que te tengo aprecio y por mucho que yo quiera a Francesco, no querría que te hiciera daño. No eres la primera empleada de la oficina con la que tontea y a la que luego deja hecha polvo.

Nos miramos unos segundos, sin saber qué decir. Realmente no sé qué decir.

—Voy a… —digo yo, señalando la puerta—, voy a salir. Voy a ir al baño. Voy a dejar que pasen cinco minutos y después volveré para que empecemos a hablar del trabajo de hoy. Y esta conversación no ha tenido lugar.

El abre la boca con sorpresa, pero al final asiente, y yo salgo del despacho sin preocuparme siquiera por comprobar si la puerta se queda abierta o cerrada. Dejo el café en mi mesa y voy al baño, y una vez dentro del cubículo me tengo que controlar para no gritar. Sí que pataleo un poco. Me puede la furia, me siento… ¿ridícula? ¡No, ni hablar, Julia! ¡Ni hablar! ¡Es culpa de ese imbécil!

—¿Quién se cree que es? —susurro para mí en voz baja, cuando ya me calmo un poco. Es que encima el muy… cretino pone esa cara de príncipe encantador, de guardián del castillo, que es que… es que… se la golpearía.

Y después le comería la boca, a quién vamos a engañar.

Salgo, me echo agua en las mejillas y evito mirarme de más en el espejo, porque lo que veo al otro lado, no puedo evitarlo, me hace sentir un poco mal. ¿Tanta pinta de ingenua, de inocentona, tengo? ¿Tanto como para que un tipo como Mateo me tenga que «advertir» para que no me convierta en la víctima de un casanova? Prefiero no mirarme y salgo antes de que entre alguna otra de las empleadas fabulosas de esta empresa y me sienta aún peor.

Me siento pequeña, diminuta, ridícula.

Tomo aire y lo suelto con furia. Ánimo, Julia, tú puedes. Mateo no es el primer hombre que te hace de menos.

Mi idea de que esta conversación no ha tenido lugar no tiene mucho éxito, me temo. Al menos no para mí, porque no dejo de darle vueltas. Siento que es injusto. Sí, sé que las intenciones de Mateo han sido buenas, o eso pretendía… pero, aun así, no puedo evitar sentirme un poco ridícula, un poco defraudada. Conmigo. Siempre con esta sensación a cuestas de que todo me sale a medias, que siempre me meto en problemas.

Así que el resto de la mañana decido que no tengo ganas de enfrentarme a esto. Viene Patricia, que no me dirige mucho la palabra y doy gracias al cielo por eso hoy. Ella se pone con su propia agenda de Mateo y yo me hago la loca y me dedico a intercambiarme emails con Eugenia, a hacer tareas menores, a ir a la copistería a perder el tiempo y a retrasar todo lo posible volver a hablar con mi jefe. Y creo que él se da cuenta, pero no insiste. En algún momento ha salido del despacho, parecía que me iba a hablar, pero luego ha pasado de largo.

Yo no quiero nada romántico con Francesco, pero no quiero dejar de ser su amiga… ¿por qué me siento tan mal? ¿Por qué parece que he hecho algo malo?

Paro un momento de escribir el informe que estoy terminando en el ordenador y voy a mi móvil. Busco el contacto de Francesco (ayer nos intercambiamos los teléfonos porque él se empeñó en enviarme un meme muy gracioso de un mapache subiéndose a un cubo de basura mientras no dejaba de insistir en cómo me parezco yo a ese mapache) y le mando un mensaje:

«¡Hola! ¿Mucha resaca? Ayer me lo pasé genial. Hoy, sin embargo, he tenido una conversación muy incómoda con Mateo».

No espero a que me responda, no creo que lo haga pronto. No deja de ser un jefe de esta empresa. Ahora mismo tengo tanta ansiedad que no dejo de pensar que todo está mal, que intentar ser cercana con él es un error: que toda yo soy un error. Pero entonces, casi al momento, suena un tono de mensaje. Es él.

«Lo sé [emoticono enfadado]. Me lo ha dicho. Poco le has gritado para lo que se merece».

Sonrío en la vida real y también le mando un emoticono de sonrisa. Vuelve a sonar un mensaje suyo:

«No le hagas ni caso, tiene envidia», me dice. Y yo suelto una pequeña risa de incredulidad. ¿Envidia? ¿De qué?

Y entonces lo noto: la tensión, el placer, como una brisa que me acaricia la piel, pero invisible. Levanto inconscientemente la cabeza y, de nuevo, Mateo está delante de mí, viéndome sonreír al móvil.

—Dime —le digo después de un par de segundos, después de tomar aire. Solo me mira, como si estuviera pensando en algo.

—Vámonos —dice.

—¿Dónde?

Él no responde, solo comienza a andar antes de que yo o Patricia podamos decir nada. Así que, en fin, no deja de ser mi jefe, le hago caso. Cojo mis cosas y consigo alcanzarle en el ascensor.

—¿Dónde vamos? —le insisto, calculando si mi tableta tiene suficiente batería para tomar notas si vamos a una posible reunión de última hora de la que, por alguna razón, no me he enterado.

—Tienes razón —me dice cuando entramos en el ascensor. Da al botón del subsuelo, donde está el aparcamiento.

—Eh… ¿en qué?

Me tiene desconcertada este hombre, y es algo más que estar en este espacio tan pequeño con él. Es algo más que su aroma o su presencia.

—En que no te conozco. No nos conocemos. No tengo derecho a preguntarte algo como lo de esta mañana. Así que vamos a comer juntos y a charlar.

Me mira unos segundos, como esperando ver mi reacción. Me mira a los ojos, pero parece que me traspasa el cuerpo entero. Menos mal que se abren las puertas del ascensor y podemos salir de aquí.

13

Julia

Estamos Mateo y yo en un restaurante muy elegante, enfrente de unos platos de comida más que apetitosos, pero es que resulta que aquí, con nosotros, también está sentada mi ansiedad. ¡Hola, ansiedad! Qué disgusto verte por aquí, qué te cuentas. Ajá. Bueno, puedes dejar de decirme que estoy haciendo el ridículo y que mi vida se ha acabado, por favor. Solo se trata de verduras braseadas y pollo al horno, en serio. Sí, estoy en la misma mesa que Mateo, pero esto no significa nada más que una comida. Laboral.

Es algo laboral, me repito.

—¿Te gusta?

Me ha ayudado a elegirlo él porque yo no sabía ni cómo mirar la carta de lo elegante que es este sitio. Mateo me mira con curiosidad mientras observo mis verduras. Pincho con el tenedor una patata y un trozo de calabacín y me lo meto en la boca, intentando disimular, pero me sale el tiro por la culata porque está riquísimo.

—¿Cómo sabe tan bien? ¿Cómo lo hacen? A mí nunca me quedan así las verduras —pregunto con verdadera curiosidad aún con la boca un poco llena, tapándomela para intentar ser educada.

Al menos lo intento.

Y entonces Mateo sonríe y yo… no sé qué hacer con mi vida. Trago saliva y sigo comiendo, desviando la vista al plato.

Julia, cariño, te tienes que relajar.

Julia, *puedes* relajarte, no va a pasar nada malo. Estás comiendo con un hombre que es muy agradable a la vista, y que es tu jefe… nada más.

—Entonces, cuéntame —dice Mateo. Él ha pedido carne asada con una guarnición de espárragos salteados, y compartimos una botella de agua con gas, porque yo no he querido pedir vino o si no esto se

parecía demasiado a una cita—. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando de asistente?

—Casi desde que terminé bachillerato. Hice un módulo de formación profesional. Tendría… diecinueve o veinte años. He estado trabajando siempre. O al menos lo he intentado. He estado en el paro y también he pasado por épocas de esas de trabajos temporales muy penosos, por no decir otra cosa… Lo normal, vamos.

—¿Te gusta trabajar aquí?

—Sí —soy sincera—. Eugenia es un poco exigente, pero sé seguirle el ritmo y me gusta trabajar con ella… O al menos así ha sido hasta ahora.

Me callo, porque mi jefe es él en este momento. ¿Qué le puedo decir? ¿Que se me derrite el alma cada vez que estoy en la misma habitación que él? No puedo ser tan idiota.

—¿Y… —parece que duda si seguir preguntando— estás a gusto con el ambiente de la oficina?

—Bueno —trago un trozo de pollo—, hay cosas que me desconciertan, pero por lo demás… he estado en sitios mucho peores.

Oh, Mateo, muchísimo peores, ni te lo imaginas. Esto es un juego de casitas comparado con algunos trabajos que he tenido.

Él sonríe.

—¿Qué te «desconcierta»?

Me rasco la cabeza, pensando las palabras. ¿Quizá he hablado de más? Estoy nerviosa porque Mateo me pone nerviosa, pero también quiero parecer interesante, pero no quiero parecer cotilla o entrometida… El problema de siempre: ¿cómo se presenta una proactiva y resolutiva al mismo tiempo que acata órdenes con minuciosidad? Siempre creo que lo hago mal, que me paso o que me quedo corta. Y ahora, si pienso en esta conversación con Mateo, me siento extraña por sentirme cómoda, por dejarme mecer por la fascinación que me genera este hombre… y al mismo tiempo no puedo, ni quiero, evitarlo.

Es eso, Julia. Mateo te fascina, mucho más allá de la atracción física que sientes. Es algo que va por debajo de la superficie, que no

necesita siquiera definiciones o palabras. Me sorprendo mirando a Mateo mientras vamos comiendo igual que me sorprende encontrarlo a momentos en silencio, tan solo mirándome comer a mí.

—No sé si puedo preguntarlo —le digo—, pero… ¿qué función tiene Patricia? Es que… Llevo unos días trabajando contigo y prácticamente he asumido tu agenda sin que ella se haya quejado, o haya intervenido… No lo entiendo.

—Ya. Eso se supone que tiene una explicación, y es que no es culpa mía. Tengo que acarrear con eso porque Patricia es familiar de Enrique.

Oh…

—¿Y cómo te las has apañado así hasta ahora?

—Con paciencia y esfuerzo —se ríe Mateo—. Si soy sincero, es un gusto poder contar con una asistente de verdad que trabaja tan bien.

Me mira a los ojos, sonríe, está cómodo. Sigue comiendo mientras a mí esta forma de hablar y de comportarse me hace sentir como si estuviera flotando.

—No quiero decir que Patricia sea inútil —aclaro—. Ni mucho menos, eh. No estoy en condiciones de meterme con mis compañeros de trabajo, aunque no los entienda.

—¿Por qué dices eso?

Otra vez, Julia, hablando de más.

—No sé… es que… Tengo que caerles al menos un poco bien. Paso mucho tiempo con ellos… ¡Y me llevo bien con algunos, eh! Solo que con otros… no tenemos muchas cosas en común, me temo.

Deja de comer y me mira, esperando que continúe. Esto es una tortura.

—¿Quieres que cotillee contigo lo que se habla en la oficina? —decido preguntar con una sonrisa pícara.

—No es mala idea —me sigue Mateo la corriente.

—Pero eso es soborno… —bromeo—. Me has sobornado con una comida para que haga de chivata.

Por un momento creo que no ha pillado que estoy bromeando y me mira desconcertado. Luego yo sonrío, y él sonríe de vuelta, y parece que hay algo que nos envuelve y nos acoge, y es… reconfortante. Y raro.

—Se podría decir que sí —dice él.

—Bueno, pues sí —digo—, la comida está suficientemente buena como para hacer de chivata.

Mateo se ríe.

—Entonces… ¿qué dicen de mí?

—Que eres un poco ogro. —Mateo abre los ojos con escepticismo—. ¡Pero, pero…! Es verdad.

—¿Cómo va a ser verdad? —se ríe—. ¿Ves algo de ogro en invitarte a este pedazo de comida?

—No eres un ogro conmigo, pero…

—¿Pero? —se hace el ofendido.

Dios mío… me lo quiero comer. Saltaría por encima de la mesa para morderle ese mentón.

—… pero Gema tiene razón en que a ella a veces la ladras. Y antes de que digas nada, tienes razón en ladrarla. Está empeñada en que tiene posibilidades de casarse contigo…

Mateo ahoga una carcajada, se atraganta con el agua, se le cae por la barbilla y agarra inmediatamente la servilleta para limpiarse… y yo me muerdo los labios.

—Lo siento —le digo, ahogando la risa—, no quería decírtelo así. Pensaba que era obvio.

—¿Eso es lo que dice Gema de mí? —me pregunta, incrédulo, cuando por fin recupera la voz.

—Bueno, eso es lo que me ha dicho a mí. Y lo dijo el primer día, y algún otro día se lo escuché decir también a Patricia, que creo que también anda intentando ligarse a algún otro ejecutivo, el que caiga,

aunque tú eres el premio gordo… No sé si eso es normal o no, pero me hace gracia. Es la peor idea del mundo, y ellas están segurísimas de conseguirlo.

—¿Es una mala idea buscar marido?

Mateo parece genuinamente intrigado.

—Es una mala idea en general, sí. Pero más aún que uno de tus jefes se case contigo. Igual soy yo, y mi historia personal…

Oh, lo veo en su cara, eso le ha intrigado. Ahora tengo que continuar.

—Mi padre biológico —continúo, pensando hasta dónde contar— era el jefe, mi madre su secretaria. Tuvieron una relación extramatrimonial durante dos años y cuando mi madre se quedó embarazada él le dijo que o abortaba o la echaba a la calle.

—Pero eso… —Mateo piensa sus palabras—… eso es ser un cabrón.

—Sí.

—¿No lo denunció?

—No lo tenía tan fácil entonces como lo es ahora. Y supongo que no sabía ni por dónde empezar. El caso es que mi madre estaba muy segura de que con el embarazo mi padre ahora sí que dejaría a su mujer y se casaría con ella, y en cambio… se quedó como madre soltera y sin trabajo. Él ni siquiera volvió a contactar con nosotras.

—Vaya, lo siento.

—Gracias.

Se lo digo de verdad. Es agradable contárselo a alguien que no te juzga, no te empieza a preguntar cosas comprometidas ni se empeña en saber detalles incómodos.

Porque hay más detalles, claro que los hay.

—Gracias a ti por contármelo —me dice.

—Es un poco intenso —sonrío, aligero la situación, le quito importancia. Necesito hacerlo—. Por eso creo que la idea de Gema es mala.

Mateo me mira de forma enigmática.

—No todos los jefes son como tu padre biológico.

—Eso espero, pero tampoco puedo confirmarlo.

Él me mira unos segundos y veo que está intrigado. Y luego cambia el tono y lanza una sonrisa asesina.

—Te aseguro que no tiene ninguna posibilidad de que me case con ella —bromea.

—¿Ya estás comprometido? —pregunto casi sin querer. Igual no tendría que haberlo hecho, pero ya que estoy aquí…

Estoy cómoda hablando con Mateo. Es tan extraño… y tan cómodo, sin embargo.

—No —le aparece una breve sombra en los ojos—. No tengo pareja ni nada parecido. Pero, desde luego, Gema no.

Me rio y sigo comiendo.

—¿Y tú? —me pregunta él.

—Ah, no. Ya hemos tenido esta conversación.

En vez de enfadarse, se ríe ante mi negativa y de repente hay algo que explota entre nosotros. No sé describirlo. Me sigo sintiendo como si toda mi piel se sintiera atraída magnéticamente hacia él, como si hubiera un aura que me rodease y me hace sentir cada vibración del aire. Y, al mismo tiempo, me siento cómoda hablando de mí, comiendo con él. Como si fuera algo completamente natural. Como si lo lleváramos haciendo toda la vida. Poder mirarle a los ojos y me sonría se parece a un trozo de paraíso, y no voy a renunciar a ello.

14

Mateo

He salido a comprobar unos datos con los de contabilidad y al volver me encuentro con Francesco apoyado en la mesa de Julia. Inclinado sobre ella. Riéndose con ella.

Ya ha pasado varias veces que he pillado a Francesco aquí, relajadamente, sentado sobre su escritorio, o acercándose a Julia con demasiada familiaridad.

—¿Vienes a verme? —le pregunto a mi amigo después de cuadrarme involuntariamente delante de él.

—No, venía a contarle un chisme a Julia —se ríe Francesco.

Julia se ríe y luego disimula y no me mira, como si tuvieran un secreto inconfesable entre los dos.

Diría que no sé qué le ha dado a Francesco con Julia, pero mentiría: sí que lo sé. A mí también me pasa. Julia te hace sentir cómodo, y la cercanía con la que te trata, de algún modo… no lo sé. Es la sensación de paz que me produce verla todos los días cuando llego al trabajo. Es su cara, su sonrisa. Es que te lo haga todo tan fácil. Es la confianza que me demostró el día que comimos juntos, contándome su historia personal. Es que siempre me mire a los ojos cuando entra en el despacho, esa forma casual, segura, de caminar. Con Julia se puede hablar y te sientes escuchado. Y entiendo a Francesco.

Y precisamente por eso me está empezando a molestar.

¿Por qué se han hecho tan amigos? ¿Y por qué no me incluyen? Tampoco es que quiera que me incluyan, pero no sé por qué no lo hacen.

—Anda, entra un momento, que aprovecho y te explico una cosa —digo a Francesco un poco compulsivamente. Me tengo que quitar de encima de alguna manera esta sensación de incomodidad, y volverme de repente el jefe cabrón (o aparentarlo) es lo único que se me ocurre. Sigo siendo el jefe de estos dos, al final.

Julia me ve el gesto serio y se le va la risa en el instante. Carraspea y pone la espalda recta, toda profesional.

—¿Necesitas que entre yo también a tomar notas? —me dice ella, como si se sintiera culpable de haber estado desatendiendo sus tareas, cuando es la más eficiente de toda la oficina.

—No. Luego hablaré contigo —le respondo sin mirarla, entrando en mi despacho.

Sé que he sido demasiado desagradable. Nunca soy desagradable con ella. ¿Por qué lo estoy haciendo?

Francesco entra detrás de mí y cierra la puerta.

—No seas duro con Julia —me recrimina, ignorando el escritorio y tirándose directamente en el sofá del fondo—. Soy yo quien la entretengo.

—¿Y tú no tienes trabajo? —le digo, molesto.

Yo me quedo de pie en medio de la sala.

—Eh… espera, un momento…

Francesco se pone de pie otra vez y se acerca a mí, pero lo que tiene en la mirada es una inmensa curiosidad. Y pillería. Sonríe, como si no le afectara nada mi mal humor repentino.

—¿Qué? —me cruzo de brazos.

—¿Qué te pasa con Julia?

—No. ¿Qué te pasa a ti con Julia?

—Es un amor. La adoro.

—No ligues con mi asistente —proclamo, nervioso.

No, ni hablar. No pienso permitir que eso pase.

—¿Cómo vas a impedirlo? —Francesco parece realmente divertido. Se queda callado unos momentos y yo no tengo ganas de seguir su juego, el que sea que es. Vuelvo a mi escritorio y me siento en el sillón.

—No me lleves la contraria, Francesco. Joder, que te conozco desde hace siglos. No te ligues a Julia y luego la dejes tirada como si nada.

—¿Por qué iba a hacer eso? ¿Y si es el amor de mi vida?

La sonrisa de Francesco, el modo en que me mira… no augura nada bueno, y lo sé.

—No digas tonterías. Sales, tonteas con ellas, les prometes el cielo y luego las dejas tiradas. No quiero que le hagas eso a Julia.

—¿Seguro que es eso lo que te molesta?

—Además —sigo diciendo yo—, ¿por qué Julia? Hay montones de mujeres solo en esta oficina…

—Eso digo yo, ¿por qué Julia?

—¿De qué estás hablando?

—¿Por qué te molesta que me líe con Julia y no con… no sé, con Gema, la de recursos humanos?

—Porque es mi asistente.

—¿Y?

—Necesito que esté concentrada, y necesito que trabaje bien.

—¿Y qué tiene que ver eso con que yo salga con ella?

—¡Francesco, joder, que no!

Sé que he gritado. Sé que estoy nervioso. Es que ahora mismo le partiría esa cara de *latin lover* que tiene.

—Es más, puede que incluso trabaje mejor si la mantengo…

—No…

—… no sé, si la mantengo satisfecha. ¿No?

Hay algo en esa expresión, en la cara de Francesco, en no poder evitar imaginarme de repente a Julia y a él en la cama que me provoca un escalofrío desagradable por todo el cuerpo y las ganas de pegarle un puñetazo.

—En serio, ¿estás liado con ella? —le pregunto.

Francesco niega con la cabeza.

—¿Lo estás intentando? —insisto.

Francesco no me responde, solo me mira con esa cara maliciosa.

—Puede ser —me dice.

Estoy a punto de echarlo de mi despacho a golpes, pero yo no soy así, me recuerdo. Me corre por dentro una rabia fría que no sé de dónde sale. Y no sé qué hacer con ella.

—¿Vas a tener problemas si lo intento? —me pregunta Francesco.

—No lo vas a intentar. Eso no va a pasar —le digo totalmente en serio. No voy a permitir que eso pase delante de mis narices.

Francesco se ríe. No quiero preguntarle si me está tomando el pelo o no, porque con él nunca se sabe.

Me pongo de pie y me acerco a él; y, sí, estoy tratando de intimidarle, aunque sé que es difícil.

—Escúchame bien, te lo digo como amigo, pero también como jefe: deja a Julia en paz.

Francesco se pone de pie como respuesta y se me queda mirando a los ojos unos segundos. No me tiene miedo, pero no sé qué es... ¿curiosidad? Le quiero como a un hermano y, precisamente por eso, también le mataría como a un hermano. No soporto la idea de que le ponga un dedo encima a Julia. De hecho, no soporto la idea de que ningún hombre la toque. Julia para mí es como un espacio sagrado; hasta este momento no se me hubiera pasado por la cabeza que hubiera alguien que pudiese entrar en su intimidad.

—Haré lo que pueda —me responde finalmente él con su acostumbrada sonrisa.

Se va del despacho y yo me paso un buen rato sentado en mi escritorio, sin hacer nada, con un montón de correos electrónicos por abrir, sin saber por qué estoy tan molesto. Yo no voy acostándome con cualquiera y sé que Francesco, a pesar de todo, tampoco lo hace. Es un ligón, pero es responsable. Sé que nunca va dando falsas esperanzas a ninguna mujer, aunque hace siglos que no le conozco una relación seria... No, sinceramente, no sé qué me molesta tanto de este coqueteo entre él y Julia. Julia no es nada mío.

Julia no es nada mío. Solo trabaja aquí para mí, igual que podría estar trabajando para cualquiera en otro sitio. Igual que hace solo

unas semanas trabajaba para Eugenia.

Al poco de irse Francesco suena la puerta con la llamada característica de Julia. Ya conozco su manera de hacerlo y le digo que pase.

Julia hoy lleva una camisa negra un poco más ajustada y unos pantalones de ejecutivo también negros y me está mirando con recelo, como si fuera a esperar una reprimenda. Intento seguir enfadado, pero no puedo. No es rabia lo que siento al mirarla y pensar que entre ella y Francesco se está gestando algo.

No sé qué es.

Le digo a Julia que no pasa nada y disimulo el enfado de antes. Y, sencillamente, nos ponemos a trabajar: como siempre. Con esa naturalidad. Con esa comodidad.

Pero hay algo debajo que me está molestando, y lo sé. Y lo peor de todo es que la sensación que no tiene nombre no se va.

15

Julia

—¡Es fantástico! —me dice Manuela.

—Es una mierda —corrijo yo.

—¡Esa boca, niña! —me regaña Charo.

—¡Pero si tú dices cosas peores! —se ríe Manuela, regañando a Charo.

—Es verdad —responde Charo—. Pero yo puedo decirlo, que soy una vieja arrugada. Pero ella es una jovencita en edad de merecer que tiene que ser educada para poder cazar a uno de esos dos jefes que tiene.

—Oh, por favor… —me quejo, aunque por dentro me estoy partiendo de risa—. ¡Si lo sé no os lo cuento!

Solo les he contado que Francesco es muy amable conmigo, y que eso le molesta mucho a mi jefe. Les he contado que quedé con Francesco y que después Mateo se molestó y que me invitó a comer, y ahora se han montado una película ellas solas de que estos dos están peleando a ver con quién me lío primero.

No les he contado prácticamente *nada*. No he hablado de las sensaciones que me provoca estar cerca de Mateo, ni de cómo me atrae no solo su físico, sino esa personalidad un poco oculta, que se muestra un ogro con los demás y, sin embargo, conmigo es amable y atento, lo inteligente que es. No les he hablado del miedo que me provoca sentir eso, de cuánto me recuerda a las historias que me contaba mi madre de mi padre biológico.

Porque, esa es otra. Desde que «volví» a contar la historia, a Francesco y a Mateo (no la suelo contar a menudo y en los últimos días se la he contado a dos personas diferentes), no he podido dejar de pensar en que mi madre me contó cosas que yo no tenía que saber. Al menos no con esa edad. Había veces, en los ratos tranquilos (los pocos que teníamos), que mi madre empezaba a hablar de cómo

había sido estar con mi padre; de la emoción de la primera cita. De lo cariñoso que era con ella. Siempre, incluso de pequeña, me sorprendió que hablara de ello con cariño y nostalgia, y me daba la sensación de que, si se presentara la oportunidad, ella hubiera olvidado la vergüenza, el dolor, la inseguridad y la injusticia, y hubiera vuelto con él. Aunque nunca hubiera reconocido a su hija, a mí. Porque podía haberse desencaprichado de mi madre, pero al fin y al cabo yo era su hija.

Su hija.

Si yo supiera que existe una persona en el mundo que es parte de mí, haría lo imposible por encontrarla y conocerla.

Pero no, en mi caso yo me sentaba y observaba a mi madre sumirse en aquella melancolía imposible, recordando cosas que cada vez estaban más lejos en el tiempo, volviéndose amarga por esos recuerdos, y aun así regresando a ellos una y otra vez. Me generaba mucha ansiedad que lo hiciera, y me daba mucha pena volver a pensar otra vez en todo lo que no había tenido: un padre, seguridad económica, la mansión enorme que salía en las revistas; pero yo no podía decirle que se callara, que no quería volver a escuchar esa historia otra vez. Eso hubiera sido como romperle el corazón, y estaba segura de que mi madre no habría podido soportarlo.

Y ahora tengo la sensación de que hay una parte de mí que, de algún modo, lo está reviviendo.

No les he dicho nada de esto a Charo y Manuela. Hoy toca telenovela. He acabado dejando por imposible el gorro, he desecho lo que llevaba y he comenzado una especie de chal que es muchísimo más sencillo porque solo necesita punto del derecho y algunos aumentos, aunque no le estoy haciendo mucho caso. Siguen con su película en la cabeza, de que los dos hombres pelean por mi amor o algo así.

Como si eso fuera una posibilidad.

Sobre todo porque, si mis sospechas son ciertas, si los gustos de Mateo pasan por personas como Eugenia, no tengo absolutamente ninguna posibilidad de atraerle. Nada, cero. Si ni siquiera le gustan mujeres como Gema, que es sofisticada y guapa, ¡por favor! ¡Seamos realistas! No hay ninguna posibilidad de que alguien como yo le pueda atraer siquiera un poquito.

Toda esta historia debe de ir de otra cosa que todavía no entiendo muy bien.

Se lo he dicho.

—Lo que pasa es que tú no eres consciente de lo buena que estás.

Eso es lo que me ha respondido Charo, zanjando la cuestión.

Yo he intentado desviar el tema, pero al final hemos acabado hablando de que me gusta hacer amigos nuevos, y que echo de menos a Alicia, y les he acabado contando la última conversación con Alicia hace dos días, las cosas que me contó.

Está feliz. Me hace feliz saberlo, pero también la echo de menos y, en el fondo, a veces me gustaría poder desear que le fuera mal y rompieran y volviera a casa conmigo. Pero… bueno. Nunca lo deseo en voz alta. Lo que me ocurre sigue siendo el duelo de su marcha.

—Deberías salir más —me dice Manuela—. A nosotras nos encanta que vengas a casa, pero tienes que salir con gente de tu edad, Julita… Así que aprovecha que ese Francesco te invita y sal, baila, bebe, fuma. Aprovéchate.

—Y si quieres beneficiártelo, aprovéchalo también —se ríe Charo.

—De verdad, Charo, ¿qué te has tomado hoy? —le digo entre risas.

—Nada, deben ser las hormonas.

Y se queda tan pancha.

Como hoy es viernes, cuando bajo a casa después de cenar con ellas me quedo un rato más despierta viendo una serie de vampiros. Me tumbo en mi cama porque, si me quedo en el sofá del salón, me recuerda demasiado a cuando Alicia y yo hacíamos maratones y me voy a poner triste.

Aunque me pongo triste igual. He estado pensando en mi madre, en cómo siempre ha echado de menos al cabrón de mi padre. En que pareciera que ella se podía olvidar de la vida de mierda que la irresponsabilidad de él nos hizo vivir. Ahora da igual, lo sé; pero de algún modo sigo atrapada en aquella sensación que tuve toda mi infancia y adolescencia, que regresa de vez en cuando.

El sábado por la mañana limpio la casa y me parece que se me queda grande para mí sola. La verdad, no paso casi nunca por el salón, ni por el cuarto que pertenecía a Alicia. Es la costumbre: deprimirme los fines de semana. Me pasa incluso desde que estoy en el trabajo nuevo. Me he centrado tanto en el trabajo de lunes a viernes que parece que los sábados y los domingos no me apetece cambiar de tema. De hecho, no me apetece hacer nada. Charo y Manuela tienen planes y yo, sinceramente, no sé qué hacer, ni tengo nada que me apetezca hacer sola. Ir a pasear: ni hablar. Ir a un centro comercial: aún peor. Necesito un hobby, pero no sé por dónde empezar. Hasta ahora mi única afición era sobrevivir.

Estoy pensando en cómo no deprimirme el resto del día, con el trapo de limpiar el polvo en la mano, cuando me entra una llamada.

De Francesco.

¡Oh!

Descuelgo rápidamente.

—¡Hola! —le digo—. ¿Qué tal?

—Hola, Julia, ¿qué tal estás? ¿Qué planes tienes hoy?

Escucharle me pone automáticamente de buen humor.

—Eh… quedarme en casa viendo alguna serie absurda y comiendo guarrerías, seguramente —le confieso.

—¿Te apetece venir a una feria gastronómica en el centro? Tengo entradas.

—¡Oh! ¿Comida gratis? Es difícil decir que no a eso.

—Es en un hotel muy elegante del centro, y con la entrada viene pagado un montón de bebida.

—Claro que sí. Me apunto. Gracias por invitarme… —le digo, intentando sonar relajada, pero sintiéndome conmovida de verdad.

—De nada, ya ves. Un gusto. Me lo paso muy bien contigo.

¡Oh, Francesco! ¿Por qué no podría yo ser una mujer normal que se enamora tontamente de un hombre guapo, inteligente y divertido como él…?

—Gracias. ¿Hay que ir muy elegante?

—No. No lo creo, vamos. Yo voy a ir normal.

—A ti solamente te he visto vestido de normal con traje de ejecutivo. No me sirve como referencia —me quejo.

—¡No voy a llevar traje hoy! ¡Es mi día libre! Como sea, por favor, no vengas vestida de secretaria.

Me rio.

—¿Qué tiene de malo mi ropa de secretaria? —bromeo.

Francesco me deja la respuesta en el aire y solamente me da la dirección del hotel y me recuerda que empieza a las siete de la tarde.

Qué buen plan. Me imagino en el patio de un hotel bien elegante, todo lleno de mesas con manteles blancos, camareros con pajarita, copas de cava y un montón de esos minicanapés de sabores absurdos. No tengo ni idea de si la feria es así. Nunca he ido a ninguna. Pero me hace ilusión.

Y así, mágicamente, el resto del día deja de ser una mierda.

Me paso un buen rato muerto buscando qué ponerme delante del armario de mi cuarto, y llego a dos conclusiones: uno, no tengo suficiente ropa (desde que se fue Alicia no he tenido dinero más que para sobrevivir, nada de comprar ropa por capricho) y, dos, no tengo ni idea de cómo ir elegante a ningún sitio. Porque, la verdad, cuando yo me visto para ir a trabajar, más que vestirme me disfrazo. Y el resto del tiempo acostumbro a ir básicamente en una versión de pijama aceptable para salir a la calle.

Igual es la misma solución que debo buscar ahora.

Lo del disfraz, no lo del pijama.

Porque no me va a salir solo lo de ponerme guapa, buscar ropa bonita y todo eso, así que voy a fingir como si supiera qué estoy haciendo.

Me preparo una ensalada rápida y bajo a la calle después de comérmela de pie en la cocina. A unos quince minutos de mi casa está una de las tiendas de segunda mano en la que suelo comprarme ropa para el trabajo y rezo para que siga abierta hoy sábado y para

que tengan algo aprovechable. Está llena de gente (sobre todo de estudiantes obscenamente jóvenes y guapos), pero consigo encontrar una falda floreada, corta y con vuelo, que perfectamente podría haber pertenecido a mis vecinas hace cuarenta años. Es de color azul oscuro, con un dibujo diminuto de flores amarillas. Es preciosísima.

Encuentro también una blusa blanca y entallada con volantitos en las mangas, y cuando ya estoy en la caja pagando me acuerdo de que este mes me han hecho el ingreso del extra que me prometió Eugenia. Así que después voy a la zapatería y me compro unos zapatos negros de tacón y no me permito ni un instante para arrepentirme ni para pensármelo dos veces. Y como ya estoy en racha, decido que también voy a pasar por la peluquería.

No sé qué me ha dado hoy. Igual solo necesitaba que alguien me pusiera de buen humor y me invitara a salir. El caso es que la peluquera me dice que por qué no aprovecho los rizos y, en vez de alisarlos los exploto, y que con la cara tan bonita que tengo (pongo cara de susto cuando me dice eso) el pelo un poco más corto me tiene que quedar fenomenal.

Y le digo que sí.

Una hora después, con un champú y una mascarilla especial para rizos para seguir cuidándomelo, regreso a casa mirándome en todos los escaparates porque hace millones de años que no llevo el pelo tan corto. Ni tan bonito. Parezco otra. Así que cuando un rato después salgo de casa con mi falda de Grace Kelly, la blusa nueva recién planchada, los zapatos y el nuevo peinado que me hacen sentir una diva, tengo la sensación de que no hay nada que hoy me pueda arruinar el día.

Tan simple soy.

Tan simple y equivocada.

Llego a la dirección que me ha dado Francesco y me quedo con la boca abierta porque es que el lujo desborda por los cuatro costados. Hay bastante ambiente, muchachas vestidas como para una boda (o eso me parece a mí) que no dejan de hacerse fotos y yo simplemente sigo los carteles que anuncian la feria y me meto hasta uno de los patios del fondo.

Es un sitio espectacular, aunque no se parezca en nada a como lo había imaginado. No hay camareros vestidos de pingüino, pero sí mesas elegantes, y muchísima variedad de comida. Pero antes de poder comer nada tienes que pasar por la taquilla y canjear la entrada *que yo no tengo*. Todo está lleno de plantas tropicales porque parece un invernadero: el techo es una cúpula de cristal. Una señora cúpula de cristal. Yo soy una chica de barrio y casi me da la risa nerviosa por estar aquí.

No veo a Francesco por ningún lado y me está entrando hambre. Así que decido quedarme cerca de la puerta a esperar a que llegue y entonces, quizá, lo estrangularé. Habíamos quedado a las siete y ya pasa casi un cuarto de hora, y las chicas guapas están atacando los puestos de comida sin clemencia. No van a dejar nada. Y tengo hambre.

Entonces noto un escalofrío. Me golpea rápidamente, de improviso, pero no es desagradable. Se me eriza el vello de la nuca e inconscientemente me giro, como si notase que alguien me está observando.

Mateo.

Se me encoge algo en el pecho y, al mismo tiempo, se expande como si hubiera salido ardiendo.

16

Julia

Mateo viene hacia mí con una sonrisa y yo percibo este instante como si lo estuviera viviendo desde fuera del cuerpo. Lleva unos vaqueros y una camisa de color claro con los primeros botones desabrochados, y se le intuye el inicio del vello de su torso, y cuando llega hasta mí me inundan completamente su olor y su presencia.

Y me quedo sin palabras.

—¡Julia! ¿Cómo…? ¿Qué…?

Me hace reír su cara de desconcierto y sorpresa. Me siento bienvenida y… me siento fatal, también. Me obligo a sonreír y a ponerme automáticamente en modo pequeña bufona para que esto expansivo y luminoso que siento en el pecho se diluya.

—¿A ti también te ha invitado Francesco y te ha dejado tirado? —le pregunto.

Mateo tarda un segundo en responder. Me está mirando. Observa mi pelo nuevo y echa un vistazo disimulado a mi ropa.

—Eh… sí —admite echando un vistazo a la sala, y se ríe. Y cuando se ríe se le forman unos hoyuelos en las mejillas y su risa es profunda y grave y la mayor parte de las mujeres que están cerca de nosotros se giran para mirarle…

…porque… vaya espectáculo de hombre, madre del amor hermoso.

Trago saliva y resoplo. Julia, te tienes que calmar.

—Te dije que no te fiaras de él —me sonríe Mateo.

—Bueno, me lo dijiste en un contexto muy diferente —me río yo. Sigo sin querer decirle que no tengo ninguna intención romántica con Francesco porque… porque no, porque no quiero darle explicaciones.

Porque, por alguna razón, dejarle con el misterio me hace sentir que tengo un poquito el control, que la vida es más luminosa y menos

deprimente, yo qué sé.

Porque hay algo en la manera que tiene Mateo de mirarme, de *verme*, que me resulta adictivo. Parece que mis dedos sienten de repente una necesidad extraña de acariciar su barba, su mentón, su pelo. Sus labios. De mirarle a los ojos y quedarme horas en esta sensación de paz absoluta que me produce hacerlo. Sucumbir a la electricidad que se crea entre su piel y la mía.

Y todavía no has empezado a beber, Julia.

Y hay un segundo, sin embargo, en que los dos nos quedamos mirando sin saber qué decir.

—¡Por fin! —escuchamos una voz detrás y nos giramos a la vez. Francesco acaba de llegar, acalorado.

—¿Dónde cojones estabas? —le increpa Mateo.

—¿Y a qué se debe esta encerrona? —le increpo yo señalando a Mateo.

—Oh, no te irás a enfadar por esto —me dice Francesco.

—¡Es mi jefe! —me quejo. Y acto seguido me da la sensación de que he sido muy brusca—. Mateo, perdona, eres muy majo, ¡pero eres mi jefe! Nunca he hecho esto.

—¿Venir a una feria gastronómica? —me pica Francesco.

—Salir a emborracharme con mi jefe, al que veo todos los días de lunes a viernes.

Mateo se ríe y ese sonido es impresionante y me llena el pecho de calor. ¿Qué he hecho yo para merecer esto?

—A mí también me ves todos los días y te emborrachaste conmigo.

—No es lo mismo. A ti no tengo que presentarte informes —objeto.

—Siempre hay una primera vez para todo. Bueno, si quieres puedes irte, tú misma —me desafía Francesco con una risita burlona—. Yo solo quiero pasar un rato divertido con dos de las personas que mejor me caen del mundo.

—Eres insoportable —le dice Mateo, aunque no consigue decirlo sin renunciar a la sonrisa.

—Eres un embaucador —le espeto yo—. Y tienes suerte de que solo he comido una ensalada a mediodía y de que me he arreglado y estoy estupenda, que si no te dejaba aquí plantado. ¡Dame las entradas! Necesito probar esos canapés.

Y el vino. Por favor, necesito alcohol para sobrevivir a esto.

Todo eso ha salido de mi boca de golpe y no he dejado a ninguno de estos dos hombres decir ni mu y me he ido directamente a esperar la pequeña cola para intercambiar las entradas a la taquilla.

No me voy a ir. Quiero comer. Pero, más allá, resulta que *quiero* pasar un rato más con Mateo porque soy una persona horrible que no tiene ninguna clase de autocontrol o decencia, por lo visto.

Regreso y les entrego las pulseritas que me han dado que nos permiten tener barra libre, una a cada uno, y el resto del rato, lo tengo que reconocer, lo pasamos francamente bien. Yo ya sabía que Mateo podía ser muy agradable, y que Francesco es divertido, pero juntos me hacen sentir acogida y podría jurar que, igual es que voy por la segunda copa de vino, pero me estoy riendo un montón y me lo estoy pasando mejor que nunca y no quiero dejar nunca este sitio.

Pero cada vez que Mateo dice algo y yo me río me resulta más difícil de contener esta expansión en el pecho que no tiene nombre. Cada vez que él se ríe con algo que digo yo, y me mira, es aún peor. Porque la sensación de intimidación, de que esto me supera, no ha disminuido ni un poquito, sino que parece que se me va extendiendo por debajo de la piel como una plaga.

Voy a morir aquí, lo sé. Voy a morir en esa mirada suya.

Comemos como si acabáramos de venir de la guerra, probamos todas las *delicatessen* y creo que yo bebo tanto que ya estoy perdiendo un poco el equilibrio. Pero me río, y me río… y me siento tan cómoda como en una nube. Una nube de arcoíris de algodón de la que, me temo, me voy a pegar una castaña considerable en cuanto me caiga.

Creo que es cerca de medianoche cuando alguno de los tres, algo perjudicados, decide que es hora de marcharse. Yo hace un rato que estoy pidiendo agua con gas, porque me conozco. Una cosa es tomarse estas confianzas con tu jefe y otra caer en un coma etílico delante de él. Además, me atrae tanto, todo el tiempo, en cada gesto,

en cada sonrisa, que se me puede ir la pinza y lanzarme a coquetear o cualquier cosa, tal y como estoy, y *no, Julia, no*. A ver con qué cara me presentaba el lunes en la oficina.

A ver con qué cara le explicaba yo a las chicas eso, si ocurriese. No, no, no…

Hay un momento en que, me doy cuenta, no puedo más. No puedo disimular más lo muchísimo que me atrae este hombre, y no solo físicamente.

—¡Bueno! Yo ya he comido para tres días. Me vuelvo en taxi —les digo, y comienzo a salir del recinto. Los dos me siguen.

—Te acompaño —me dice Mateo, sin pensárselo.

—Ni hablar, la acompaño yo —dice Francesco, pegándole un codazo y poniéndose delante.

—No me acompaña nadie, gracias —sentencio yo, parando en redondo y dándome la vuelta para mirarlos. Y los dos se quedan quietos, sorprendidos. Estoy tan borracha que si nos metemos los tres en un taxi soy capaz de enrollarme *con los dos*. Espero no haber dicho eso en voz alta—. Gracias, Francesco, ha sido una de las mejores invitaciones de mi vida. Para la próxima, *okey* siempre a todo lo que sea comida, ¿vale? Gracias, Mateo, ha sido muy divertido. Ahora vosotros os quedáis aquí, yo voy a coger ese taxi, voy a llegar sana y salva a la puerta de mi casa y… nos vemos el lunes.

No sé de dónde ha salido esta seguridad, pero me hacen caso. Francesco me hace un gesto y antes de que me dé cuenta me ha rodeado con sus brazos.

—Te lo digo en serio, eres una persona fantástica —me dice sujetándome la cara y mirándome a los ojos.

—¡Anda ya! —me río y le doy un manotazo para que me suelte—. Eres un zalamero.

Pero no se me ocurre otra cosa que hacer algo… ay, no sé por qué. Porque llevo tanto tiempo sin salir con amigos, porque he bebido mucho…

Me acerco a Francesco, le rodeo con el brazo y le doy un beso en la mejilla. Es casto. Sencillo. Inocente.

Y en el mismo gesto me acerco a Mateo y me dejo envolver completamente de su aroma, su piel, su aura. Le agarro del brazo, me pongo de puntillas y le doy otro beso en la mejilla, pero ni de lejos se parece al que le acabo de dar a Francesco. Este beso de princesa de cuento me deja el cuerpo anhelando muchísimo más, sedienta y adicta. La piel de Mateo es cálida y suave, y es como que mis labios no pueden irse. No pueden.

—No tengo ni idea de lo que acabo de hacer, mejor me voy ya —me rio en voz alta.

Y no lo pienso más. Menos mal que hay un taxi justo detrás, porque creo que más que irme, huyo.

17

Julia

Desde que nos vimos Mateo, Francesco y yo en la feria gastronómica, llevo unos días en que a ratos me siento como si estuviera estafando a la empresa porque venir a trabajar ya no me da agobio ni me deprime, pero cuando eso me pasa me recuerdo que soy una profesional, que yo lo valgo, que me merezco mi sueldo y que los jefes vienen en coches de lujo a trabajar y yo en transporte público. Y se me pasa.

Las chicas también me ayudan, porque ellas son de esas de echarle mucho morro a todo. Manuela, que es la más deslenguada, siempre dice que ella ya ha vivido demasiado como para ir pidiendo permiso por la vida y que yo tengo que aprender a hacerlo o me comerán viva. Creo que tiene razón, pero a menudo se me olvida. Sobre todo cuando llego a la oficina y me doy cuenta de, a pesar de llevar la agenda de Eugenia y la de Mateo, a pesar de tener a esta compañera de mesa avinagrada e inútil por vocación, mi trabajo me está resultando muy agradable.

Sí, sé que soy una persona rara y retorcida, qué le voy a hacer. Llevan toda la vida diciéndome (especialmente mi madre) que una solo lo está haciendo bien cuando el trabajo te cuesta mucho esfuerzo. Que disfrutar de las cosas es peligroso. Nunca me doy cuenta de hasta dónde ese mensaje tan tóxico ha calado en mí desde pequeña. Ahora estoy disfrutando de esto y, en vez de aprovecharlo, me genera muchísimo malestar.

Todo es culpa de Francesco. Con sus inventos hizo que Mateo y yo nos acercáramos un poco más y nos hemos dado cuenta de que nos llevamos bien, que nos compenetramos, y hemos cogido confianza. Es fácil trabajar con él. Soy la única persona de la oficina a la que Mateo trata con amabilidad, aparte de Francesco, aunque el muy capullo lo disimula aquí dentro. Fuera no. Cuando salimos sonríe, bromea. El muy cabrón es todo un caballero y me coloca la silla en los restaurantes, y me cede el paso cuando vamos en taxi a los sitios

(que es casi siempre). Y yo intento no derretirme y no convertirme en esa clase de mujer que tiembla y se sonroja cuando lo tiene cerca.

Lo intento.

Eugenia es de las que da vueltas a una reunión, a un cliente o a una idea hasta sacarle todos los detalles por todos los ángulos posibles y no dejar nada a la improvisación, y entonces ataca a la yugular. Mateo se deja llevar por su instinto y la mayor parte de las cosas las acaba consiguiendo por su carisma. Así que con Mateo la mayor parte de los tratos se resuelven en un restaurante o de visita a los clientes. Sobre todo si son hombres, esa clase de empresario de la vieja escuela, Mateo les invita a comer, les saca conversación y antes de que se dé cuenta con el segundo plato están firmando el acuerdo. Así que estos días la mayor parte de mi trabajo con Mateo consiste en estar encerrada con él en taxis yendo de un lado a otro y en ir a comer a sitios caros. Sí, tomo notas, apunto datos, hago llamadas e informes, me encargo de todo (como es habitual), pero también estoy comiendo como una sultana.

Y estoy todo el día rodeada de esa aura de Mateo que me electrifica la piel, de su aroma, su presencia. Su mirada sobre mí.

Así que he decidido tomarme el primer rato de la mañana para descansar de esta tensión abrasadora que siento cuando estoy cerca de Mateo. El primer rato de la mañana es para ponerme al día con los seis o siete correos electrónicos que me envía todos los días Eugenia desde Berlín. Me pide que le explique todos los detalles de lo que está pasando, y yo le mando media docena de informes detallados. Me tomo un café, repaso las agendas, actualizo contactos y… me relajo. Luego voy al despacho de Mateo, y a menudo Patricia ya está allí, haciendo *algo*, o más bien nada. Hay muchos días en que nada más llegar yo Mateo me dice «Vámonos» y es la señal de que coja mis cosas porque nos vamos a pasar el resto del día fuera. Hay algo que me produce un placer oculto y personal en ser consciente de que Mateo me busca, me pide que vaya con él, me exige que esté cerca, a su lado: aunque sea para trabajar.

¿Soy estúpida? Probablemente, pero en esta espiral descendente me he ido instalando sin darme cuenta.

Muchas veces Mateo se pasa por las oficinas de los clientes, «solo para saludar»: les lleva alguna botella de licor, algún regalo. Hace como que pasábamos por allí, bromea con sus empleados. Otros días no, claro. Otros días son reuniones en la oficina y tener que aguantar las ocho horas sin que Patricia o alguna otra de mis compañeras me dirija prácticamente la palabra, porque se creen que está pasando algo entre el jefe y yo. Creen que las he adelantado. Vete tú a saber qué se les pasa por esas cabecitas de serrín.

Le he preguntado a Mateo si es que no se puede destinar a Patricia a hacer otras tareas. La chica no es inútil, insisto. Es un poco simple y caprichosa, pero igual azuzándola un poco se podría ganar el sueldo.

—No quiere —me ha dicho él, encogiéndose de hombros en señal de rendición—. Como es familia política de Enrique, el trabajo se lo dio él personalmente, y ella eligió ser mi asistente.

—Y… ¿por qué lo aceptaste?

Se me escapa, no puedo evitarlo. Me quedo mirando a Mateo, pero él no me responde. Solo se encoge de hombros. Cuando salgo, Patricia ha desaparecido otra vez y no creo que regrese hasta dentro de una hora o más, quizá.

Dentro de las nuevas funciones como vicepresidente temporal, Mateo también dirige una de las dos reuniones semanales de junta, algo que antes hacía Eugenia. Bueno, soy yo la que prepara las reuniones: convoco, redacto los memorándums, preparo la sala de reuniones, y hoy también tengo que preparar una videollamada con Eugenia, que se conecta *online* desde Berlín.

Lo cual hace que, aunque sea de forma remota, yo tenga acceso a los ordenadores de mis dos jefes.

Y no sé qué pasa en esta empresa, que esta gente no sabe guardarse sus asuntos privados para sí.

Todavía queda un rato para la reunión, pero Mateo me ha dado sus claves para conectarme al programa con el que se hace la videoconferencia. Estoy sola en la sala de reuniones, colocando sillas, instalando cables… Abro el ordenador, introduzco la contraseña… Introduzco el contacto de Eugenia para poder tenerla localizada y dentro de un rato mandarle el enlace…

… y…

… Aquí ya hay una conversación de Mateo con ella. Los chats están abiertos. Son de hace unas semanas, pero…

¿Hola?

No puedo evitar leerlo. Me salta a los ojos.

DIOS. MÍO.

Me encanta ese culo…

Ojalá tener tiempo ahora para encerrarnos en mi despacho y…

Es *muy* explícito. Mateo responde a veces, pero, la verdad, casi todo son guarrerías que le dice Eugenia. *Y la Eugenia que yo conozco que es más fría y estricta que un témpano de hielo.*

Me quedo muy quieta y me entran ganas de reír. Es una risa nerviosa que me recuerda que estoy viendo (otra vez) algo que no me corresponde. Julia, concéntrate por favor. Pero es que este momento, precisamente *este* momento, cuando aprovecha Mateo para entrar en la sala de juntas. Y me lo quedo mirando sin saber bien qué decir.

Y él me mira.

—¿Qué ocurre?

Me muerdo los labios para reprimir la risa.

—Mateo, ¿es posible que tú tuvieras una conversación privada con Eugenia y no borraras el historial desde hace semanas?

Mateo, el hombre más seguro de sí mismo que he conocido, el que desprende esa aura de poder en cuanto entra en una habitación, pone cara de terror y corre hacia el portátil. Aquí, delante de sus ojos, de los míos y de cualquiera que hubiera entrado sin pretenderlo en la sala de juntas, está un intercambio más que explícito que, desde luego, no es para todos los públicos.

Mateo se sonroja. *Se sonroja.*

—Por Dios, borra eso —me ruega, apretando teclas del teclado al azar.

—Espera, espera…

Le aparto las manos y me pongo al mando.

—¿Lo borro del todo?

—Sí, por favor…

Clic derecho, historial, borrar todo el historial de este chat, aceptar. Hecho.

El diálogo caliente desaparece mágicamente de la pantalla.

—No has visto nada —me dice Mateo.

—No he visto nada, ni sé absolutamente nada de lo que me estás hablando —le digo intentando todavía disimular la sonrisa—. Aunque puede que ya lo supiera de antes.

—¿Có-cómo?

Está nervioso. No debería pensarlo, pero este Mateo nervioso y vulnerable es aún más atractivo. Si es que eso es posible.

—Solo te digo que hace semanas también por error me encontré con un mensaje tuyo a Eugenia por el chat interno de su ordenador. Pero, igualmente te digo, no es asunto mío y no sé nada.

Mateo se restriega los ojos, suelta un largo suspiro de frustración y se deja caer en la silla vacía que tengo a mi lado. Se me queda mirando como si estuviera planeando venirse abajo. Como si en mis ojos tuviera alguna respuesta.

—Nadie lo sabe —me dice. Yo asiento para darle seguridad—. Ni siquiera Francesco. Bueno, Francesco menos aún, él odia a Eugenia. Me gustaría que nadie supiera que esto pasó. Duró poco y ya se acabó. En realidad, fue un error, nunca tendría que haber empezado.

—Lo entiendo.

—A veces… se hacen cosas que no convienen cuando uno anda desesperado buscando conexión con otras personas, ¿verdad?

Mateo me lo está preguntando, pero no sé qué responderle. Siento una opresión extraña en el pecho que se me expande cuando le miro a los ojos. Mis dedos sienten la necesidad de tocar su piel, de besarlo, de perderme en el aroma de su cuello.

—Sí —reconozco, tragando saliva—. A veces hacemos y sentimos cosas que no nos benefician en absoluto. A veces se cometen errores.

Suspiro. Mateo me gusta. Me gusta muchísimo. Nunca he conocido a nadie como él, y hay ratos en que esa fascinación que me produce se me hace insoportable. Como ahora.

—Gracias, Julia —me dice con una sonrisa sincera—. Eres una buena amiga.

Alarga la mano y la acerca a mi cara. Su pulgar acaricia mi mejilla y el resto de su mano se desliza por mi mentón, y casi me hacen saltar, como una detonación de diminutas descargas eléctricas a su contacto. Se me queda mirando y es un momento rarísimo. Mi piel anhela este roce de un modo que no sé explicar, solo sé sentirlo.

Dura un instante y luego él aparta la mano y sonríe.

Le devuelvo la sonrisa, pero bajo la mirada al ordenador. Me sobrepasa. Trago saliva. Él me ha dicho que soy una buena amiga. Eso es algo más que su empleada, pero mucho menos de lo que mi mente y mi cuerpo reclaman.

Dudo mucho ahora mismo que haya alguna manera en la que yo vaya a poder sobrevivir a Mateo.

18

Mateo

Pensaba que no me iba a afectar, pero no me quito de la cabeza que Julia ha leído los mensajes guarros que me enviaba Eugenia por el chat interno. Es como si eso me provocara picor dentro del cerebro, un picor que no me puedo rascar. Nunca me ha avergonzado de lo que hacía en la cama con nadie. Y, sin embargo, ojalá Julia no lo hubiera visto. Julia no. He sido un irresponsable al no haberme desecho de esos mensajes semanas atrás.

Ni siquiera me acordaba de que estaban ahí. Me sorprende lo poco que pienso en Eugenia. Me sorprende no echarla nada de menos, no acordarme de los momentos que pasamos juntos. Cuando corté con ella tenía dudas, pero ahora estoy cada vez más convencido de que aquella relación no iba a parar a ningún sitio. Y me hubiera dado igual que se enterara cualquiera… incluso Francesco, que tarde o temprano tendrá que saberlo…

… pero Julia no.

No sé por qué. No lo entiendo. Hoy la he mirado a los ojos cuando ha sido divertida y comprensiva con mi error y le he dicho que es una buena amiga, porque lo siento así. Pero, si soy sincero, tampoco sé cómo son las amigas. Tengo *amigas*, pero casi todas son en realidad conocidas, nada mío propio, las parejas de otros amigos, o conocidas por parte de mi hermana. Y, sin embargo, a Julia la siento como algo exclusivamente mío. Como si yo solo hubiera descubierto este tesoro.

Bueno, lo comparto un poco con Francesco. Aunque cada vez entiendo menos qué quiere Francesco con Julia. Cada vez entiendo menos la relación que tienen. Cada vez me da más envidia cómo Julia se siente tan libre y ligera con él… y no conmigo.

A lo mejor solo me estoy comiendo la cabeza. A lo mejor no merece la pena. Al fin y al cabo, puede que Julia sea amable conmigo porque soy su jefe. Puede que eso esté distorsionando la realidad y no sea como yo lo creo, o como yo quiero creerlo.

Solo me siento cómodo hablando de algo así de íntimo con una persona. No es tarde, pero para ella sí lo es. Son las ocho menos cinco y sé que si no llamo ahora a mi hermana, más tarde no estará disponible.

Cuando marco el número todavía no he llegado a casa. Voy en mi coche y he puesto el manos libres. Cuando suena la voz de Carmen por el altavoz, desearía que estuviera conmigo aquí sentada, en el asiento del copiloto. Y se me ocurre una idea.

—Oye, Carmen, ¿tienes planes ahora? —le digo sin pensarlo—. Vamos a cenar. Necesito verte un rato.

Carmen hace un ruido raro, de sospecha.

—¿Qué te pasa? —me pregunta.

Yo tomo aire y decido ser sincero.

—No lo sé.

Carmen me entiende.

—Pero nada de un sitio elegante, algo rápido y guarro, a ser posible.

Conozco un sitio de pescado frito que está por el centro, que te lo sirve en bandejas enormes y te lo tienes que comer con las manos, y quedo con Carmen dentro de media hora, busco el siguiente desvío y doy media vuelta para volver a la ciudad. Nunca llevo allí a los clientes porque no es la clase de lugar que uno esperaría para una reunión en un trabajo como el mío, y sin embargo no puedo evitar imaginarme lo muchísimo que le gustaría a Julia descubrirlo.

Lo que me gustaría descubrírselo yo. Lo que me gustaría verla comer allí. Y ni siquiera sé si le gusta el pescado, joder.

Carmen ha venido en su coche y me la encuentro frente al restaurante con una sonrisa de bienvenida y ropa cómoda.

—¿Te pillo mal? —le digo cuando llego. Me he quitado la corbata y la chaqueta del traje para intentar no parecer tan formal a su lado.

—Para nada. Alex se queda a dormir con mamá, así que mañana no tengo que madrugar demasiado, ella lo llevará al colegio.

Desde que murió mi padre, mi madre se siente muy sola, así que mi sobrino pasa algunas noches con ella. Y mi madre es una de esas abuelas que no solo consienten, sino que sobrepasan el sentido de la palabra «consentir». Aunque yo no puedo quejarme de nada. Creo que como tío soy aún peor.

Queda mal que lo diga yo, pero mi hermana es guapísima y elegante incluso con zapatillas de deporte y vaqueros viejos. Es por la sonrisa. Mientras entramos tararea sin vergüenza la canción que suena en el hilo musical del establecimiento. Antes de venir llamé para preguntar por una reserva, y nos dirigen hacia ella. A pesar de ser entre semana, el sitio siempre está lleno.

Dejo que Carmen pida lo que quiera. Incluso dejo que pida por mí. No tengo mucha hambre, solo quería pasar un poco de tiempo con ella y lo mejor era invitarla a comer. Lo sé yo y lo sabe cualquiera que la conozca.

—Tú invitas, ¿verdad? —me dice con descaro después de que el camarero haya tomado nuestra orden.

—Claro, para eso te he hecho salir de casa.

—Yo solo te voy a invitar el día que decidas, por fin, venirte a trabajar conmigo.

—Oh… —me quejo, pero me río.

—No es una broma —insiste ella—. Pero no hemos venido a hablar de eso: cuéntame.

La miro unos segundos.

—No sé por dónde empezar. Me encuentro… raro.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. Tengo una asistente nueva, la antigua asistente de Eugenia.

—Y…

—Y es una persona fantástica.

Carmen pone cara de susto, sonríe y parpadea.

—¿Y cuál es el problema? —insiste ella.

—Que es mi empleada.

—Pero es la asistente de Eugenia, ¿no? O sea, que es temporal lo de que tú seas su jefe.

—Aunque regrese Eugenia y ella vuelva a su puesto, yo voy a seguir siendo su jefe.

—¿Y? —insiste mi hermana.

¿Y? No lo sé. Le cuento la historia por encima, y cuando menciono a Francesco noto que ella se pone un poco más tensa. Creo que hace tiempo que no se ven y, sin embargo, se acuerdan todo el tiempo el uno del otro. No me apetece recordarlo ahora mismo, así que paso de largo. Pero, la verdad es que Francesco es una parte importante de lo que me pasa con Julia, esto que no tiene nombre.

—Quizá solo sea que Julia te gusta algo más que como amiga —me dice de repente Carmen, como si fuera obvio, como si no tuviera importancia, con un trozo de pescado en el tenedor a punto de metérselo en la boca.

Está disfrutando de la comida, vaya.

Yo parpadeo fuerte. Me parece que estamos hablando de cosas muy serias.

—No sé… —digo, intentando no creérmelo, intentando controlar que escuchar esas palabras me ha dejado un poco desubicado—. No es como otras veces. No siento una atracción física de esas…

—¿De esas qué? —me provoca mi hermana.

—Pues… de esas. Ya sabes cómo funciona el deseo.

—No, yo sí sé cómo funciona el deseo, pero puede que tú no.

—¿De verdad no te da vergüenza hablar de estas cosas con tu hermanito? —intento bromear para que cambie de tema, pero es inútil.

—¿Hermanito? Chaval, ya tienes una edad para saber lo que es el sexo, me parece…

Carmen se ríe y los de la mesa de al lado nos miran de costado. Yo intento que baje la voz.

—Sh… —insisto, y Carmen sigue comiendo. Picotea de este plato, luego del otro, sin esperarme, aunque da igual, porque no tengo hambre. Luego bebe un sorbo de la cerveza sin alcohol que pedimos.

—Vamos a ver, ¿me quieres decir que Julia no te atrae nada? —dice ella—. ¿Nada? Porque tal cual me la has descrito no lo parece.

—¿Qué? No, para nada te la he descrito de ese modo.

—No, no me la has descrito como a otros ligues que has tenido, pero me vas a perdonar, pero lo del cabello rizado y corto, los ojos almendrados, la sonrisa bonita, las pecas… ejem, Mateo… perdona, pero a ti te da mucho gusto mirarla.

Tomo aire.

Sí, es verdad.

Mirar la cara de Julia me provoca un placer que no sé entender, y que no puedo dejar de cometer. Me gusta mirarla de reojo cuando me acompaña en el coche de camino a alguna reunión. Me gusta mirar cómo gesticula por lo bajo cuando está pensando y tomando notas. Me gusta cómo se le iluminan los ojos cuando ha dado con una buena idea. Y de repente comienzo a sentir una ansiedad descomunal que nace del centro del pecho.

Me gusta Julia. Me gusta mucho. Me gusta diferente a como me ha gustado cualquier otra mujer. Hay algo más allá del morbo superficial de otras veces, del descaro de los cuerpos que se ofrecen, algo mucho más profundo que no araña la piel, sino que se mete por debajo. Y estoy jodidísimo si eso es verdad.

Carmen me ve la cara de pánico que pongo, alarga la mano y la posa sobre mi brazo.

—Lo siento, hermanito. Creo que eso es amor, y sí, es un poco jodido. Pero merece la pena.

—No me puedo enamorar de mi asistente —le digo en un susurro, porque eso es precisamente lo que está pasando—. Ella no quiere ni verme de esa manera.

—¿Estás seguro?

Sí, estoy casi seguro de que es así, y de que en realidad lo más posible es que a Julia le gusta Francesco y entre los dos pasa algo que no me quieren contar. Y de repente todo esto es una mierda.

—Bueno —dice Carmen—. Mientras tanto, vamos a hablar un rato de la fiesta sorpresa de mamá, ¿vale? Creo que necesitas tiempo para procesar de lo que te acabas de dar cuenta.

Y, de nuevo, como siempre, Carmen tiene razón.

19

Julia

Les he traído a Charo y a Manuela un geranio. Lo compré ayer en un puesto del mercadillo del barrio. Lo vi y se me vinieron ellas a la cabeza, todo tan rojo, tan verde y ostentoso. Cuando me han abierto la puerta y lo han visto se han puesto contentísimas. No compensa todas las comidas, desayunos y cenas que me han provisto, los ratos de calma y charla, las telenovelas y las risas, pero al menos espero que sirva para que sepan que las quiero.

—Así que estás mejor, ¿verdad? —me ha dicho Manuela plantándome un beso en la cara.

Sí, estoy mejor. O algo así.

—Supongo que sí. Al menos cobrar un sueldo ayuda, lo admito.

Es domingo y he conseguido no deprimirme tanto este fin de semana. Durante los últimos días Francesco y yo hemos quedado de vez en cuando (sin Mateo esta vez) para tomar algo después del trabajo. Se está convirtiendo en un buen amigo y esas son las cosas que pasan cuando una se rodea de amigos, que el ánimo mejora. Estoy a puntito de invitarle un día a que conozca a mis dos abuelas postizas, pero ese día todavía no es hoy. Ayer bajé a hacer la compra y hoy he limpiado la casa y me he dado una larga ducha caliente con un jabón hidratante maravilloso que deja un olor a rosas en la piel que me encanta, y he bajado con la intención de enfrentarme a esas agujas una vez más.

Esta vez sí. Esta vez voy a vencer a este gorro.

—¿No tenéis nada que hacer hoy? —les pregunto mientras preparan una bandeja con los cafés y lo llevan al salón. Ellas siempre tienen planes los fines de semana.

Charo me cuenta que le duele un poco la ciática. Manuela me dice que, en realidad, hay un tipo en la asociación de vecinos que le tira los tejos cada vez que la ve y Charo no le soporta.

—Y que hay días que también me puedo permitir sentirme vieja, sin más —la desmiente Charo, o al menos no quiere hablar del tema. Pero las tres nos reímos.

Va a ser una tarde tranquila, y yo también me lo puedo permitir, y lo agradezco. Pero no llevo aquí ni media hora cuando me empieza a sonar una tromba de mensajes de texto en mi móvil, a lo loco.

Rebusco entre los cojines de las chicas, donde lo he dejado caer, y antes de que pueda mirar qué ha pasado me está entrando una llamada de Mateo.

—¿Hola? ¿Mateo? —respondo.

—Hola, Julia. ¿Has visto mis mensajes? Me ha llamado Guillermo, el de Acecor, que el contrato que les enviamos no viene firmado por mí.

—Eh… no puede ser. Dejé eso más que listo y cerrado el viernes.

—Pues algo debe haber pasado con los archivos, y mañana a las ocho y media ese contrato tiene que estar en el notario.

Pienso rápido.

—¿Le mandamos otra copia?

—Pero tiene que estar firmada por mí —me dice Mateo.

—¿Podemos quedar en la oficina y lo resolvemos en un momento?

—No… no puedo —se lamenta Mateo—. Tengo mi casa llena con una celebración familiar y no puedo irme ahora.

—Eh… vale —improviso—. Voy yo a la oficina, paso la información a mi tableta, voy a tu casa y hacemos una firma digital.

—¿Crees que podrías estar aquí antes de una hora? No quiero tener problemas ni con los de Acecor ni con Eugenia.

—Lo intento. Voy en taxi. Pásame tu dirección.

—Gracias, Julia. Eres un amor, de verdad. No sé qué haría sin ti.

—Ya, ya… —me río, para evitar que esas palabras se me claven de más—. En un rato estoy ahí.

Las chicas me miran con cara de sospecha. Manuela me dice que más vale que me paguen estas horas extra y ya le digo yo que me voy a

asegurar de que así sea, vaya que sí. Pero mientras salgo, voy pensando en otras cosas. Subo a casa: vaqueros, jersey viejo, zapatillas de lona, una chaqueta vaquera. No me molesto ni en maquillarme ni en intentar peinarme. Benditos rizos. Una sacudida y listo.

Estoy pensando en cómo es posible que no les haya llegado el archivo correcto a los de Acecor, cuando además eso se chequea dos veces mínimo y se manda a través de un programa especial con acuse de recibo.

Solo se me ocurre que alguien se metió en el servidor desde otro ordenador antes de que yo lo terminase, a trastear, y rompió los archivos ya compulsados.

Solo se me ocurre Patricia. No tengo ninguna prueba, pero tampoco tengo dudas; es la única que tiene acceso a la nube de Mateo y es suficientemente inútil como para hacer algo así y luego ni siquiera dar la cara y avisar cuando vio que la había liado.

Joder, qué injusto es todo. Qué injusto es que un personaje como Patricia se pueda pasar el día sin dar un palo al agua y que le paguen solo porque es familia de alguien. Es injusto y tengo ganas de gritarle a Patricia, y a Enrique, y a Mateo y a la madre que los parió a todos, pero luego se me pasa, porque el taxi que he cogido en la avenida de mi barrio me acaba de dejar delante de la puerta de la oficina y tengo que darme toda la prisa posible en recuperar los archivos.

El portero me deja pasar cuando le explico qué hago aquí un domingo. La oficina está a oscuras y vacía; da muy mal rollo verla así. Casi parece que va a aparecer un asesino en serie de un momento a otro. Julia, no pienses en payasos escondidos en las esquinas a oscuras, por favor. Enciendo mi ordenador y entro en el sistema a comprobar qué ha pasado, pero no resuelvo nada: por alguna razón, el único archivo del contrato que está guardado es la versión sin firmar. Decido no darle más vueltas. Ya averiguaré qué ha pasado. Compruebo que la tableta del trabajo tiene activada la opción de firma electrónica y paso el archivo del ordenador a la tableta. Y lo compruebo tres veces.

Listo.

Ahora otro taxi y a la casa de Mateo, que está relativamente cerca. Creo que me va a dar tiempo y hago internamente el baile de la victoria porque no quiero hacer el ridículo frente al taxista.

El edificio de Mateo es una pasada por fuera, pero en cuanto traspaso el portal me quedo sin palabras. Es antiguo, del siglo XIX, con las molduras y la decoración originales, pero todo reformado. Es como entrar en una cápsula del tiempo. Me ha dicho que era el piso principal y subo por las escaleras, que son de madera antigua y tienen dibujos modernistas en la barandilla, y pequeños mosaicos de azulejo hidráulico en el suelo. Hay una sola puerta y al otro lado del descansillo otra más pequeña que antiguamente tenía que ser la entrada de servicio. Se escuchan voces y música allí dentro y dudo unos instantes antes de llamar, pero al final aprieto el pequeño botón que hay en un lateral y suena un timbre.

Oigo pasos, la puerta se abre y al otro lado me recibe una mujer guapísima, alta como una elfa, una Cate Blanchett de ojos color miel y una sonrisa enorme. Tiene una larga melena de color caramelo que le cae por la espalda en ondas.

—Hola. ¿Traes el hielo? —me pregunta con cara de extrañeza.

—Eh… no, soy Julia, la asistente de Mateo. En teoría venía a resolver una urgencia del trabajo.

A esta mujer impresionante se le ilumina entonces la cara y la sonrisa se hace aún más grande, si eso es posible.

—¡Oh, Julia! Pasa, pasa… —me obliga, y yo la sigo—. ¡Así que tú eres Julia! Qué maravilla. Voy a avisar a mi hermano.

Oh… así que es la hermana de Mateo. Interesante.

Yo pienso en quedarme en el rellano, pero por lo visto eso no es una opción para Cate Blanchett. Me acompaña hasta el mismísimo meollo de la reunión, me suelta aquí en medio y desaparece por un pasillo. El salón de Mateo es un espacio reformado y diáfano, con la cocina en una esquina y unos preciosísimos ventanales al otro lado. Está lleno de gente: hay personas que no me prestan demasiada atención picoteando comida en la isla de la cocina y junto a la mesa del comedor, otros charlando con copas de vino alrededor del

frigorífico, otros sentados en los sofás, otros yendo y viniendo. De todas las edades, todos mucho mejor vestidos que yo.

Se me acerca una señora mayor, aunque no mucho. Es rubia y va tan bien arreglada que parece una actriz antigua de Hollywood. La gente de esta casa es guapísima. Me sonríe y me aprieta suavemente del brazo, de manera muy amistosa.

—Hola, hermosa, yo soy Carmen. ¿Quién eres tú?

—Yo soy Julia, la asistente de Mateo —respondo un poco cortada.

—¡Oh, tú eres Julia!

Sonrío con desconcierto, porque esta mujer parece alegrarse muchísimo de verme. Me coge de los hombros y me lleva hacia la mesa de la comida.

—¡Encantada de conocerte! Yo soy la madre de Mateo. Él nos ha hablado muy bien de ti. —Espera, ¿qué?—. Ven, hermosa, ven, come algo…

No consigo reaccionar. ¿Mateo le ha hablado de mí… a su madre?

—… Tenemos un montón de comida, no sé en qué piensa mi hijo, si no somos tantos… ¿Quieres beber algo?

Carmen me mira, esperando mi respuesta, pero yo todavía no he reaccionado y me la quedo mirando igual que si fuera un pasmarote.

—Un refresco está bien… —acabo diciendo, y Carmen sonríe, y parece una sonrisa de verdad, y yo no sé qué decir.

¿Dónde narices está Mateo?

Carmen coge un vaso, me pone un par de hielos en él y luego abre una botella de refresco y lo sirve. Me lo da y yo lo bebo como si fuera una poción mágica que me va a sacar de aquí.

—Y dime —sigue ella—, ¿qué tal jefe es mi hijo? No suele caer bien a sus empleados, y me preocupa…

Parpadeo fuerte porque realmente no sé qué responder. Es verdad, el resto de mis compañeros no tienen una buena opinión de Mateo, sin embargo, yo…

… sin embargo, ¿yo qué?

Tomo aire y sonrío, balbuceo alguna incongruencia y en ese momento veo a Mateo aparecer desde el otro lado del salón, directo hacia mí. Nunca he querido ser una damisela en apuros, pero cómo agradezco ahora mismo que me rescaten.

—Mamá —dice Mateo, poniéndose a mi lado con una sonrisa y tirando de mi brazo para que me acerque a él y esta sensación, todo tan repentino, me deja con el cuerpo electrificado—, deja en paz a la pobre Julia.

—Claro, hijo, si yo solo estaba poniéndole algo de beber…

—Hola —digo a mi jefe.

—Hola —me responde—. Disculpa, estaba al teléfono. Bueno, ya conoces a mi madre, la cumpleañera.

—¡Ah! —digo—. ¡Felicidades!

—Gracias —me sonríe Carmen—. Mi cumpleaños es el martes, pero hoy me han montado aquí una fiesta sorpresa con toda la familia. ¿Qué te parece?

—Pues… muy bonito, la verdad —admito.

—Mamá —corta Mateo, pero sin dejar el tono amable—, tenemos que resolver esto.

—Claro, hijo… bueno… Luego dejarás a Julia comer algo, ¿no?

Mateo asiente.

—Ven a mi despacho y terminamos con esto cuanto antes —me dice Mateo, todavía sujetándome del brazo, como si temiera perderme entre el gentío.

Y yo me dejo llevar.

20

Julia

Cuando traspasamos el pasillo, la mano de Mateo baja desde el brazo hasta mi mano, y me la agarra. Es un gesto rápido, íntimo. Me corta la respiración. Y yo le dejo hacer. Son apenas unos segundos y después la suelta, como si acabara de darse cuenta.

No quiero pensarlo, ni racionalizarlo. Hagamos como que no ha pasado.

Al abrirse la puerta hay un espacio que da a un patio interior y luminoso, con un gran escritorio, estanterías, libros y un sofá de dos plazas.

—Puedes dejar la chaqueta y el bolso en el sofá —me dice—. Ponte cómoda, por favor.

—Gracias —le digo, soltando mis bártulos, pero permaneciendo de pie. Me siento intimidada. Saco la tableta del bolso antes de dejarlo y me acerco a él—. He intentado averiguar qué ha pasado, pero no lo sé. La versión que firmaste el viernes no está en el servidor y no sé si ha sido culpa mía.

—Bueno… menos mal que podemos solucionarlo ahora —me dice con una sonrisa que me desubica y me calma. Mucho.

Le entrego la tableta. Firmar el nuevo documento es un minuto. Enviarlo, certificar que está enviado, otros cinco minutos.

Inmediatamente después Mateo coge su teléfono y llama a los de Acecor para asegurarnos de que esta vez sí que lo han recibido. Lo tienen. Hemos conseguido apagar el incendio.

—Pues ya está —le digo, visiblemente aliviada, cuando Mateo cuelga el teléfono—. Al final ha sido rápido.

—Gracias, Julia.

Me mira a los ojos y me dice esto, como si estar cerca de él no fuera suficiente tortura.

—De nada —le respondo.

—Lo siento por haber entrado un poco en pánico cuando te llamé. Me ha costado un montón organizar el cumpleaños de mi madre con mi hermana. Ha sido una fiesta sorpresa. Si me hubiera ido me mataban las dos, y no lo digo de manera figurada.

Mateo sonríe, y a mí se me contagia.

—Es muy agradable tu familia.

—Bueno, a estas alturas están todos un poco borrachos ya, puede que eso los haga más amigables de lo normal —se ríe él.

Yo solo conozco un poco de este Mateo alegre, bromista, pero no me puedo resistir. Solo lo veo a veces en la oficina, o, mejor dicho, cuando estamos fuera de ella. Me fascina tantísimo que no sé cómo despegarme de él. Trago saliva.

—¿Te he interrumpido mucho el domingo? —me pregunta mientras se apoya en el extremo de su escritorio.

—No demasiado.

—¿Te quieres quedar un rato?

Miro a Mateo. No sé qué decir. ¿Quiero?

—Si tienes otros planes no pasa nada —insiste, encogiéndose de hombros—, pero, si quieres, queda un montón de comida y así me podrías ayudar a desviar un rato la conversación con mi madre.

—¿Y de qué quiere hablar tu madre? —no puedo evitar preguntar.

—Insiste en que trabajo mucho.

Sonríe con picardía, con un punto de confidencialidad entre nosotros.

—Eso es que tu madre no conoce a Eugenia —se me escapa.

Mateo se ríe.

—No, por favor. Y no quiero que la conozca. No se me ocurre un encuentro más incómodo.

—No quiero decir que tú no trabajes, ¿eh? —bromeo, aunque lo digo en serio. Por muchas confianzas que tengamos, no se me puede

olvidar que Mateo es mi jefe.

Mateo es mi jefe.

Me lo repito mientras no puedo evitar quedarme mirando la luz que se refleja en sus ojos de color miel, en esa sonrisa picarona, de medio lado. En la actitud relajada, sentado en el borde de la mesa, en este momento de rara intimidad donde parece que me recibe dentro de su espacio personal. Parece que la lentitud y la amabilidad del momento están pidiendo a gritos que me acerque a él y bese por fin esos labios que me tienen loca.

—Vale, me quedo un rato —le digo, finalmente. Y él me mira de un modo que no sé describir.

De vuelta al salón, Mateo me deja sola para ir a atender a alguien, pero no se aleja mucho de donde yo estoy. Su madre y su hermana me atrapan inmediatamente y me entero de que la hermana de Mateo también se llama Carmen, como su madre. Entre las dos me llenan un plato de canapés, fruta y nueces que no tengo más remedio que comer.

—Tengo la sensación de que me estáis cebando para que os cuente cosas de Mateo —les digo medio en broma.

—Por supuestísimo que sí —me dice Carmen, la hermana—. Yo quiero saber sus trapos sucios para chantajearle.

—¿Y eso? —continúo yo, interesada.

—Porque quiero convencerle para que se venga a trabajar conmigo. Tengo una empresa de cosmética natural y, la verdad, me va muy bien. Nos da lo suficiente para vivir mi hijo y yo, pero me gustaría crecer un poco, abrir alguna tienda al público, expandir mercado… y necesito ayuda para eso. Y sé que Mateo es bueno y podría ayudarme.

—Sí, sí que es bueno —le confirmo, con sinceridad.

Le pido a Carmen, la hermana, el nombre de su empresa para echarle un vistazo, porque suena muy bien y me gustaría comprar alguno de sus productos. Charlamos un rato más, sonrío, picoteo comida deliciosa y de repente me giro y me sorprende ver que Mateo, desde el otro lado de la sala, me observa.

No sé qué es esto.

Un rato después parte de la gente comienza a despedirse y marcharse. Ya ha anochecido, pero yo me he sentado en el sofá y he dejado que Carmen, la madre, me cuente historias de la familia y de cuando Mateo era adolescente y, por lo visto, tenía un poco de complejo con el acné. Me he reído muchísimo y he comido muchísimo, y aun así sobra comida. Y, al cabo de un rato, Mateo anuncia que va a sacar la tarta. Junto a su hermana ponen las velas, las encienden y lo acercan a su madre para que sople, y yo me quedo en un lado, mirándolos.

Mirándole.

Está feliz. Nos hacen cantar a los presentes el *Cumpleaños feliz* y Carmen madre sopla las velas contenta como una chiquilla que no deja de reírse. Hay algo electrificante en compartir este momento de una alegría familiar que yo no he conocido en primera persona. Entre todos se acercan a darle un beso y Carmen hija comienza a repartir trozos de tarta, que es de crema de nata y yema. Está buenísima. He acabado sentada sobre un brazo de uno de los sofás. En cierto momento me levanto a dejar el plato en la mesa y veo que Mateo se acerca a mí.

—¿Qué tal la comida? ¿Y la tarta? Mi madre te ha secuestrado completamente —me dice.

—Me ha estado contando historias de cuando eras pequeño.

Pone cara de horror.

—No… —se queja, riéndose.

—Ahora tengo munición para chantajearte. No sé para qué querría hacerlo, pero para algo lo usaré.

—Mi madre es terrible.

—No, es adorable. Y tu hermana también. Gracias por invitarme, esto no dejaba de ser una reunión familiar —le admito.

—Bueno… pero tú has hecho es esfuerzo por ir a la oficina y arreglar lo del contrato…

—¡Mateo! Nosotras nos vamos —nos interrumpe Carmen, la madre.

Yo me despido de las dos Cármenes, felicito a doña Carmen de nuevo, y me excuso para ir un momento al cuarto de baño, con la intención de recoger mis cosas y marcharme también. Entro en lo que parece el baño de invitados de Mateo, porque no tiene nada personal aquí (aunque reconozco que me hubiera gustado oler su gel de baño, así de pervertida soy). Aun así, me entretengo un momento mirando mis pintas, sin el maquillaje sobrio de la oficina, con los rizos salvajes que me salen desde que uso el champú nuevo…

… y, a pesar de todo, no me disgusto a mí misma. Y sonrío.

No sé si alguna vez me acostumbraré a sentir este terremoto interno hacia Mateo y no recibir nunca nada a cambio. No sé si mientras dure todo esto podré aspirar a tener alguna clase de relación con otra persona. Pero al menos, no sé por qué, hoy, ahora, con el estómago lleno, hay algo en la luz de su cuarto de baño, en el rato que he compartido con su familia hoy, y con él, que me hace sentirme a gusto conmigo misma.

Es lo único en que he podido pensar. Y tampoco he estado tanto rato dentro del baño, pero cuando salgo Mateo está recogiendo la mesa y está solo. El salón está en silencio, con el débil sonido de la música ambiental de fondo que antes ni siquiera había percibido.

¿Hay algo más sexy que un hombre guapo arremangado recogiendo la mesa? Trago saliva.

—Oh, vaya —se me escapa—. ¿Se han ido ya todos?

—Sí, han aprovechado para escaquearse cuando se ha ido mi madre y así no tener que limpiar —me sonríe, y me mira de lado de un modo que no sé entender.

—¿Necesitas ayuda para recoger? —le pregunto.

—No te preocupes. Ya te he entretenido bastante. No sé qué planes tienes.

Sonrío y me pongo a su lado a juntar restos de comida en un solo plato.

—Qué dices, si me has invitado a la fiesta de cumpleaños de tu madre y me habéis hecho comer como si fuera el fin del mundo. Qué menos.

Mateo se ríe. A mí me calienta el alma su risa.

De repente, como si le hubieran activado un resorte, se gira hacia mí, y ese gesto me obliga a prestarle atención.

—No… ¿No tienes planes para hoy? ¿No has quedado… con nadie?

—¿Con nadie?

—… Con Francesco —parece que le ha costado decírmelo.

—No —respondo, extrañada—. No solemos quedar los fines de semana.

—Oh…

Parece sorprendido.

—Mateo —le digo abiertamente—, no estoy saliendo con Francesco. No estoy saliendo con nadie, vaya. Francesco y yo somos amigos, nos tomamos una copa a veces, nos metemos con Gema y Patricia, eso es todo. No estoy interesada en él de ese modo. Solo que, aquella vez que me lo preguntaste, me molestó la forma en que lo hiciste.

Algo cambia en Mateo. Algo cambia y se vuelve… amenazador.

No, no es amenazador. No me da miedo, sino que me atrae como si fuera el agua fresca de un río en el día más caluroso del verano.

Y esa aura que siempre percibo en él, en este instante en que estamos los dos solos, noto que no solo me rodea, sino que me invade. Me llena, me atraviesa y soy consciente de que no podré salir de ella.

21

Julia

Mateo suelta de cualquier manera los platos sobre la mesa y se acerca, como si le hubiera atravesado una urgencia irrefrenable. Se para enfrente. No dice nada, solo me mira y yo no sé qué pensar ni qué decir. Me dejo invadir por su presencia. Él desvía un instante la mirada a mi pelo y me aparta un mechón de la frente. Contengo la respiración. Luego levanta la mano y la acerca despacio hasta que puedo las yemas de sus dedos hacen contacto con mi mejilla. Siento una descarga de placer que parte de ese punto exacto de mi piel.

—¿Por qué no puedo dejar de pensar en ti?

Esas palabras han salido de su boca y yo trago saliva. Me quedo paralizada, mirándole a los ojos y buscando entender en ellos qué está pasando. Pero no me devuelve la mirada. Se queda mirando mi boca y su mano entonces abraza mi mejilla en un gesto posesivo, su pulgar rozando mi labio inferior.

Me puedo apartar, lo sé. Tengo tiempo de sobra para poner distancia, para cortar ahora mismo y aquí con esta mala, malísima, idea.

Pero no lo hago.

Qué cojones estás haciendo, Julia.

Él parece que me deja a mí todo el tiempo necesario para que decida si quiero o no este beso que está aquí, a apenas unos centímetros de nuestras bocas, y soy yo la que dice que sí. Soy yo la que corta la distancia.

Solo es cuestión de un instante. Aprieto sus labios contra los míos y me permito sentir el placer infinito de hacerlo. Me separo tras unos segundos y espero su respuesta. Sus labios están calientes y su aliento me hace perder la cabeza. Jamás en toda mi vida había deseado tanto a alguien, es una sensación que toma totalmente posesión de mí. Y es como si una bestia se hubiera desatado. Una bestia, o una diosa primigenia, que no sé controlar. Mateo me mira

como si no hubiera otra cosa más deseable en el mundo y a mí nunca me han mirado así. Me sujeta la cara con sus manos y parece que va a devorarme, pero entonces, con delicadeza, vuelve a apoderarse de mi boca, muy lentamente, poco a poco, sin pausa. Y yo me dejo llevar. Soy incapaz de pensar. Soy incapaz de ser lógica o responsable. Me agarro a su cuello y pego mi cuerpo al suyo.

Mateo reclama mis labios, los acaricia primero, luego chupa. Apenas me deja espacio para devolverle el beso. El primer roce me deja sedienta. Su lengua me pide permiso y le dejo entrar, y ya se nos ha ido esto de las manos, en apenas unos segundos. Mi cuerpo le reclama. Bajo las manos a su cintura y las subo por su costado, y ese toque le hace gemir.

Joder, yo le he hecho gemir. A Mateo. Sigo acariciándole por encima de la camisa, pero pronto pierdo el norte porque toda mi atención se concentra en lo que estamos haciendo con nuestras bocas, nuestras lenguas. Su lengua. Hay un momento en que un pequeño mordisco en mi labio inferior me atraviesa el cuerpo como una descarga y me hace soltar involuntariamente un gemido. Es pura necesidad. Nunca en toda mi vida había necesitado tanto a alguien.

Quiero preguntar de dónde ha salido todo esto. Tengo un millón de preguntas en la cabeza pero todo se queda en nada cuando volvemos a caer el uno en los labios del otro. Es como si no fuera suficiente. Su hambre me sacia a mí. No es invasivo ni demandante. Es fuerte y dulce.

Me separo en ese instante, cuando siento que esto nos está llevando demasiado lejos. Demasiado rápido. Todo da vueltas.

Tomo aire y mi voz suena más a súplica que a otra cosa mientras ni siquiera me atrevo a abrir los ojos.

—Mateo…

Le suelto y me aparto unos centímetros, y él también cierra los ojos y, sin soltarme la cara, pega su frente a la mía. Tiene la respiración agitada y su aroma me envuelve por completo. Sé que si me acercara un poco más notaría su erección, y él notaría que yo no soy otra cosa ahora mismo más que una bola luminosa de puro deseo y que puede hacer conmigo lo que quiera.

Y entonces cae sobre mí algo completamente opuesto al deseo: el terror. Qué estás haciendo, Julia. Qué cojones estás haciendo. Eres igual que mamá. Eres igual de imbécil que ella.

Me aparto de él y trastabillo, ahora sí totalmente consciente y con los ojos muy abiertos.

—¿Qué sucede? —me dice, volviendo en sí, sin entender mi reacción.

No pasa nada, yo tampoco la entiendo. Es algo atávico que me empuja como si me estuviera tirando del pelo.

—Me tengo que ir.

Él me retiene un segundo. Sus manos, su aroma, su piel… joder, no me responde el cuerpo.

—No, Julia, yo…

—No —le corto—. Mateo, eres mi jefe. Esto… no, ni hablar.

Tengo ganas de llorar, pero me aguanto. ¿Pero qué me hace llorar? Cojo mis cosas y salgo por la puerta volando, hasta el descansillo, escaleras abajo, hasta el fresco de la calle, que me recibe como una bofetada con su cambio de luz, de sonido. Ahora, en esta realidad, con cada paso que doy hacia la estación de Metro, lo que acaba de pasar entre nosotros ahí arriba se va convirtiendo en un nudo en la garganta.

Y las lágrimas salen. Comienzan a salir y ya nada las detiene.

¿Por qué estoy llorando? No tengo ni idea, pero dejo que salga.

22

Mateo

No entiendo qué ha hecho que Julia salga corriendo por la puerta, pero me freno para no perseguirla. No, Mateo, no vayas por ahí. Sabes de sobra que con Julia no sirve de nada presionarla. Huirá como un cervatillo y se cerrará más en banda.

Es posible que para ella este beso haya sido demasiado… como ha sido para mí. Tardo un rato en reaccionar, apoyado sobre una de las sillas de mi salón.

Joder… hace unos días le dije a Carmen que Julia no me gustaba *tanto*. Qué mentiroso soy. Si no me gustaba tanto… ¿qué me ha pasado ahora? No podía soltarla.

No quiero soltarla.

Llevo toda la tarde obsesionado con ella más de lo normal. No he dejado de pensar en Julia, pero desde que ha entrado por la puerta de mi casa, a mi espacio personal… sencillamente, imposible. Nunca he visto a nadie tan interesante. La manera en la que se ha hecho con mi madre y mi hermana, en la que ha encajado con naturalidad en la conversación… Sin quejas, sin pedir nada, tan solo disfrutando de estar aquí, de la comida, de la compañía.

Vestía diferente a como suele ir a la oficina, y eso me ha gustado aún más. Quiero… *necesito*, conocer a esa Julia que se pone unos vaqueros y un jersey, que no se maquilla, que lleva el pelo suelto. Siento una necesidad descomunal de meterme en su cotidianidad como ella ha hecho hoy en mi casa.

En mi piel.

¿Pero el beso? Reconozco que se me ha ido la cabeza. Solo quería probarla, lo juro. Me lo repito a mí mismo: no me esperaba esto. Quería tentarla. Quería comprobar si de verdad hay algo más entre nosotros, como no he podido dejar de pensar desde la conversación

con mi hermana, pero en cuanto ella, *ella*, ha dado el paso definitivo y me ha besado… algo se ha desconectado en mi cerebro.

Si no se hubiera apartado, ahora mismo estaríamos en mi cuarto, y la tendría desnuda. Lo sé. Y por un momento vuelvo en mí y me doy cuenta de que no sé si eso es bueno o malo. Porque hay otra verdad que va tomando forma dentro de mi cabeza: tengo ganas de acostarme con Julia. Me gustaría saber si su cuerpo sabe tan bien como su boca. Pero no quiero solo eso. Quiero que su sonrisa sea para mí. Quiero hacerla reír como la he visto reír con mi madre, con Francesco. Quiero importarle, y no solo imponerle porque soy su jefe. Joder… la despediría solo para poder comprobar y saborear si es cierto esto que he intuido en el beso, pero no se me ocurriría despedirla… ¿En qué estoy pensando?

Necesito volver a besarla.

Es lo único que sé.

23

Julia

Lunes, siete y pico de la mañana. Estoy en un estado tan lamentable que me agarro a este poste del vagón del metro como si sostuviera todo el universo. Yo no he pegado ojo. No creo que nadie en su sano juicio lo hubiera hecho después de lo que pasó anoche. Ojalá me hubiera pillado un resfriado, o me hubiera hecho un esguince de camino a casa, algo con lo que tener una excusa enorme e ineludible para no ir, pero no la tengo. No quiero tenerla.

Quiero ver a Mateo y, al mismo tiempo, no me atrevo.

Tengo aún el beso en los labios, su aroma metido dentro del cerebro como un taladro. Siento aún el tacto de su cuerpo en las yemas de mis dedos. Y esa sensación de abandono absoluto al placer se mezcla con flases en mi cabeza de mi madre sentada conmigo en el salón de aquella casa, con el sofá de color verde oscuro, contándome con ojos ensoñadores lo maravilloso que era el padre que nos abandonó y nos hizo vivir en la miseria. Se mezclan el placer y el asco en mis huesos y mi garganta. ¿Cómo se sobrevive a esto?

Lo voy a saber enseguida, porque al llegar a la oficina veo luz en el despacho de Mateo. No hay mucha más gente a esta hora; Patricia tampoco ha llegado.

Es muy posible que no volvamos a hablar de esto. Es posible que quedemos en que, bueno, el beso pasó, y ya está, como tantas cosas que pasan. No hay que darle importancia, seguimos adelante y listo. ¿Y acaso entonces yo no me sentiría decepcionada? ¿No sentiría una desilusión enorme? Sí, Julia, a quién quieres engañar.

No me atrevo a admitirlo para mí misma, pero me fascina saber que yo le gusto a Mateo.

Sin embargo, prefiero que no sea, prefiero decepcionarme, porque yo sé gestionar la desilusión, no la esperanza. Voy a ser sincera conmigo misma: no sé dejar que me pasen cosas buenas. Trago saliva, porque tengo ganas de llorar al reconocérmelo. Siempre he vivido una

situación extrema detrás de otra: tener que mudarnos antes de un desahucio inminente, que nos corten la luz, no poder comprar el material escolar ni participar en las excursiones del instituto, que se me rompan los zapatos y no tener nada, ni un euro, para comprar unos nuevos. Julia, cariño, me digo: pero de todo has salido adelante. De cualquiera de esas situaciones has salido adelante.

Vale, es cierto, pero no es lo mismo saberlo que creerlo. Tan solo es que el miedo y la necesidad de supervivencia no se me han ido aún del alma.

Y yo ahora no me creo que el único hombre que ha conseguido sacarme de la inercia anodina en la que vivía me diera un beso de esos para enmarcar, para poner en pausa y rebobinar. No sé gestionarlo, porque es como si estuviera reviviendo la historia de mi madre, y si hay algo que odio y he odiado siempre es parecerme a ella. Yo siempre he necesitado ser consciente de que *no soy mi madre*, que yo no cometería sus mismos errores, que yo no sería tan ingenua. Que yo haría las cosas muchísimo mejor cuando fuera adulta.

Y aquí estoy, sin embargo.

Y voy pensando en todo esto mientras me acerco al despacho de Mateo. Ni siquiera suelto el abrigo o el bolso en mi mesa, llamo y entro.

Mateo está sentado y levanta la cabeza cuando oye la puerta, pero cuando se da cuenta de que soy yo se pone de pie como un resorte. Qué guapo es el condenado. Qué jodidamente guapo. Es que estoy perdida. Llevo un traje gris claro que se le ajusta de una manera que casi me hace salivar, y en el momento en que entro en el radio de acción de su perfume se me nubla la mente.

—Julia… —mira mi abrigo, mis ojeras. Le veo la mueca de preocupación, aun sin querer.

—Sí, hola —respondo rápidamente, antes de que se acerque más, mirándole como si pudiera transmitirle sin hablar todas las preguntas que me carcomen por dentro, y tartamudeo—. Bueno… no sé, solo quería… Quería saber si va todo bien.

—¿Tú estás bien? —me dice.

—¿Por qué? —pregunto.

Se acerca a la puerta, se asoma un segundo y después la cierra. Oh, oh.

—En fin —suspira—, ayer te fuiste de mi casa con una cara de terror absoluto. Yo… oye, yo… lo siento si el beso te molestó, no era mi intención…

¿Qué? Me esperaba una respuesta agresiva, desagradable. Que me lo echara en cara. Me esperaba que mi rechazo de ayer le hubiera herido su orgullo masculino, o algo así. Esperaba pelea, no empatía ni comprensión. ¡Joder, Mateo! ¿Por qué tienes que ser tan adorable?

—No, no… —digo, pero no sé qué más decir. No esperaba tener que enfrentarme a todo esto así, casi en ayunas, antes de las ocho de la mañana. No lo he pensado bien. Me encojo de hombros e intento hacerme chiquitita, pero él no me deja.

Se acerca. No pide permiso, pero siento su respeto. Me sujeta suavemente la barbilla y me obliga a levantar la cabeza para que le mire y no me encoja, y yo me dejo. Estamos juntos, casi rozándonos los cuerpos. El tacto de su mano parece abrasarme la piel. Mateo me mira a los ojos y me obliga a mirarle en igualdad de condiciones, a la misma altura; no hay aquí jefe ni empleada, sino dos adultos, y en la décima de segundo en que su mirada se desvía apenas unos centímetros hasta mi boca, ese breve gesto casi desapercibido de deseo, me hace arder.

Esto está muy mal.

—No me parece bien nada de esto —le confieso en un susurro. Me sale del alma.

—¿Por qué no?

—Eres mi jefe.

—No hay ninguna ley que lo prohíba.

—Pero yo sí tengo una historia.

Ya está, lo he dicho, y la garganta se me llena de ganas de llorar. Él parece entenderlo, pero no termina de alejarse de mí. Hay algo en su

mirada que no tiene nada que ver con el Mateo brusco y mandón del trabajo. Es todo curiosidad y ternura.

—Me contaste lo de tus padres, pero no sé qué tiene que ver con nosotros —me susurra mientras recorre de nuevo mi cara con el pulgar, con una dulzura insoportable.

—No lo entiendes —le digo—. No es algo que yo haya podido superar.

Pero no parece haber nada que le convenza. Quiero saber por qué hace esto, cómo es posible que yo le pueda atraer, siquiera, qué ha pasado… pero en vez de eso, digo algo que espero que corte esto de raíz.

Aunque me duela.

Aunque no quiera.

Aunque yo no solo desee con todo mi cuerpo volver a besar a Mateo, sino no soltarlo nunca.

—El padre que nos abandonó es Gabriel Roselló.

Se sorprende de verdad, lo veo en sus ojos. Veo el segundo de desconcierto, la parálisis, e inmediatamente después el asombro. Todo el mundo le conoce. Todos le han visto en los programas y las revistas del corazón, en las páginas de economía. Todo el mundo ha comprado en alguna de sus tiendas. Es posible que esta empresa incluso le haya tenido como cliente.

—Pero… ¿cómo? —duda Mateo, aunque aún no me suelta.

—No era solo un padre que me abandonó —le confieso, aturdida. Creo que hace años que no hablo de esto con nadie. Ni siquiera Charo y Manuela saben de verdad quién es mi padre—. Era uno de los hombres más ricos del país el que nos traicionó.

—Lo siento… —me dice, casi sin saber qué decir, y me sorprendo cuando me atrapa y me aprieta contra su pecho, rodeándome entre sus brazos de una manera que no sé procesar. Su olor me invade, su cuerpo se vuelve un salvavidas maravilloso en el que dejarse arrastrar… Ahora es algo más que alguien que simplemente me desea. Pero no puedo.

Me separo de él.

—No puedo, Mateo.

—Siento lo que te pasó, pero eso no tiene nada que ver con nosotros, ni quién eres tú, ni quién soy yo —me insiste—. No tiene nada que ver con cómo me atraes, cómo me gustas …

Oh, Mateo, por favor…

Quiero ceder, pero todavía hay algo mucho más poderoso que la atracción, la sensualidad y la curiosidad que él me despierta. Es el miedo. Le miro a los ojos y no sé cómo decírselo, pero creo que él lo ve.

—Aunque quisiera, no puedo —insisto yo de nuevo, derrotada. Y me aparto del todo—. Quiero seguir trabajando aquí. No puedo perder este trabajo. ¿Podemos hacer como que no ha pasado nada?

Hay una decepción enorme en su mirada y retira las manos de mi cuerpo poco a poco. No sé qué pensar. No me siento amenazada, sino protegida, o, tal vez… reivindicada… Aprieta los labios y me mira a los ojos mientras espero su respuesta.

—Yo no puedo hacer como que no ha pasado nada —sentencia. En el desafío que me lanza también hay un fuego ardiendo.

—Vale —digo, sin saber muy bien.

—Tu trabajo no peligra —me advierte—. Tu trabajo no tiene nada que ver con lo que hay entre nosotros.

—No sé qué hay entre nosotros —se me escapa, mientras al mismo tiempo yo intento escaparme de su aura.

—Deberíamos averiguarlo —me susurra—. Pero no te obligaré a nada que tú no quieras.

Quizá debería haberme consolado su retirada, pero no me encuentro bien. No sé cómo me siento. Tengo ganas de temblar y siento una opresión en el pecho que no sé cómo aliviar.

Me alejo, abro la puerta y salgo. No puedo hacer nada más, desde luego no hoy. Me quito el abrigo, enciendo el ordenador y solo espero que el día pase sin que tenga que pensar mucho.

24

Julia

No sé qué está pasando con Mateo, pero hay algo en su forma de hablar, de moverse, de estar alrededor de mí, que me está transmitiendo un mensaje muy claro: él no va a hacer como que no pasa nada, aunque yo no tenga ni idea de qué es exactamente lo que pasa entre nosotros, porque no quiero sacar el tema.

Llevo varios días en que no hemos hablado de nada que no sea profesional, en que nos tratamos casi desde lejos. Se me está haciendo eterno. Vengo a mi hora, atiendo llamadas y correos, gestiono encargos y lidio con la desgana de Patricia mientras me dirijo a Mateo de la manera más correcta e impersonal del mundo. Los proyectos siguen en marcha, hay clientes que visitar, reuniones que organizar, listo, lo de siempre, puedo con eso.

Pero no puedo con la manera que tiene Mateo de mirarme, ni tampoco el aroma que desprende cuando pasa por mi lado, ni ese pequeño gesto de reconocerme, allá donde esté. Es como si disfrutara mirándome… casi tanto como lo disfruto yo a él; hay calidez, pero también fuego. Hay una constancia que no me dice nunca con palabras.

Ya ha pasado una semana desde el beso en su casa, desde que le dije en la oficina que lo nuestro no podía ser, y estoy en un sinvivir, sinceramente. Ayer por la tarde llegué a casa completamente descolocada, y necesitaba hablar con alguien.

Así que llamé a Alicia.

Con mi madre no voy ni a intentarlo, porque nunca hemos tenido esa clase de relación. Desde pequeña he sido siempre muy consciente de que mis problemas, fueran los que fuesen, los tenía que resolver yo sola. No me molesta, tan solo es así. Podría hablar, e incluso debería hacerlo, con Charo y Manuela. Incluso puede que Francesco me diera buenos consejos sobre relaciones, porque, por algún extraño motivo,

sabe darlos a pesar de esa fachada de *latin lover* de medio pelo que se gasta. Pero a quien yo necesitaba ayer era a mi hermana de alma.

Llamé a Alicia en el momento en que puse el pie en la que había sido nuestra casa, y la pillé recién levantada con la diferencia horaria. Y charlamos. Y yo lloré cuando se lo contaba, en la seguridad y la intimidad del piso, lejos de cualquier mirada cotilla. Porque Mateo me gusta muchísimo y porque no sé deshacerme del miedo que me lleva paralizando toda la vida. No puedo convivir con ambas cosas.

Quiero lo que Mateo me ofrece, pero no sé qué puedo dar yo. Me siento rota, incapaz. No sé si sería bueno enamorarme de él, o si sería lo peor.

Alicia tampoco ha tenido una vida fácil. Sus padres se divorciaron cuando ella era bebé y su madre se volvió a casar con un tipo que les hizo la vida imposible. El padre de Alicia la estuvo llevando al psicólogo desde pequeña, porque a veces le daba por meterse en problemas en el colegio, de la rabia que acumulaba y que no podía expresar. Así que yo me he alimentado de toda su experiencia con los psicólogos.

—Ya lo sabes, el miedo solo se vence haciendo eso que te aterra y dándote cuenta de que no es para tanto —me dice.

—Pero… ¿y si sale mal?

—¿Y si sale bien? —me responde con la boca medio llena, mientras desayuna.

—No lo sé. Tampoco sé qué quiere Mateo. Solo entré en pánico y me bloqueé y no he vuelto a tocar el tema.

—Pues habladlo.

—Así, en frío… Qué poco romántico.

—Así que quieres romanticismo —me dice.

Me quedo callada. Ostras… sí. Ahora que lo pienso, sí que quiero romanticismo.

De hecho, ahora mismo, en este limbo que no entiendo, *estoy teniendo* mucho romanticismo. Mateo me sujeta la puerta al salir, me cede el paso, me regala sonrisas bonitas, aunque mantenga las

distancias. A veces su mano roza mi brazo unos segundos. Me habla con suavidad, aunque sea de cosas estrictamente laborales.

Y me respeta.

Le dije que no y lo ha respetado, aunque sé que no se ha retirado y que todavía está esperando a que yo termine de decidir qué siento y qué quiero. Me está esperando.

—No quiero enamorarme. Mi madre se enamoró —le digo a Alicia, y ahí, exactamente ahí, es donde más me duele. Ese es el dolor más punzante, la agonía de la surge todo el terror que me invade la garganta y no me deja respirar.

Pienso con angustia en el amor que tuvo mi madre por el gilipollas de mi padre, que fue lo que nos arruinó gran parte de la vida. Ella siempre lo esperó, siempre tuvo confianza en que, al final, él vendría a rescatarnos como un príncipe azul, a pesar de que los años pasaban y eso no ocurría. Y, mientras tanto, mi madre se negaba a tomar ciertas decisiones, a vivir, conocer a otra gente, seguir adelante con su vida. Gabriel Roselló sí que lo hizo, como si nosotras nunca hubiéramos existido. Y yo viví esa fascinación casi morbosa que seguía sintiendo mi madre por él como una carga que tuve llevar a solas. Ni siquiera ya más mayor, con trece o catorce años, cuando intentaba hablar con mi madre y explicarle que Gabriel no vendría, ni siquiera entonces me quería creer. Yo me había dado cuenta. Cualquiera se hubiera dado cuenta. Pero mi madre no, porque quería seguir enamorada de él, engañándose a sí misma.

No se lo digo a Alicia, pero quizá esa sea una de las razones por las cuales nunca me he atrevido a tener una relación seria. Nunca he querido llegar con nadie al punto de enamorarme. En el fondo, no dejo de creer que el amor es una debilidad y una agonía.

—Pero no funciona así —me responde Alicia con toda tranquilidad—. Te enamoras, quieras o no. Te encoñas de ese tipo, te divierte, te gusta estar con él, hablar con él. El enamoramiento está, lo que hagas con eso ya es otra cosa.

—Nunca me ha pasado con nadie lo que me está pasando con Mateo. Sigo flipando muchísimo con todo esto. No sé si es amor o qué.

—Pues averígualo.

—¿Y si no lo es?

—¿En qué quedamos? —me regaña, de broma, pero suspiro porque sé que tiene razón—. Si no es amor, pues te lo beneficias, te das un homenaje al cuerpo y hasta luego, buenas tardes, quedáis como amigos y cada uno por su lado. Y si descubres que te gusta, pues para adelante y a ver qué sale de ahí.

—Le veo muchas fisuras a ese plan.

—Yo no le veo ninguna.

A quién quiero engañar, Alicia tiene razón. De nuevo.

Luego le echo la bronca por irse lejos, porque la echo de menos, y porque esta conversación deberíamos haberla tenido en casa, desayunando juntas. Me hace callar con un beso en la distancia y un «te quiero».

La echo muchísimo de menos y noto un nudo en la garganta cuando colgamos, pero también siento alivio y claridad mental. Creo que ya sé lo que tengo que hacer.

25

Julia

Estoy haciendo una lista.

Tengo dos correos electrónicos de Eugenia por responder, pero ahora mismo no están ni Patricia ni Mateo cerca, así que durante un ratito voy a concentrarme en lo mío. Abro la libreta de notas del móvil (porque no me fio en absoluto de dejar esto por escrito en ningún otro lugar) y comienzo a apuntar las razones por las cuales creo que lo más sensato es no tener ninguna clase de relación más allá de lo laboral con Mateo.

Estaba a punto de decir que sí, que vale, pero luego he llegado al trabajo y he visto las oficinas vacías de mis compañeros y me he acordado de lo cutre y penosa que es Gema queriendo ligarse a uno de los ejecutivos y me ha entrado de nuevo la vergüenza: propia y ajena. No, ya está, he decidido que no.

A ver si así me armo de valor.

1. No es posible que yo le guste a Mateo. NO. ES. POSIBLE. Así que solo puede ser cosa de atracción, deseo, quizá morbo, no lo sé.

2. No quiero tener solo un rollo con Mateo. Me gusta demasiado y no me fio de no acabar coladita por sus huesos y acabar sufriendo. No me fio de no convertirme en mi madre.

3. No necesito sexo. Bueno, sí, pero no con él, me intimida un poco. Pero me encantaría acostarme con él (¡Julia, céntrate!).

4. No tengo tiempo ni espacio mental para una aventura. No soy de esa clase de personas.

5. ¿Pero te imaginas lo que tiene que ser ese cuerpo desnudo en tu cama? (¡Julia!)

No estoy llegando a ninguna conclusión, porque no estoy siendo honesta conmigo misma, me temo. Eso es algo que también me dice Alicia. «Julia, tienes que ser sincera contigo misma». Es verdad, pero

me da pereza. No sé qué quiero; solo sé lo que no quiero. Y no quiero parecerme a mi madre, pero, solo desde ahí, no puedo hacer nada con mi vida, ni avanzar, ni tomar decisiones coherentes. Se convierte en una trampa.

O igual sí sé lo que quiero, pero nunca lo he querido admitir. Quiero una bonita historia de amor. Quiero que me quieran, que me aprecien por quien soy. Quiero tener un hombro en el que apoyarme y con quien ver películas malas en el sofá, en pijama, un fin de semana.

No quiero un rollo, yo quiero un compañero.

Quiero lo que tiene Alicia. Quiero para mí la manera que tiene Harry de admirarla cuando estamos conversando rápido en español y él no se entera de nada. Quiero sentirme segura y orgullosa al lado de alguien.

Por supuesto, no escribo nada de eso en la lista porque «Incoherencia» es mi segundo nombre. Pero sí pienso en todo esto con pena. Quiero un novio, uno tradicional, un poco aburrido, soso incluso, no me importa. No tiene que ser guapísimo, solo me tiene que querer. Pero también quiero sexo, buen sexo con alguien que me haga sentir bien. Hace demasiado tiempo que no comparto un rato íntimo con nadie sin salir un poco espantada o aburrida.

Y entonces llega Mateo y a mí se me corta la respiración durante unos segundos. No sé si alguna vez superaré esta sensación que me provoca. Sale del ascensor solo, caminando con esa pose de tipo duro que no deja que nadie le toree, y que hace que casi nadie más de la oficina se quiera acercar a él. Y entonces me ve y le cambia la cara: se suaviza, me mira a los ojos y me lanza una diminuta sonrisa que hace que le salgan arrugas alrededor de los ojos y un hoyuelo en la mejilla, antes de seguir y meterse en su despacho.

Solo yo lo he visto.

No hemos intercambiado una sola palabra, pero se me ha puesto todo el cuerpo en alerta con una mezcla de anticipación y placer. ¿Y si Alicia tiene razón? ¿Y si el enamoramiento ya está aquí?

No lo pienso mucho y me levanto. Voy a la puerta de su despacho y llamo, y según tenemos la costumbre abro un poco inmediatamente

después para ver si está disponible. Él vuelve a sonreír al verme y me dice que pase.

Y yo cierro la puerta detrás de mí y me quedo de pie delante de su escritorio.

—Dime, Julia.

—¿Te puedo invitar a tomar un café… luego? —le suelto, esperando con miedo la respuesta.

Lo que recibo es la mirada de sorpresa más encantadora que he visto en mi vida.

—Sí, claro —me dice él, poniéndose automáticamente de pie para acercarse a mí.

Pero yo me acobardo y doy un pequeño paso atrás que le hace darse cuenta de que no le estoy permitiendo que se acerque. Ni que me abrace, ni que me bese. No, ni hablar. Mateo lo acepta, pero sigue de pie a poca distancia de mí.

—¿Te va bien hoy? ¿Después del trabajo? —pregunto—. Algo informal. Solo necesito hablar contigo fuera de la oficina.

Levanta una ceja, con cara de sospecha, pero no se le va la pequeña sonrisa.

—Solo hablar —me dice, mirándome a los ojos.

—Solo hablar —reitero yo, intentando sostenerle la mirada.

Uf, es que me lo comería entero ahora mismo. Esto no puede ser.

Me despido y paso el resto del día un poco acobardada por lo que acabo de hacer. Me arrepiento aproximadamente cada diez minutos, me calmo y consigo seguir trabajando. Me recuerdo que no pasa nada y que yo tengo el control de la situación, y a los diez minutos se me ha olvidado y vuelvo a empezar.

Le digo a Mateo que quedemos fuera, que no salgamos juntos, y me propone una plaza que queda un poco más adelante en la misma calle. Así que cuando llega mi hora de salir recojo y me voy como si no pasara nada, como si por dentro no tuviera un torbellino montado. Y, en vez de dirigirme al metro, sigo andando hasta llegar a la plaza.

Mateo me está esperando, con su abrigo de paño, las manos en los bolsillos. Al verme llegar, sonríe suavemente y se pasa la mano por el pelo en un suspiro.

—¿Dónde vamos? —me habla cuando me acerco.

Ay, ojalá lo supiera. Vuelvo en mí y miro a mi alrededor. Hay un par de cafeterías que tienen buena pinta y escojo una al azar. Parece que lo tengo planeado, pero cada vez me fallan más las fuerzas. Quiero dejarle las cosas claras, quiero decirle exactamente por qué tiene que dejar de ser tan adorable conmigo, de esperarme de esta manera, como si algo estuviera a punto de suceder. Pero, en vez de eso, Mateo comienza a caminar a mi lado y siento su presencia, su olor, el calor que desprende su cuerpo. No sé explicar lo que me provoca. ¿Cómo voy a seguir con mi vida ignorando esto?

Pasamos y nos sentamos al fondo, en un reservado donde se nos ve poco. Un camarero viene y nos toma nota: café solo para él, con leche para mí.

—Tú dirás —me dice, con media sonrisa socarrona, como si estuviera disfrutando de verme sufrir.

—Tienes que dejar de hacer esto —me lanzo—. Tienes que dejar de ser tan amable conmigo.

No sé qué esperar como respuesta, pero no esperaba la carcajada que suelta.

—¿Perdona? —se ríe—. ¿Me estás pidiendo que me comporte contigo como un cabrón?

El camarero trae los cafés y yo me llevo el mío a los labios sin azúcar y sin remover. Necesito algo que me espabile, e inmediatamente me arrepiento. No soporto el amargor. Esto va cada vez de mal en peor. Lo suelto como si quemase y se derrama, no me mancha de milagro. Mateo aprovecha para limpiar el café que ha caído sobre la mesa con una servilleta y se me acerca un poco más.

Pone su mano sobre la mía. Le respiro. No puedo dejar de mirarle.

—La verdad —admito yo— es que me gustas muchísimo y… tengo demasiado miedo, y…

Lo que en realidad no quería contar se me escapa sin filtros, pero nadie puede pensar con claridad cuando Mateo te mira así. Ya le he besado una vez. ¿Te imaginas volver a hacerlo?

¿Te imaginas? El beso que tuvimos se me vuelve tremendamente presente. Es todo en lo que puedo pensar ahora mismo. Se me va el hilo del pensamiento. Solo puedo mirar su boca, sus ojos.

—Julia, tú también me gustas muchísimo. Eres maravillosa.

Esta vez es Mateo el que se acerca, me rodea con el brazo y me atrae hacia su cuerpo cálido; y con una dulzura increíble me besa. Hay muchísima pasión, un anhelo profundo en ese beso íntimo, sencillo, nada ostentoso. Se me hincha el pecho de una emoción que no sé reconocer y me desborda.

Me da absolutamente igual cuál era mi plan, qué íbamos a hablar. En este rincón del mundo, lejos de miradas ajenas, hay algo que es mucho más fuerte que nosotros y nuestros reparos. Me dejo abrazar y me fundo con él. No es el beso que busca calentar el ambiente para conseguir algo más. Mateo me besa como si esto fuera todo lo que anhela en el mundo. Como si realmente disfrutara de mí.

Y me dejo llevar. Cielo santo, me dejo llevar.

26

Julia

No tengo ni idea de lo que está pasando, pero en algún momento salimos del café, Mateo ha pagado y me lleva de la mano. Soy incapaz de pensar. Me dice que cojamos un taxi, que vayamos a su casa o adonde yo quiera, que estemos solos, que charlemos con sinceridad, nada más, y yo le digo que sí. Me detengo en un semáforo y sin pensar en las consecuencias le reclamo y tiro de su abrigo hacia mí. Su cuerpo cerca del mío como una ofrenda, despacio, cálido. Meto una mano dentro de su chaqueta abierta para sentir en mí la calidez de su piel. Es un gesto íntimo, lo sé. La otra va directa a su mandíbula, su sonrisa, le acaricio la línea de la mandíbula y le beso la boca con ansias. Siento una necesidad urgente de hundirme en su aroma. No quiero charlar de nada. Nunca antes me había permitido perder así el control de mí misma, y ahora me lo estoy permitiendo. Estoy dejando que ocurra con toda mi voluntad.

Su mano no se ha soltado de mi cintura cuando el taxi que paramos se detiene y él me invita a pasar primero. Su mano coge la mía, entrelaza sus dedos. Sentados en la parte de atrás, mientras el conductor arranca, Mateo me mira a los ojos y esto es casi más íntimo que cualquier caricia. Pasa el brazo por detrás de mis hombros y me atrae hacia él. Me besa la nariz con mucha calma. Me besa los párpados. Me da un suave beso en la comisura de los labios. Siento la necesidad de sonreír, pero también siento la impresión de lo que está ocurriendo. No sé qué hacer. He estado mil veces con él en la parte de atrás de un coche, como asistente. Me moría de ganas de hacer esto, pero ahora que ocurre no sé cómo sentirme, así que dejo que las sensaciones tomen el mando. Mi mente consciente se fue de paseo en cuanto le vi mirándome así en el café. En Mateo veo pasión, pero también hay una contención sobrecogedora. Y esa contención es terriblemente seductora. Lo piensa todo con calma, cada paso, cada acción, para hacerme sentir cómoda, para dejarme espacio y también para reclamarme.

Llegamos a su casa como en un sueño. No sé bien cuándo hemos pasado el umbral, cuándo se han encendido apenas un par de lamparitas en el salón que lo hacen todo silencioso y acogedor.

Veníamos a hablar, pero yo no quiero hablar. Yo sé exactamente lo que quiero ahora.

Su mano en mi cintura. Me besa. Me repite lo maravillosa que soy. Me susurra en el oído antes de besarme el lóbulo y seguir bajando por el cuello. Busca el final de mi camisa y mete la mano debajo, la sube hacia la espalda, las yemas cálidas de sus dedos presionan mi carne como si yo fuera una escultura y él estuviera aprendiéndose las líneas. Yo me la desabrocho para dejarle acceso y él, en un acto reflejo, se quita la chaqueta y la camisa con una dejadez que me desarma, sin dejar de mirarme, sin dejar de estar pegado a mi piel. Me besa el hombro, solo cubierto por la tira del sujetador, y desde este placer no veo su cuerpo, y quiero verlo, sentirlo. He soñado con él demasiado tiempo. Ni siquiera puedo pensar en lo ridícula que me tengo que ver yo, tan delgada, tan normalita, al lado de un hombre así. Ahora mismo me da igual. Alargo la mano con un poco de miedo hacia su cuello y voy bajando; él me acaricia la mano y me guía hacia abajo, dándome todo el permiso para explorarlo. Antes de poder ver nada, siento su vello entre mis dedos, la curva de sus pectorales, su hombro. Siento su suspiro de placer por mis caricias. Me siento cómoda con él. No se lanza a mí como un salvaje, no me intimida: no de ese modo. Su mirada de deseo absoluto me desarma, como si nunca hubiera visto nada tan bonito. Estoy totalmente perdida aquí, en su mirada, en sus labios, en sus manos. Echo el cuello para atrás y él lo besa con dejadez mientras insiste en que yo no deje de tocarle. Le doy permiso para que haga conmigo lo que quiera, y él hace lo mismo. Y todo se torna mucho más caluroso.

Me coge de la mano, medio desnudos, y me lleva hacia el fondo de un pasillo, hacia su habitación. Es un espacio cuidado y bonito, de muebles oscuros y elegantes, pero apenas puedo fijarme. Me posa sobre su cama, me hace sentar, y él se queda de pie y se desnuda con una parsimonia brutal. Y yo entro en combustión. Necesito sentir su piel sobre la mía, casi más que respirar. Le imito, me voy quitando lo que me queda de ropa, los pantalones, las medias. Cuando voy a por la ropa interior me pide que pare y sigue él. Besa mi hombro y

cuando mis pechos quedan al descubierto los besa lentamente. Baja hacia mi centro y va besando la piel en el camino. Cuando me quita las braguitas mordisquea la suave piel de las caderas y yo doy un pequeño grito de placer. Le pido que lo vuelva a hacer, porque ahora mismo me he venido arriba, porque esta intimidad es muy diferente a todo lo que he experimentado nunca con el sexo. Se supone que no es ninguna zona erógena, ¿no? Pero mordisquea suavemente, chupa y lame, y noto cómo me empiezo a humedecer del placer.

Y todo se torna borroso. Le pido que venga sobre mí mientras yo me echo. Su piel sobre la mía es el mayor placer del universo, no hay más. Su boca en el hueco de mi cuello, saboreándome la piel con parsimonia. Le acaricio entero, lo disfruto con las yemas de los dedos y nunca, lo prometo, había experimentado estas sensaciones. Él se deja tocar cuando lo necesito, me deja explorar, mientras no deja de besarme, cada vez con más urgencia, más necesidad.

Noto su pene duro sobre mi muslo y nos vamos guiando con caricias, sin necesidad de decir nada; sin dejar de besarnos. Acaricia mis pezones hasta que se ponen tan duros que duelen, y entonces baja y los chupa con una lentitud que me mata. Y mi reacción es acariciarle a él mientras tanto, su dureza, sus testículos que han empezado a tensarse del placer. Él a su vez palpa entre mis pliegues y llega al clítoris, y comienza a masajearlo con firmeza y lentitud, y ahí de repente toda yo me vuelvo placer, dejadez. Estoy ardiendo. El placer es tan bestia, tan salvaje, pero a la vez tan dulce y lento… Me corro casi sin querer, sin que la boca de Mateo me haya dejado de besar, chupar, exigir. Gimo entre sus labios, mientras él absorbe mi aliento. Le pido que me penetre en un susurro, sin saber en qué estoy pensando, siquiera. De algún lado, él es capaz de alcanzar un condón: me alegra que en este momento alguno de los dos pueda tener un poco de cabeza.

Pero es que nunca me habían hecho esto. Qué sencillo y qué potente, y sin embargo nunca había disfrutado así del sexo. Esto va mucho más allá del típico polvo con prisas, casi mecánico, que he vivido otras veces. Mateo me hace el amor con todo su cuerpo, con cada rincón de su piel y de su boca. Y, aun así, me sorprende cuando se coloca sobre mí y me comienza a penetrar despacio, buscando mi comodidad, casi pidiendo permiso, mientras mis piernas le rodean.

Hace demasiado tiempo que no sentía a un hombre dentro de mí, y Mateo… en fin, vaya hombre. Pero nunca me había sentido tan cómoda, tan atractiva. Él está disfrutando, pero antes de eso busca que yo esté cómoda, que me excite.

El placer sube y sube y antes de que me dé cuenta estoy gimiendo mientras él sigue dentro de mí y bombeando a un ritmo maravilloso que hemos alcanzado entre los dos. Soy incapaz de concentrarme para escucharle gemir a él, para ver cómo se está intentando contener para seguir mi ritmo y darme todo el placer que reclama mi cuerpo. Le siento tan dentro, es tan maravilloso, que vuelvo a explotar en un orgasmo. Las olas me llevan y yo me dejo llevar, y cuando vuelvo a abrir los ojos veo la cara de fascinación de Mateo, completamente absorto observándome. Le beso y le aprieto contra mí, mis manos en su espalda, bajando hacia su culo. Cuando le aprieto ahí él gime de placer y vuelvo a hacerlo.

—No te cortes —le susurro al oído. Aún no me he recuperado, pero necesito verle. Necesito ver y sentir cómo comienza a moverse con más seguridad, con más ritmo, aún pendiente de mí, pero también centrado en su propio placer. No puedo dejar de gemir y él pierde totalmente la cordura y… es maravilloso. Esta fuerza de hombre, entregado y disfrutando…

En cuanto le he dicho estas palabras se deja llevar. Sé que no le queda mucho para tener él también un orgasmo, pero no sabía que sería así: no sabía que sería este espectáculo. Aprieta su frente contra la mía, cierra los ojos y frunce el ceño. Susurra sus gemidos en mi oído, pegado a mi piel de todas las maneras que puede.

Dice mi nombre mientras se corre.

Guau.

No puedo dejar de sonreír. Mateo se tumba a mi lado, saliendo de mí. Me siento un poco rara cuando lo hace, porque sigo cálida, dolorida, cómoda. Se tumba bocarriba mientras recupera el aliento: mientras lo recuperamos. No sé qué ha sido esto. ¿Un polvo? Nunca me había sentido así echando un polvo con nadie. No puedo pensar bien.

Normalmente después del sexo necesito apartarme, pero ahora no podemos dejar de tocarnos. Tiento un poco, a ver si le importa que

me acerque, y su respuesta es arrastrarme hacia él y abrazarme. Sigue recuperando el aliento, y me besa la frente y las mejillas, me sujeta para que su piel y la mía no se separen. Me atrevo a hacer círculos con mis dedos en el vello de su pecho, mientras lo veo subir y bajar, cada vez más relajado. Bajo la mirada y en la débil luz que nos rodea le veo desnudo, aún cálido, relajado. Es como ver una obra maestra.

Vale, Julia, vuelve en ti. Acabamos de acostarnos juntos y ha sido… bueno, no ha sido solo sexo. Las manos de Mateo no me sueltan. Suben y bajan por mi espalda, provocándome aún escalofríos. Se recrean en mi nuca, en círculos. Y no puede dejar de besarme, es obsesivo.

No me quiero marchar. Sé que lo más sensato es aceptar que esto ha pasado e irme a mi casa, a meditarlo lejos de la piel cálida de Mateo. Pero no soy capaz de moverme. Me dejo caer en la trama de sus dedos haciendo círculos en mi espalda, en la placidez de su cuerpo. Y, en algún momento, me quedo dormida.

27

Mateo

Oh, Julia.

No puedo dejar de besarte. No recuerdo cuándo fue la última vez que me besaron así: que yo besé así. Al principio ni siquiera me importaba estar en un sitio público. No me importa quién nos vea, no somos más que otra pareja que aprovecha una cita para besarse. Pero me sabe a muy poco. Te necesito. Necesito abrazarte, tocarte. Necesito saciar una sed que no sabía que tenía.

Y te lo diría, pero no quiero hablar y estropear el momento. Estás dejando que te acaricie, que te abrace, que te bese. Te estás rindiendo a mí. Julia, qué feliz me haces ahora mismo. Qué preciosa eres. Cómo te brillan los ojos de la sorpresa, de la emoción. Siento tu sonrisa en mi boca cuando te das cuenta de que querías seguir hablando, seguir buscando excusas, y no puedes, y me parece maravilloso.

No sé cuáles son tus dudas, no sé qué te duele tanto, pero sé que están ahí al fondo y pienso abrazarte, sin dejarte escapar, hasta que todo eso se disuelva y ya no importe nada.

Pero te noto temblar. Suelto el beso y te abrazo fuerte, todo lo que puedo. Te aprieto contra mí con la esperanza de que sirva. ¿Qué te ha ocurrido, Julia? ¿Qué parte de ti no te atreves a contarme?

Estoy tan a gusto en la cama con Julia, después de hacer el amor, que no pienso siquiera en qué hora es. He dormido abrazado a ella y me he despertado sin querer. Debe estar amaneciendo.

De repente ella se levanta y se quiere escapar de mis brazos.

—¿Dónde vas? —le digo, reteniéndola con caricias. Julia se detiene y me mira.

—Me quedé dormida, tendría que ir a mi casa.

—¿Para qué?

Julia se ríe, y su risa me da la vida.

—¿Para ducharme? —pregunta con sarcasmo.

—Te puedes duchar aquí —insisto sin soltarla.

Se escurre con una sonrisa y sale de la cama. Verla desnuda unos segundos antes de que empiece a taparse con la ropa que hay desperdigada es una maravilla. No creo que se dé cuenta de lo bonita que es. Es algo que va más allá de que tenga un cuerpo bonito, que lo tiene: toda ella es atractiva de una manera que no puedo dejar de mirar. Son sus movimientos, su forma de estar en el mundo.

—Pero llevo la misma ropa que ayer, tendría que cambiarme.

—Nadie se va a dar cuenta. —Alargo la mano intentando alcanzarla, intentando quitarle importancia, pero se me escurre.

—Yo no voy a estar cómoda.

Resoplo.

—Te acerco a tu casa. Luego podemos desayunar algo antes de ir a la oficina.

Se me queda mirando con una expresión llenísima de dudas.

—Me parece que no, ¿verdad? —le digo. No quiero ser malo, es que convencerla es un trabajo durísimo.

—Es que, a ver, lo de anoche…

—No, no, no, no…

Me levanto de golpe al verla poner ese muro entre nosotros. Y me da igual estar desnudo y que eso la intimide como veo que ocurre. Es obvio, porque se le ha puesto la cara roja y se agarra más aún a la ropa tras la que intenta esconderse. Así es aún más adorable, porque sé que cuando se excita no tiene ese pudor, ni de lejos.

—No —le digo, tajante. Me acerco a ella, le sujeto esa cara suya gloriosa y le beso los labios despacio—. Está bien. Quieres que llevemos esto discreto, genial. Pero lo otro, no. No te voy a obligar a nada que no quieras, pero no pienso dejar que tus dudas se interpongan entre nosotros. Sea lo que sea, aquí —señalo el hueco entre su pecho y el mío— no cabe.

Veo a Julia sentirse afectada inmediatamente por lo que digo. Veo cómo no hay lujuria ahora, en el momento en el que suelta la ropa y me abraza. Desnudos, sí, pero sus brazos no están buscando solo el deseo de la piel. Hay algo, en su alma, que busca consuelo. Hay algo que le duele muchísimo. Le acaricio la espalda y le beso la coronilla mientras ella se recuesta en mi pecho para tomar fuerzas.

—No es algo de lo que me pueda desprender de repente —me dice, pegada a mí—. El miedo, digo. Ha sido el amante más fiel que he tenido toda mi vida.

Le levanto la cabeza y la giro para que me mire a los ojos.

—Pues va siendo hora de cambiar de amante.

Se lo digo completamente en serio. Me ofrezco sin ninguna vergüenza a ocupar esa posición. Pero le hace sonreír y siento cómo la tirantez que estaba empezando a agarrotarla se relaja. Me rodea con los brazos y respira profundamente sobre mi pecho. Y en este momento precioso, tranquilo, noto sobre mi piel la humedad. Está llorando.

No le pregunto directamente. La miro, intentando encontrar una respuesta.

—Estoy bastante rota —me dice con un susurro y una sonrisa triste. Las lágrimas de escapan de sus ojos y yo las beso.

—¿Me lo quieres contar?

En un extraño milagro, asiente. Así que aprovecho que aún tenemos unos minutos (¡solo le pido unos minutos al cielo, por favor!), y la arrastro a la cama para arrebujarnos entre el calor las sábanas y que me cuente. Nos acostamos, ella se recuesta sobre mí en un abrazo. Siento su piel, sus dedos jugueteando con el vello de mi torso. Le acaricio el pelo y le doy pequeños besos. Es mucho más íntimo de lo que nunca pensé.

—He tenido una pesadilla —me dice—. Es normal, me pasa muy a menudo. Tiendo a revivir en sueños momentos dramáticos de mi infancia. Alguna vez he podido ir a terapia y hablarlo con la psicóloga: las pocas veces que me lo podía permitir, que no han sido muchas. Pero, sobre todo, han sido los libros los que me están ayudando a entender qué me pasa. Hay un dolor que me atraviesa

toda la vida, que es irracional, que hace que en el momento más inoportuno yo comience a sentirme insegura. Es… —busca las palabras— es mi cuerpo, no es tanto mi mente. Y aunque me siento segura contigo… Me acabo de despertar con una de esas pesadillas, con los nervios alterados. Es difícil dominar ese miedo que viene de tan atrás. Tengo que esforzarme por ser consciente de que ese miedo no lo está provocando nada ahora. Que tú no me das miedo.

—Yo no te voy a dar miedo —le digo, haciendo que me mire a los ojos —. No lo dudes ni por un instante.

Asiente.

—Lo sé —susurra. Y esas palabras me saben a victoria.

—Siento muchísimo todo lo que has tenido que vivir —le digo, con todo mi corazón—. Aun así, creo que eres una de las personas más bonitas que he conocido en mi vida. Diría que la que más.

Se incorpora sobre los codos y me mira, extrañada. Hay una sonrisa irónica en su cara.

—¿Por qué te crees que me gustas tanto? —le espeto, intentando quitarle hierro al asunto.

—Nunca me habían dicho eso —confiesa.

Me acerco a su boca y le dejo un beso tierno en los labios. Sí, me encantaría volver a echarla sobre la cama y lamer su piel entera, y volver a hacerle el amor como un salvaje, pero casi que me atrae más la idea de ser un lugar seguro para ella. Que confíe en mí.

—Pues te vas a tener que acostumbrar a que te lo diga todos los días. Me gustas, me gustas muchísimo, y eres maravillosa.

Lo susurro entre sus labios y la sonrisa que me regala creo que es una ofrenda de paz. Creo que significa que me va a dejar estar a su lado.

—Creo que siempre he echado a todo el mundo de mi lado, y eso es duro de admitir —dice—. Salvo a contadas personas, siempre me da miedo… esto. La intimidad, que me conozcan. Siempre esperando que se den cuenta de lo rota que estoy y me dejen.

—Julia, te conozco. Y el hecho de que admitas que todo esto te cuesta hace que quiera estar aún más contigo, no menos —le digo.

Me incorporo, llevado por una idea. Me siento sobre el cabecero de la cama y la obligo a ella también a sentarse, para que me pueda mirar de frente. Me sigue, extrañada, con la cara de recién despierta, el pelo despeinado, su piel cálida de la noche y las sábanas.

—¿Hacemos un trato? —le pregunto. Ella asiente, extrañada, y yo sigo—. El trato es pasar tiempo juntos, y conocernos. Y, si te parece bien, no decimos nada en el trabajo. Allí, como si nada. No creo que a ninguno de ellos se les deba contar, de todos modos…

—Vale —afirma ella, con una sonrisa.

—A mí no me da vergüenza, que conste —le aclaro.

—Pero igual va a ser todo más sencillo de ese modo.

—Pero vamos a quedar, vamos a vernos, vamos a pasar tiempo juntos… Y si vuelves a tener ese miedo que te quiere hacer huir, me lo cuentas.

Julia sonríe como una gatita feliz, y casi la noto ronronear cuando se echa sobre mí para abrazarme.

—Vale —susurra mientras me acaricia la cara y me deja pequeños besos sobre las mejillas, y va bajando hacia el hombro. Y yo siento como una victoria, como si por fin, después de tanto tiempo, pudiera atrapar entre los dedos la felicidad.

Esta necesidad de Julia de tocarme, el tenerla feliz entre mis brazos, haber podido pasar con ella una de las mejores noches de mi vida… Es mucho más maravillosa de lo que pensaba. La Julia que se asoma detrás del miedo es una de las mujeres más interesantes que he conocido nunca. Es alguien a quien no quiero dejar de mirar, ni de besar. Solo pido que todo vaya bien y que esta mañana sea la primera de muchas.

28

Julia

Yo quería irme de casa de Mateo casi huyendo, con la vergüenza entre las piernas, y resulta que aquí estamos, sentados en un café cerca de mi casa, desayunando antes de ir al trabajo, riéndonos y charlando como dos buenos amigos.

Como dos buenos amigos que, en fin, se ha puesto las botas esta noche y no han dejado parte de su cuerpo sin recorrer. Ay, me da un escalofrío, pero es de placer, al acordarme. No puedo dejar de mirar las arrugas que se le forman alrededor de los ojos cuando sonríe, y a mí no me deja de sonreír.

Ya le he dicho que hay que disimular ese jolgorio en la oficina. Nada de tratarme con menos cara de ogro que al resto de mis compañeros. Lo mejor de todo es que él me ha entendido. Bueno, puede que no entienda ese miedo irracional que siento, porque ni yo misma lo hago la mitad de las veces: solo lo sufro y lo intento sortear como puedo. Pero me he sentido escuchada, validada; eso es mucho más de lo que he esperado nunca de nadie. Y me da un poco de reparo admitir que a mis años no tengo experiencia en relaciones porque… he huido de ellas todo lo posible. De las sentimentales, e incluso de algunas amistades, también. No soy precisamente una persona sociable, y eso a menudo ha ido en mi contra.

No quiero preguntarme qué somos, ni adónde lleva esto, mientras compartimos el último trozo de rollo de canela sobre el plato y nos preparamos para irnos. Es demasiado pronto para estar pensando. Solo sé que tener a Mateo aquí conmigo, pendiente de mí, me da vértigo y al mismo tiempo me llena el cuerpo de placidez. Me da una seguridad que es tan rara en mí, en mi vida, que me hace sentir rara.

No puedo dejar de pensar que algo va mal en todo esto, pero por ahora dejo ese pensamiento en el fondo de la mente y disfruto del rato. Respiro hondo.

A pesar de que llegamos los dos a la vez en taxi, porque su coche se quedó anoche en el aparcamiento del edificio, yo subo primero y él se entretiene unos segundos respondiendo algunos correos y mensajes en el móvil. Mientras subo en el ascensor me pregunto cómo va a ser el día de hoy, los siguientes. E intento no pensar más allá. Yo también he aceptado no salir huyendo… esta vez. Yo también quiero tener esto con Mateo, lo que sea, el tiempo que dure. Y de repente caigo en algo.

Pasa un rato en el que la oficina comienza a llenarse con el comienzo de la jornada. Se escucha el jaleo habitual. Mateo llega, me mira, sonríe, me dice los buenos días como si hace un rato no hubiera estado comiéndome la boca. Y yo me dejo llevar de nuevo por el escalofrío de placer. Y entonces caigo en la cuenta.

Aprovecho que tengo que ir a hablar con Mateo de la agenda de hoy, pero cuando paso, esta vez, me permito cerrar la puerta. Él sonríe y yo me acerco. Cruzo la frontera del espacio personal que hasta ahora no me había permitido. Qué raro es, y qué emocionante. Mientras él sigue sentado, me pongo a su lado y le rodeo el cuello con mis brazos. Le beso la frente con cariño y le acaricio las mejillas.

—Te echaba de menos —le digo medio en broma, riéndome. Él se deja besar y, a cambio, decide posar sus labios en la palma de mi mano, en la suave piel de la muñeca—. Había pensado que hay alguien aquí a quien sí quiero contárselo. Esto… lo que sea.

Tartamudeo, pero Mateo no me presiona.

—¿A quién? —pregunta, extrañado.

—A Francesco.

Pone los ojos en blanco, pero yo me rio de él.

—Es tanto mi amigo como tuyo —le regaño—. Yo le conozco desde hace poco y sé que puede ser un bocazas. Pero, si te soy sincera, le tengo mucho cariño. Se ha convertido en un buen amigo para mí en estos momentos en que me encontraba muy sola.

Veo a Mateo un poco reticente… ¿puede ser? Creo que todavía me queda mucho para saber qué está pensando.

—¿Te molesta? —le pregunto.

—No, tienes razón —me dice, meloso—. Es que yo también quiero que pienses que soy tu amigo.

No puedo evitar la carcajada: bajita, no va a ser que alguien se entere de este momento de intimidad.

—¿Eso es lo que quieres? —le provoco—. ¿No quieres que me quite la ropa y meterme en tu cama?

Le beso la mejilla y él aprovecha que es más alto que yo, y que incluso sentado está casi a mi altura, para robarme un beso lento y húmedo en la boca mientras me sujeta por las caderas para que no me escape. Suspiro entre sus labios.

—Espero que no dejes al resto de tus amigos hacerte esto —me susurra.

—Ya te digo yo que no —bromeo, devolviéndole el beso, pero bajándole un par de tonos, que este hombre se viene arriba enseguida.

—Claro que podemos hablarlo con él… ¿Te importa si lo hacemos los dos?

Me separo un momento y le miro a los ojos.

—¿Juntos?

Mateo asiente con naturalidad. Me he acostado con él, pero hacer esto casi me parece más íntimo. Aun así, le digo que vale y, sin muchas ganas, me aparto de él. Lo quiera o no, hay que trabajar. Yo me pasaría el día besándolo. Cada vez que le beso el aroma de su loción y de su jabón se me mete en el cerebro y me nubla los sentidos. Es su piel, tan cálida y suave, dorada.

—¿Quieres que quedemos hoy para cenar? —me pregunta mientras me voy alejando y a él le cuesta soltarme.

Vale. No. No sé. ¿Ya? ¿Tan pronto? ¿Cómo lo vamos a hacer? ¿Cuántas veces nos vamos a ver a la semana? ¿Cómo va a ser dentro y fuera del trabajo? ¿Cómo se hace esto? ¿Cómo tienen pareja otras personas?

—Vale —le digo, quitándole importancia—. Luego concretamos.

—Claro, sí.

Hay una sombra que le cruza los ojos un momento antes de sonreírme de vuelta y asentir. Y luego ya comienza el día habitual, el caos cotidiano de correos, tareas, agendas, citas. Siento la presencia de Mateo mucho más intensa que nunca y, sin embargo, me obligo a no pensar en nada más que en trabajo.

29

Julia

Me cuesta creer que las primeras personas a las que voy a hablarles de *esto* (sea lo que sea) con Mateo sean Charo y Manoli. Pero cuando he llegado a casa… ha habido algo que me ha arrastrado hasta su puerta con la intención de dejarme acoger y desahogarme. Y no solo ha sido el maravilloso olor a comida. Llamo y me abre Charo, me dice que pase, que están cocinando. Cocido. ¿Por qué, a las seis de la tarde de un día entre semana? Lo que te suelen responder estas dos es por qué no, si luego se puede dejar preparado para varios días y solo hay que descongelarlo y ahora tienen tiempo libre y les gusta cocinar. Quién dice a qué hora es la apropiada de hacer qué.

De mayor quiero ser como ellas, por favor.

Están liadas en su pequeña cocina, más o menos igual que la mía, solo que mucho mejor aprovechada, claro; ellas no tienen una triste lechuga y dos latas de atún en la nevera, como yo. Hay una olla recién apagada en la hornilla, de la que no dejan de sacar cosas. Estoy segura de que cuando te mueres y llegas al cielo es así como huele, y te reciben con sopa recién hecha. Manoli está separando la carne de la verdura y colocándola en diferentes recipientes. Me saluda con un beso en la mejilla y me dice que me siente. ¿Que si quiero una taza? Dónde hay que firmar. Charo me lo pone delante. Ni siquiera he pasado a dejar el bolso y el abrigo por mi casa y las dos se dan cuenta.

—¿Todo bien?

—He venido flotando por el olor, como en los dibujos animados —bromeo, pero no se lo tragan.

¿Qué les voy a decir?

La verdad. Eso es lo que quiero contarles.

Una gran parte de mi vida ha consistido en no fiarme de nadie. Eso es algo que hablé alguna vez en terapia: no me fio de la gente porque

durante mi infancia no teníamos a nadie en quien confiar. Mi madre no tenía más familia que mi tía la loca que iba de comuna hippie a secta de yoga y tiro porque me toca, y nunca estábamos suficiente tiempo en el mismo sitio como para tener amistades profundas. Y siempre tengo la sensación de que si me desahogo y cuento lo que me pasa voy a ofender, a molestar… que mis problemas siempre son demasiado grandes para que los demás puedan importarles, o apoyarme. Alicia fue de las pocas excepciones, y eso que tuvo que ganarse mi confianza a pulso. Pero si sé que, si hay alguien en la tierra capaz de ayudarme a entenderme a mí misma ahora mismo, son mis chicas. Y, aun así, tengo que hacer un esfuerzo consciente por empezar a hablar, porque no me sale solo.

—No he pasado la noche aquí —les digo, y me las quedo mirando, esperando su respuesta.

Las dos se giran, Manoli con una sonrisa picarona.

—¿Dónde fue la fiesta? —me pregunta.

—En casa de Mateo… mi jefe.

Escondo la cara entre las manos porque decirlo así, de repente, me hace dar un vuelco en el estómago. Es aquí, justo aquí, donde me duele el alma. Podría entregarme completamente a la felicidad de lo que está pasando… pero no puedo. Sin embargo, ellas dos dan un grito de alegría y me empiezan a preguntar cosas comprometidas. «¿Cómo besa?», me dice Charo. «¿Huele bien? Eso es una de las cosas más importantes en un hombre…», insiste Manoli. Yo me saturo un poco y no contesto a nada. Y también porque estoy un poco roja de la vergüenza de hablar de todo esto con señoras a las que considero prácticamente mis abuelas.

Ellas dos se ríen de mi reacción y no me dejan en paz. Pero hay cierto momento en que Charo se calla y me mira un poco más a fondo.

—Tú no estás bien —me dice, afirmándolo, no preguntándolo.

Yo la respondo con una mirada de resignación. Y entonces el tono de la casa cambia, y siento cómo las dos me acogen, me abrazan, me obligan a quitarme el abrigo y me hacen sentar de nuevo, cómoda y segura, para que hable.

—Está este miedo viejo dentro de mí —les intento explicar. No sé si suena demasiado raro, pero no sé expresarlo de otro modo—. Toda mi vida he tenido muchísimo miedo a repetir la misma historia de mi madre, y en mí hay algo que de vez en cuando se activa y me hace revivir momentos muy dolorosos de mi infancia. Y yo sé que todo fue culpa no solo de que mi padre nos abandonara… sino también de que mi madre se quedara ahí estancada. Sobrevivía, por mí, y se lo agradezco… pero… Aún hoy no avanza. No se da cuenta de lo terrible que fue verla suspirar toda la vida por semejante cabrón.

— Te entiendo —dice Manoli, completando lo que yo no sé decir—. Tu madre te quiso, te cuidó, eso está claro…

—Obvio, sí… —digo yo—. No estoy enfadada con ella, ni quiero echarle en cara nada, pero… me siento mal diciendo que nos habría ido mejor si en vez de toda aquella melancolía y nostalgia hubiera sentido un poquito más de ira hacia ese señor.

—Sí, tienes razón —me dice Charo acariciándome la espalda, y esa caricia me calienta por dentro—. Y eso tiene que ver con lo que estás viviendo ahora porque Mateo también es tu jefe, como lo era el tipo que te engendró.

Asiento y me guardo las lágrimas que quieren salir.

—No me duele lo que está ocurriendo ahora. Sinceramente… Mateo es maravilloso… Pero no puedo evitar que esta situación me recuerde a aquello. Que yo enamorada me recuerde a mi madre enamorada… A aquella impotencia, a la penuria, a la escasez… En mi cabeza todo está unido, una cosa lleva a la otra.

—Lo sé, cariño —me dice Manoli, y me atrae hacia sí para darme un beso en la coronilla. No la puedo ver, metida dentro de su abrazo, pero la escucho—. Pero también te tienes que dar cuenta de que no te puedes dejar llevar por ese miedo porque es eso: un miedo, nada más. No es la realidad. Solo es una sensación.

Creo que tiene razón. Nunca lo había pensado. De hecho, creo que le he escuchado a Alicia decirme eso mismo muchas veces y siempre he tendido a ignorarla.

—Si tú ahora —continúa Charo— no disfrutas de este momento con ese pedazo de hombre… si le dejas por miedo, ¿qué vas a conseguir?

—¿Estaré más tranquila? ¿Al menos dejaré de sentir esta angustia de fondo? —respondo automáticamente.

—¿Tú crees? —continúa Charo—. Yo creo que habrás obedecido al miedo, y eso no te hace estar tranquila, te hace ser sumisa, y las mujeres no nos podemos permitir ser sumisas nunca más, cariño mío. ¿Quién dice que la situación es la misma, que Mateo se va a comportar igual que el gilipollas profundo de tu padre biológico? ¿Quién ha dicho que vas a acabar mal? ¿Quién dice que vuestra historia no puede acabar bien?

Me la quedo mirando con sorpresa: es verdad. Pero las palabras no me salen de la boca.

—Una cosa es comprenderlo y otra es sentirlo —les digo. No me intento justificar, pero quizá sí que sigo buscando, inconscientemente, que me den la razón, que me den su aprobación para que yo me pueda replegar a ese rincón oscuro y húmedo donde dejo que el miedo asuma el control de toda mi vida. Donde no tomo decisiones ni avanzo, donde dejo que la vida me pase por encima sin tomar las riendas. Es un lugar cómodo, pero también es asqueroso. Lo sé porque he estado ahí mismo muchas veces. Siempre he visto a mi madre estar ahí.

—Pues permítete sentirlo, y ya está. Sentir cosas no es malo —asegura Manoli con su típica naturalidad—. Se siente alegría, se siente tristeza… y eso es estar vivo.

Permanecemos un momento en silencio en el que ellas simplemente están conmigo. No insisten, no me juzgan. Me dejo abrazar y respiro hondo para que la decisión que tengo que tomar vaya calando. No queda otro remedio. El miedo no puede seguir dictando mi vida. No me quiero perder lo que sea que está pasando con Mateo. No pienso renunciar a algo bonito por miedo ni una vez más, y no puede ser que en cuanto tengo un rato a solas todos esos pensamientos de mierda me inunden la cabeza.

Y, sin embargo, a pesar de que he tomado internamente una decisión tan importante y buena para mí, me siento extrañamente incómoda, como si estuviera actuando mal o cometiendo un error imperdonable. Pero me parece que, hasta que se vaya calmando, voy a tener que convivir con ello. Tengo que esforzarme no solo en

sobrevivir, sin más, sino en vivir a pleno pulmón, como cuando alguien grita feliz con todas sus ganas su canción favorita en un concierto. Quizá yo también me merezco eso.

30

Julia

Cuando he subido a casa, después de un rato, tenía un mensaje de Mateo en mi móvil: nada más que un emoticono de un beso. Sonrío para mí. Así que le llamo en el momento y él me responde en unos segundos.

—¿Tenías ganas de hablar conmigo? —le pregunto, intentando ser seductora. Pero en el fondo no dejo de sentir esa punzadita de miedo, de que a ver si no estoy yo haciendo el ridículo con un hombre que, siento, está muy por encima de mí en todos los aspectos.

Pero me gusta tantísimo sentirlo cerca…

—Al final no hablamos de cómo quedábamos hoy, y…

—¿Y qué?

—Tengo ganas de verte.

Lo dice con un tono de voz que hace que se me ponga la piel de gallina. Hay energía, hay sinceridad: hay el recuerdo del placer que compartimos. Cómo es posible que le eche de menos, que mi cuerpo le reclame, cuando hace unas horas le he visto en la oficina. Cuando hace menos de un día hemos compartido cama.

Aunque, supongo, el amor debe ser precisamente eso.

No sé muy bien por qué le digo que si quiere venir a cenar a mi casa: después, cuando lo pienso, sé que es una malísima idea, pero no me retracto. No tengo nada de comida y, si pasa algo, si la cosa se pone incómoda, no voy a saber cómo echarlo. Nunca he traído a nadie a mi casa y, además, su casa es un millón de veces un palacio comparada con la mía. Pero en el fondo de mi mente hay un pequeño plan: comer, tumbarnos en el sofá a ver alguna película mala, hacernos mimos debajo de la manta. Quizá, solo quizá, ir a casa de las vecinas con él en algún momento, a presentárselo. Quizá, si él quiere, que se quede a dormir en mi cama pequeñísima e incómoda, en mi casa que hace frío porque intento poner el mínimo de calefacción.

Me da vértigo, justo aquí, en la boca del estómago, pero lo voy a dejar ahí y voy a seguir haciendo lo que quiero, que es pasar tiempo con Mateo.

No pasa mucho rato hasta que suena el timbre de mi casa y él llega. Le abro la puerta y trae una sonrisa enorme… y un ramo de flores. Sonrío como una tonta cuando lo recibo, pero no me da tiempo a mucho más: Mateo se lanza a mi boca con una determinación que me hace derretir. Pasa al interior de mi casa pegado a mi piel, a mi aliento, acariciándome la breve piel que deja al aire la blusa del trabajo, que aún llevo puesta. Me saborea los labios y me deja sin aliento.

—Hola… —le digo finalmente cuando conseguimos separarnos, con una sonrisa y el ramo de flores en la mano.

—Perdona —finge estar arrepentido. Me señala las flores—, ¿te gustan?

—Sí. Nunca me han regalado flores —sonrío como una tonta—. De hecho, creo que no tengo ningún jarrón en casa.

La cara de sorpresa de Mateo es un poema.

—Vaya, no lo había pensado… Debería haberte comprado un jarrón también.

Y de repente lo veo en sus ojos: la ilusión que le hace. ¿Es posible? ¿Es posible que sea tan bonito? A Mateo le hace ilusión tener alguien a quien regalarle un ramo de flores, porque es algo anticuado, y clásico, y cursi. Durante unos segundos lo veo en cómo me mira. Apenas dura un instante, pero es muy claro. No somos tan diferentes. Los dos teníamos ganas de encontrar a alguien con quien sentirnos cómodos, con quien poder ser un poco cursis.

Y de repente siento una convicción en el corazón, mirando las flores, que huelen como si un jardín de primavera se hubiera presentado en mi puerta, de que esto puede funcionar.

Quizá, sí. Por qué no. Somos muy diferentes, pero igual puede funcionar. Puede que eso sea precisamente por lo que funcione.

Puede que esa sea la clave para convencerme de que esto no se parece en nada a lo que vivió mi madre, pero eso prefiero no

pensarlo. Dejo las flores encima de la mesa del salón, tumbadas de mala manera, y no pienso ahora mismo en buscar un jarrón: rodeo a Mateo con mis brazos y me sumerjo en su maravilloso aroma. Hundo la cabeza en el hueco de su cuello, en la calidez de su barba recortada, el perfume ya gastado después de todo el día, mezclado con el olor de su piel. Mateo responde dejándome un reguero de besos en la mejilla, la oreja y el cuello. Me dejo llevar por lo que mi cuerpo necesita, y por el placer que me hace sentir. No hablamos, no llegamos a ningún acuerdo ni conclusión: son nuestras manos y nuestras bocas las que dialogan. Mordemos, besamos, acariciamos, y en algún momento estoy atrapada entre la pared del pasillo y el cuerpo de Mateo.

—Ah, bueno, esta es mi casa —me río, mientras él me recorre el cuello con sus besos.

—Ajá… —responde él, tan perdido en mis labios como yo en los suyos.

Y sonríe en mi boca, el muy tonto.

No, no se la enseño. De hecho, no vemos nada más que el pasillo, donde empieza a caer ropa, y entonces nos damos cuenta de que no se está demasiado cómodo así de pie contra la pared rugosa de gotelé.

—Te advierto que en mi cuarto ahora mismo debe hacer un frío espantoso, porque no he puesto nada de calefacción en todo el día… —le digo cuando me doy cuenta de que me está preguntando con la mirada si el cuarto del fondo es el mío.

—Yo te caliento.

Y entonces muerde en un espacio entre mi hombro y la parte de atrás de mi cuello que me hace gemir. Y… oh… la cara de asombro de Mateo.

—¿Qué acabo de descubrir? —bromea, mientras me desabrocha del todo la camisa y me baja lentamente el tirante del sujetador por el brazo, dejando espacio para volverme a mordisquear esa zona.

Y yo ahí ya pierdo completamente la cuenta de todo, de dónde estoy, de qué día es, de qué idioma hablo. Mientras Mateo muerde, besa y lame ese espacio de mi piel, y la recorre hacia la oreja, donde me

susurra cosas al oído antes de volver a bajar, mientras sus manos se agarran a mis caderas, por encima de los pantalones negros de vestir del trabajo, y empiezo a notar en mí el deseo flotando, tirando hacia abajo, y el cuerpo de Mateo erizándose y excitándose tras mis caricias.

Que se aproveche, que se aproveche de mí lo que quiera, porque parece estar pendiente de cada uno de mis gemidos, siguiendo su rastro con la boca y sus manos, y yo hago lo mismo, y de repente estamos caminando y él se quita la camisa mientras entramos en mi cuarto y se tumba en la cama.

—¡Oh, oh, oh! —grita él nada más rozar la colcha, saltando como una chinche.

—¿Qué pasa? —pregunto asustada, pensando de pronto el mil cosas punzantes que me hubiera podido dejar allí encima esta mañana y que se le estén clavando en la espalda.

—¡Las sábanas están heladas! —me dice, y se parte de risa.

Su risa es… de las cosas más impresionantes que he visto en mi vida, sobre todo ahora, aquí, entre mis brazos, en mi cama. Cómodo, excitado… y feliz.

—Te lo dije.

—Enciende el calefactor, por favor —me susurra con urgencia, peleándose con mi sujetador para arrancarlo, sin prestar atención bien a los corchetes, y baja un tono de voz, sugerente, sobre mi oído —. Yo te pago la factura de la luz el mes que viene, pero quiero tenerte desnuda.

Y entonces soy yo la que se ríe… y… esa cara de fascinación de Mateo al mirarme, ay.

—Es de las cosas más eróticas que me han dicho nunca —le susurro al oído mientras me incorporo para llegar al mando a distancia que está encima de mi mesilla y que enciende el calefactor que hay al lado de la cama.

—¿Que quiero tenerte desnuda?

—No, que me vas a pagar la factura de la luz.

Mateo se ríe. Yo me río. Le desabrocho los pantalones por sorpresa, con una picardía fuera de mí, para animarle a él a quitárselos del todo, antes de tumbarme encima y recorrerle a besos esos abdominales del demonio que tiene que acaban en esa fina línea de piel y vello justo encima del límite de su ropa interior, mientras el calor del calefactor nos va despojando de la impresión del frío. Siento la piel cálida de sus muslos sobre mis piernas. Abro las sábanas y nos metemos dentro, aguantándonos el breve momento de frío, y nos restregamos el uno contra el otro ya sin ropa. Sus calzoncillos han caído, mi sujetador y mis braguitas también. Tenemos frío y casi parece que nos estamos peleando, más que calentándonos, pero hay algo tremendamente íntimo en acariciarnos desnudos debajo de las sábanas, pegarnos los cuerpos y tan solo disfrutar de esto. Después de unos momentos de juguetear en mis pezones, su mano baja por mi vientre hasta acomodarse entre mis piernas, y me encaramo un poco a él para dejarle acceso. Sus dejos empiezan a juguetear entre mis pliegues, mientras la boca de Mateo busca la mía y se bebe los gemidos que me provoca. No sé muy bien qué me está haciendo, pero me dejo llevar por la sensación: sabe dónde hay que acariciar. Y al cabo de muy poco noto que mi cuerpo pide más, que la ola de placer me inunda, y me restriego contra su mano y le busco desesperada mientras el orgasmo me arrastra. Cuando abro los ojos me está mirando con una fascinación a la que me cuesta poner palabras… e incluso me avergüenza, porque la luz de la mesita está encendida y yo nunca he estado tan expuesta ante nadie. Nos miramos a los ojos mientras recupero el aliento, y esta mirada es casi más íntima que el propio sexo. Hay una conexión entre nosotros que no sé cómo explicar, como si hubiéramos encajado completamente el uno en el otro.

Nos seguimos besando mientras yo intento recuperar el aliento y le pregunto tímidamente antes de comenzar a acariciarle a él: entre el calor de las sábanas, ardiendo ahora de besos, caricias y placer, su pene está erecto, tenso, deseoso de que le presten atención, así que comienzo a acariciarle, y subo hacia su vientre perezosamente, y bajo hacia sus testículos con la misma caricia, y me dejo llevar por lo que me dictan su cuerpo y sus gemidos. Esta forma de hacer el amor, con un poco de calma y a la vez sin perder la urgencia, es algo que nunca he vivido.

—Necesito estar dentro de ti —me acaba susurrando Mateo al oído después de un rato.

Hay algo sensual en la dejadez con la que me tumbo y le doy acceso a mí, en la necesidad de mi cuerpo de ofrecerme a Mateo con confianza. Él se levanta a por un preservativo: no sé bien de dónde lo saca, pero vuelve corriendo al calor de las sábanas segundos después y nos atrapa debajo. Se tumba sobre mí; siento el peso de su cuerpo, la urgencia de su erección acariciando la sensible piel entre mis muslos mientras me recorre con sus besos, y se detiene en mis pechos y los amasa con dulzura, y me penetra poco a poco, con una calma que me desespera, y me excita, porque yo vuelvo a estar de nuevo excitada y ni siquiera me he dado cuenta de cómo ha sido. Y en esos segundos mientras me voy acostumbrando al placer de sentirlo moverse dentro de mí, él mete la mano entre los dos y comienza a acariciarme el clítoris con el pulgar. Y todo se convierte en lava líquida, en placer, puro placer que recorre su piel expuesta con la yema de los dedos, que se agarra a sus músculos, su espalda, sus brazos, que le escucha gemir sobre mi boca, buscándola para besarme mientras se corre finalmente, casi a la vez que yo.

Y ese instante de después, justo después. Igual que en su casa, se echa sobre la cama pero me arrastra hacia él, con la necesidad aún de sentir mi piel sobre la suya. Y yo no soy menos. Este hombre me fascina. Le acaricio la cara, le miro a los ojos y le beso la nariz.

—¿Estás bien? —le pregunto, medio en broma. Mateo abre los ojos y me mira de un modo que, estoy segura, no me ha mirado nunca nadie.

—Me parece que sí —sonríe, medio en broma. Y me atrapa. Me atrapa entre sus grandes brazos, contra su pecho, casi impidiéndome que me mueva.

Tranquilo, no me voy a mover de aquí.

31

Julia

Durante toda mi vida crecí creyendo que el mundo era un lugar hostil; que la vida nunca me iba a dar una oportunidad que yo no tuviera que pelear hasta dejarme la piel. Y, sin embargo, sentados ahora en un café Mateo y yo, con Francesco aquí delante, partidos de risa, no puedo dejar de pensar que últimamente la vida me ha dado un respiro.

Qué sencillo es estar con ellos.

Y la punzada de miedo aparece. La acallo. La encierro en un lugar profundo del que me encargaré más tarde, o al menos lo intento. Ahora tengo cosas que hacer.

Por fin, después de unos días de negociarlo, Mateo aceptó que quedáramos con Francesco fuera del trabajo y le contáramos que estamos... saliendo. O algo así. Lo que sea. Convocó a Francesco inocentemente en un café donde suelen quedar ellos dos, y cuando he aparecido yo también a su lado... Francesco se ha quedado callado unos segundos, nos ha mirado: a Mateo, a mí, a Mateo otra vez... y de repente le ha brotado una sonrisa fantástica en la cara, se ha puesto de pie y nos ha gritado allí delante de todo el mundo:

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —apunta a Mateo con el dedo y baja la voz, aunque a Francesco le da absolutamente igual llamar la atención del local, o de la ciudad entera, la verdad—. Lo sabía. Mi plan funcionó.

Mateo se queda desubicado.

—¿Qué plan? —pregunta con cara de susto.

Yo los observo sin entender nada.

—Yo sabía que vosotros dos os gustabais y no ibais a hacer nada al respecto si yo no intervenía.

¿¡Qué!? Al instante Mateo y yo empezamos a hablarle a la vez a Francesco, quejándonos.

—… no puedes ser tan cabrón…

—… pero qué plan, no ha habido ningún plan…

—… meterte así en la vida de la gente, un día vas a tener problemas…

Pero a Francesco le da igual. No necesitamos decirle nada más. Antes de sentarse, le da un abrazo a Mateo y luego y se acerca a mí, me achucha (que no me abraza) y me planta un beso en la mejilla.

—Me vas a permitir que yo siga dándole besos a tu novia —le suelta a Mateo.

Y yo me quedo en blanco.

Miro de reojo a Mateo, y solo le veo reírse de la ocurrencia. ¿En serio? ¿Y no lo desmiente? Yo estoy un poco en pánico. ¿Cuánto llevamos viéndonos, una semana? Quince días, algo más desde aquel primer beso caótico en la fiesta de su madre. Unos días maravillosos de quedar casi siempre después del trabajo, en su casa o en la mía, de aprendernos uno al otro, de hacer el amor con curiosidad, descubriéndonos aún el cuerpo, las ganas, de mandarnos mensajes de buenos días y de buenas noches… De conversar hasta hartarnos. Pero… ¿su novia? No hemos hablado de eso. No sé si estoy preparada.

Y, sin embargo, a Mateo parece encajarle bien. No se queja, no se pone incómodo. Lo da por hecho y sigue con la conversación.

Mientras nos sentamos, y pedimos, y Francesco nos lleva queramos o no por uno de sus viajes conversacionales habituales, se me va un poco la mente a esa duda que se ha quedado flotando en el aire. Francesco nos cuenta que al principio él se hizo amigo de mí porque pensaba que era una secuaz que Eugenia había dejado de espía antes de marcharse a Alemania. Luego se dio cuenta de que le caía bien, y luego se dio cuenta de que yo le gustaba a Mateo. Y pensó que yo tenía que ser buena para Mateo. Y dice que era obvio que a mí él me gustaba.

¿Era obvio? Me ve la cara de pavor e interviene.

—Quiero decir… —se excusa—, no hablabas mal de él, como hacen el resto de empleados.

—A ver, tampoco hablo mal de Eugenia, y eso no quiere decir que me guste… —me excuso.

—¿Eso quiere decir que no te gusto? —me pregunta Mateo con una sonrisa pícara en los labios desde el otro lado de la mesa.

—No, nada, absolutamente nada —bromeo, y se lo digo con esa mirada que los dos compartimos—. Por eso te he dejado hacerme todas esas guarrerías estos últimos días…

—Oh, interesante… —se ríe Francesco. Y Mateo me responde con otra risita—. Así que el sexo bien, ¿no?

Entonces pasamos a otro intercambio caótico en que le decimos a Francesco que es un fresco y que no nos vamos a poner a hablar de sexo en público con él, que qué preguntas son esas.

Y se lo digo mientras me viene a la cabeza la imagen de Mateo entre mis muslos, mordiendo y lamiendo la sensible piel de mi sexo, y Mateo tumbado bocarriba en la cama, en todo su esplendor, cálido y cansado después de un orgasmo, con esa sonrisa que se le queda y esa necesidad de tocarme, de tenerme cerca…

Bueno, Julia, vuelve. Puede ser que los últimos días hayan sido de los más… estimulantes… de toda tu vida. Sí. Desde luego. Pero hay que volver a la conversación.

Me sorprende que Francesco se lo haya tomado tan bien, pero, si lo pienso, es verdad que suena muchísimo a Francesco intentar engañarnos para que nos diésemos cuenta de que nos gustábamos. A ver: yo ya sabía que Mateo me gustaba. Mucho. Se lo dije. Me impresionó desde la primera vez que le vi, cuando coincidimos en el ascensor. Y también me ha dado tiempo a hablar con él del pánico que me generaba ese sentimiento, y me sorprende la paciencia y el cariño con el que él siempre me escucha y no me juzga. Mateo entiende que mi vida ha sido difícil. Sigue sorprendido, asqueado y enfadado cada vez que se acuerda de quién es mi padre y del modo que se desentendió de mi madre y de mí. Sigue sufriendo con cada pequeño detalle que a veces se me escapa de las penurias que viví de pequeña. Hay muchas cosas que ni cuento, ni contaré, porque bastante tengo con las pesadillas y los recuerdos, con tener que luchar en mi cuerpo con la sensación permanente de inseguridad que se me quedó dentro. Y, sin embargo, reconozco que algo ha

cambiado. Yo nunca había tenido una relación así. No es solamente acostarte con alguien… me siento escuchada.

Reconozco que lo nuestro no es solo sexo. Lo es, desde luego: y me encanta. Pero también son los abrazos, los besos rápidos que me da. Sus manos acariciando mis hombros, mis mejillas, el dorso de mi mano, mis dedos, en cualquier momento. Un día se le escapará delante de otra gente, porque le encanta tocarme. Tengo la sensación de que ni siquiera Mateo era consciente de que él era de los que tocan y besan, que necesitan ese contacto físico permanente.

Me gustan sus labios. Me gusta hacer el amor con él. Pero… madre mía, lo que me gustan esos toques furtivos, esa necesidad de tenerme cerca.

De eso no le hablo a Francesco: solo faltaría. A Francesco no hay que darle nunca más munición. Pero qué bien me sienta haber podido llegar a un acuerdo con Mateo para contárselo. Qué bien me sienta poder volver a quedar con mi amigo Francesco a tomar algo, a reírnos: qué bien sienta compartir este rato con Mateo, que no me deja de rozar la mano, que me rodea los hombros, me acaricia descuidadamente la nuca mientras hablamos. Qué bonita es la vida así, a pesar de todos los problemas que vienen por delante, y las dudas, y las preguntas de si durará, de cuánto durará, de si podrá durar.

Las dudas que almacena mi mente traumada, acostumbrada al hachazo, y no a la caricia.

Pero hoy lo dejo pasar. El café está bueno. El dulce de chocolate que comparto con Mateo sabe a gloria. Hoy puedo ignorar la sensación permanente de que yo no tengo derecho a que me pasen cosas buenas, que siempre viene alguien y me lo quita.

32

Mateo

Estoy asquerosamente feliz. Me lo noto yo y lo está notando toda la oficina, a mi pesar, y también mi familia; al menos mi madre y mi hermana, que no dejan de decirme lo feliz que se me ve. Todavía no hemos quedado con ellas: los dos, como pareja. No es el momento aún de presentarle a mi familia, lo veo en los ojos de precaución de Julia cuando sale el tema. Sin embargo, ella sí me ha presentado a su «familia», al menos la más importante: a sus vecinas. Aunque eso fue un poco sin querer. Esas dos señoras, sus abuelas del alma, se meten en todas partes y nos pillaron el primer día que fui a casa de Julia, cuando ella fue a pedirles un jarrón. Tuvo que confesar que era para unas flores. La hicieron confesar que se las había regalado yo y obligaron a Julia a hacer que me presentara en su puerta, «al menos para saludar», aunque lo que sufrí no fue precisamente un saludo, sino una retahíla de preguntas y de comentarios un poco subidos de tono con respecto a lo lozano que se me ve y que más valía que tratase bien a su niña. Si pretendían atemorizarme, lo consiguieron. Esas dos señoras son un peligro, pero también es cierto que protegen a Julia con ferocidad (lo cual me tranquiliza mucho). Julia se reía y me pedía perdón, pero a mí no me importó. Sin embargo, sé que para Julia son pasos importantes, y no quiero jugármela. Prefiero ir despacio. Prefiero llegar lejos. Es la primera vez en mi vida que me siento así con alguien.

Llevo unos días, además, que cuando estoy concentrado de repente me doy cuenta de que me he puesto a tararear *True Love Will Find You in the End* sin querer, en la versión de Wilco que Carmen ponía en bucle cuando se divorció. Decía que cantarla, a pesar de todo, le hacía no perder la esperanza en aquel momento tan duro. Ella la cantaba cuando estaba triste, y yo la canto ahora que estoy alegre.

Vamos Julia y yo en el coche, ya fuera de la oficina, en uno de esos momentos de cómodo silencio que surgen de manera natural entre los dos cuando no tenemos que actuar como jefe y asistente; vamos

de camino a un restaurante, una cita tranquila, un rato los dos juntos, y de repente estoy cantando la canción. Julia me mira con una sonrisa y me pregunta qué es. Durante unos segundos pretendo disimular porque creo que nadie me ha escuchado cantar *nunca* y no sé cómo reaccionar. Me rio nervioso y se lo cuento, pero ella no se burla. Me dice, en cambio, que nunca ha escuchado al grupo y acto seguido los busca en su móvil y se conecta a la radio del coche. Le digo que es uno de los grupos favoritos de mi hermana, y mío también; le hablo de cuando Carmen se divorció, y se siente extraño compartir esto con alguien. Ella actúa con naturalidad, feliz de compartir ese momento conmigo: soy yo el que se siente raro. Me siento un poco hechizado. Van sonando sus canciones más conocidas mientras llegamos al destino y busco aparcamiento cerca del restaurante. Julia luego me pregunta si los he visto alguna vez en concierto, qué canciones me gustan más… y mientras vamos caminando por la calle cogidos de la mano, entramos juntos al restaurante, nos sentamos, pedimos. Ella me habla de sus grupos favoritos, pero admite con vergüenza y una sonrisa pícara que lo suyo más intenso fue una fase exageradamente fan de los Back Street Boys. Y nos reímos. Mucho. Ni siquiera le podemos echar la culpa al alcohol, porque no estamos bebiendo. Solo es que estamos cómodos cuando estamos juntos. Me acaricia con su pierna debajo de la mesa, casi sin darse cuenta. Yo le hago círculos con el pulgar en su mano y en su brazo, porque su piel es una de las cosas más adictivas del mundo.

Yo nunca he tenido una relación así, en la que además de salir a sitios realmente *hacemos* cosas juntos, y también hablamos hasta hartarnos, y nos conocemos, y nos reímos, y surgen bromas internas. Hemos visto películas y series, hemos hablado de libros, nos hemos propuesto (los dos) que tendríamos que hacer más ejercicio.

A pesar de que se la he presentado oficialmente, sí que he hablado con Carmen: es imposible no hacerlo. Hablamos como mínimo un par de veces a la semana, y desde el principio ni siquiera he intentado disimular. Se me notaba ya el primer día, nada más besarla furtivamente en mi casa después de la fiesta sorpresa de mamá. Pero… ¿desde cuándo estamos saliendo? No sé si contar desde ese día, o varios más tarde, cuando quedó conmigo en el café para cortar de raíz todo y en cambio acabamos en mi casa. A veces me cuesta

entenderla, pero, por lo que me va contando de su vida… no juzgo sus contradicciones. Yo también tengo las mías, y mis fallos. Yo nunca había tenido una relación así, seria, profunda, y eso me avergüenza un poco. Lo mío ha sido más dejarse llevar por lo superficial, lo de Julia… Madre mía, a veces me cuenta sin querer cosas de su infancia, de la ausencia del cabrón de su padre, de los problemas con su madre, y se me cae el alma a los pies. Julia no solo me gusta: la admiro. Admiro su valentía, su fortaleza, su perseverancia.

Y, como Carmen me dice cada vez que hablamos, cada vez que irremediablemente sale Julia en la conversación, debería empezar a admitir que no solo me gusta, sino que estoy enamorado de ella. O, como dice mi hermana, que cuando más la conozco más me enamoro. Lo pienso ahora que la veo tararear de mala manera una canción de los Back Street Boys en mitad de la calle, entre risas, mientras volvemos al coche a la salida del restaurante. Estamos empachados de comer, pero aún nos apetece algo más dulce. Pensamos en coger un helado antes de ir a casa. Paramos en un paso de cebra, esperando el verde, y la acerco a mí. La aprieto entre mis brazos y le beso el pelo, las mejillas, y bajo hasta sus labios, que son puro caramelo. La forma en la que Julia cede ante mí, se deja querer, me fascina. Me gustaba la Julia inteligente y divertida de la oficina. Me atraía mucho físicamente. Pero aquí, entre sus labios, robándole tiempo al semáforo, reconozco que esta otra Julia que juega, se ríe, que me pellizca el trasero y me llama «macizo» cuando pasa desprevenidamente junto a mí y no nos ve nadie… me hace sentir que he llegado a mi destino.

Esta noche vamos a mi casa. Mañana tenemos que levantarnos pronto para ir al trabajo. Al llegar, tonteamos en el sofá, quitándonos los abrigos, los zapatos… ella juguetea con los botones de mi camisa y me los va desabrochando de a poco. Me susurra en el oído lo muchísimo que le gusto, y eso… me enciende. Me hace reír. Me dice que, si pudiera, me tendría todo el día desnudo, solo para disfrutarme. Le tomo la palabra y giro las tornas. Ahora comienzo yo a desnudarla a ella, mientras se ríe y echa la cabeza hacia atrás, dándome acceso a su cuello, sus hombros, sus pechos. La risa se convierte en gemido cuando le quito el sujetador y se siente expuesta.

—Ah… así que vamos en serio con esto, ¿no? —dice, juguetona.

Se pone de pie, se quita el resto de la ropa delante de mí con un poco de rubor y se acerca a besarme en los labios mientras yo me queda fascinado una vez más por su cuerpo desnudo, por el movimiento de sus caderas y sus piernas, robustas y perfectas. Antes de que pueda reaccionar me ha cogido de la mano y me levanta del sofá. Me guía por el pasillo hasta mi habitación. Yo he aprovechado el momento para quitarme el resto de la ropa y me acerco a ella desde detrás. Comienzo a besarle la nuca y los hombros, y ya sé que esa es una zona especialmente sensible en ella. Noto cómo se le eriza la piel y yo me excito en ese mismo instante, al escucharla gemir, dejándose caer en la sensación. Me pego a ella: mi piel, mi erección entre sus muslos, y mientras comienzo a acariciar sus sensibles pezones y bajo la mano hasta el monte de venus. Y entonces lo siento, cómo se deja llevar por el placer. Lleva las manos atrás, hasta donde llega, y se agarra a mis caderas, hincando los dedos, pegándome a ella, haciendo que mi erección roce con más intensidad sobre la suave piel de sus piernas y la dulce curva de su trasero. A pesar de la calefacción, el frío de estar así expuesta hace que sus pezones se endurezcan y yo ahí pierdo la cordura y la capacidad de contenerme: solo quiero lamerlos, comérmelos como si fuera un majar. Con una mano acaricio y pellizco uno de ellos hasta que Julia comienza a gemir, y con la otra mano me meto entre sus piernas y, a pesar del estrecho espacio, busco el clítoris y lo acaricio. Y entonces lo noto, la oleada de puro placer que le recorre el cuerpo, lacio sobre mí, dejándose querer, mimar, descubrir.

—Me tiemblan las piernas… —me susurra.

Entonces yo me aparto, me tumbo sobre la cama y me ofrezco a ella. Me ofrezco entero para que haga conmigo lo que quiera. Con ella he descubierto que es algo fascinante, y que pocas cosas me excitan más. Entre los dos sacamos un preservativo y me lo pongo. Y ella toma el mando: chupa, lame, muerde, se entretiene en rincones de mi cuerpo que no me acordaba que tenía. Y luego se sienta a horcajadas encima de mí y va entrando poco a poco en mi cuerpo, montando mi miembro desinhibida. Otros días hay más cariño cuando hacemos el amor, pero ahora mismo nos dejamos llevar por la intensidad y el puro deseo. Se agarra a mi carne, a mi piel, con

ansias, mientras mueve las caderas hasta que encontramos el ritmo, cada vez más salvaje, que nos hace gemir a los dos. Bajo las manos y le sujeto las caderas, clavando los dedos en la zona alta de sus muslos, sintiendo en mí todos sus movimientos. Y la cosa sube, y sube, hasta que cae rendida encima de mí, agotada, llena de placer. Y es mi turno. Hasta ahora me he contenido un poco, para aguantar lo suficiente, porque, si soy sincero, ojalá esta sensación de placer tan absoluta durara para siempre, aunque me matase. Ojalá algún día morir aquí, mientras los pechos de Julia tiemblan y saltan con cada embestida, mientras ella se pierde en el placer que le provoco. Pero, por mucho que yo quiera, tampoco puedo durar eternamente, y me corro casi por sorpresa, casi pidiendo perdón por tener que ir terminando este momento mágico.

Julia se tumba a mi lado y nos tapamos con las sábanas, recuperando el aliento. Y al cabo de unos segundos, la oigo reír.

—¿Me has pedido perdón por correrte? —me dice.

—Ya, lo siento, estaba demasiado a gusto y no me he dado cuenta.

Se incorpora y me mira a los ojos, divertida.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No —me defiendo con una sonrisa, o lo intento—. De verdad que quería aguantar más…

—¿Más? ¿Quieres matarme o algo?

No puedo evitar reírme. No puedo evitar besar sus labios, cálidos y sensibles, apretarla contra mí y no dejarla escapar.

—Te quiero —le digo poco después, rompiendo el silencio del cuarto. Se me escapa, sí, pero lo digo completamente en serio. Y aguanto un poco la respiración, a ver qué ocurre.

—Yo también te quiero, cariño —me dice ella, haciéndose un hueco en mi cuello, abrazada a mi piel. Le ha salido completamente natural, como un ronroneo de placer. Creo que no se ha dado cuenta de que es la primera vez que nos lo decimos.

33

Julia

Es una verdad universal que a todo el mundo le suceden cosas malas. Por ejemplo, creo que hoy nadie en esta oficina ha podido tener un buen día. Pero, sinceramente, creo que tengo razón en quejarme de que, para mí, no hay manera de recuperar esto. Y no solamente es porque a mí, en particular, me cuesta muchísimo gestionar lo malo que me ocurre, que en seguida me agobio, me hundo en los malos recuerdos y en las emociones enquistadas que me dejaron los viejos momentos de pánico. Y lo que es malo se vuelve peor en mi cabeza, y lo difícil se vuelve imposible. Vale, yo a veces exagero.

Pero hoy, no.

Hoy ha cambiado todo, de repente, a lo bruto. Se me ha arrojado a una realidad para la que no me siento preparada.

Hoy he llegado con Mateo a la oficina. Había sido una noche de estas que vienen siendo habituales, durmiendo abrazados en su cama maravillosa. Y cuando hemos llegado al edificio nos hemos separado, como siempre. Iba a ser un día normal.

Sin embargo, no me encontraba bien; algo que no sabría describir. Era algo físico. Llevo unos días sintiéndome un poco más cansada de lo habitual, pero le he quitado importancia pensando que Mateo y yo llevamos unas semanas en esta pasión y no estoy acostumbrada a hacer tanto ejercicio, sinceramente. No ha habido demasiado tiempo para dormir, tampoco.

Y entonces aparece: una notificación del icono rosa de la aplicación con la que llevo la cuenta de mi periodo. Lo tengo configurado para que me vaya contando por dónde voy. Y ahora mismo me ha dicho que si estoy bien, que tengo un retraso de dos días.

Un retraso.

Me falta el aire. Me levanto como un resorte y voy al baño. Casi corro. ¿Cómo es posible? Me niego siquiera a articularlo. No, no ha

habido ninguna ocasión en la que Mateo y yo no hayamos usado protección… o eso creo. Pero sé que no es infalible, yo también di clases de educación sexual en el instituto. El estómago me da un vuelco. El sudor frío llega. Me siento en el retrete y lo compruebo: nada, no. Hay una parte de mi cerebro que intenta mantenerme en calma, y otra parte que está gritando, completamente en pánico. Me grita que soy imbécil, que he cometido el mismo error que mi madre, el mismo que me juré a mí misma desde la adolescencia no cometer… Me grita que Mateo me va a dejar sola y que me acabo de arruinar la vida. No me permite razonar que, por muy regular que yo sea, los retrasos son normales. No me permite mirar las cosas con perspectiva. Siento el fuego del terror recorriéndome las venas, y es una sensación familiar para mí, por desgracia. Algo que no le desearía ni a mi peor enemigo.

A duras penas consigo recuperar el aliento, disimular el ataque de pánico y salir del cuarto de baño. Y, cuando salgo, hay algo muy diferente en el espacio común, en la planta entera. Hay mucho más movimiento, gente que normalmente está sentada ahora va de un lado para otro. Se escuchan portazos. No entiendo nada y voy a mi mesa, junto al despacho de Mateo. Siento el vuelco en el estómago. Mateo ni siquiera está dentro y su puerta está abierta. Paso un momento para comprobarlo, extrañada: no suele salir sin avisarme. Y Patricia tampoco está en la mesa de al lado.

Entonces lo veo.

Encima de su mesa, siempre tan ordenada, como todo él, hay algo fuera de lugar. Hay un sobre de color marrón y unas fotografías medio salidas. No puedo evitarlo: me acerco, las miro y… siento un dolor en el pecho, una punzada. Somos Mateo y yo: paseando de la mano por la calle, robándonos un beso en la puerta de mi casa. ¿Quién ha sido el cabrón?

¿Qué quieren conseguir con esto?

¿Por qué Mateo no me ha dicho nada y lo deja aquí, a la vista de todos?

Guardo las fotos de mala manera en uno de los cajones de su escritorio… ni siquiera sé por qué, y salgo en busca de respuestas. Pero en vez de respuestas, me encuentro con otra cosa, con la razón

por la cual la oficina está patas arriba y en la planta se siente un pánico mudo que lo atraviesa todo.

—Hola, Julia.

Eugenia aparece por mi derecha y me pilla totalmente desprevenida. Me sonríe con una expresión salvaje, agresiva. Está impecablemente vestida y camina con seguridad. No me gusta nada esto. Nada.

—Hola, Eugenia —le respondo, reponiéndome y disimulando—. No me habías dicho que venías.

Eugenia, que me escribe entre ocho y diez correos electrónicos todos los días preguntándome las cosas más nimias, no me ha dicho que estaba viajando desde Alemania. No entiendo nada.

—Sí, lo sé. En cuanto puedas ven a mi oficina —me ordena. Me da la espalda sin decir nada más y se va.

Algo va mal, y lo sé, pero en vez de asustarme, según siento una náusea en el centro de mi estómago que me vuelve a desatar la ola de pánico, hay algo que cambia en mí: no me gusta cómo me ha mirado Eugenia. No me gusta su superioridad, el desprecio latente que había en sus palabras. Esto es nuevo y no, no me gusta nada.

34

Julia

Por fin he visto a Mateo. Ha entrado en su despacho sin mirarme siquiera y ha vuelto a salir instantes después pegando un portazo… a su propia puerta. Le miro pasar, intento llamar su atención delicadamente, pero es imposible.

No entiendo qué está ocurriendo, pero cada vez me siento peor. Y, sinceramente, soy incapaz de seguir trabajando. Quería haber ido a ver a Eugenia, pero lo he dejado hasta haber respondido unos correos, creyendo que así me daría tiempo a calmarme, pero la *no* respuesta de Mateo me pone aún más nerviosa. Soy incapaz de pensar con claridad. Mi cerebro ahora mismo es una de esas bolas locas que rebotan donde quieren, sin ningún sentido. Estoy en pánico y me temo que no se me va a pasar rápido, y lo noto en los hombros rígidos, en las piernas bloqueadas, en el temblor que me amenaza las manos… Y las náuseas no ayudan. Me tengo que recordar que antes, más de una vez, he sentido náuseas cuando tengo un ataque de ansiedad. Pero en mi cerebro en alerta roja ese razonamiento ni calma ni traspasa. Solo pienso en bajar a por una prueba de embarazo e irme a esconder a casa, porque si se confirma la peor de mis sospechas…

¿Cómo voy a tener un hijo con ese hombre que acaba de pasar por delante de mí en uno de los peores días de mi vida ignorándome completamente?

Las penas se me acumulan y las siento en el pecho. Se me hace una bola enorme en la garganta que amenaza con romper en lágrimas. Siento la necesidad de gritar. Y entonces Eugenia abre la puerta de su despacho, me busca con la mirada por la sala y me grita:

—¡Julia! Te dije que vinieras.

Mateo aprovecha ese momento para salir del despacho de Eugenia, iracundo. Pero lo peor es lo que ocurre cuando nuestras miradas se cruzan, esos breves segundos mientras reacciono y me pongo en pie:

la mirada de Mateo es dura, implacable. No hay nada del amor ni de los mimos de esta mañana, ni de anoche. Parece un hombre completamente diferente.

¿Cómo? ¿Por qué?

No entiendo nada. ¿Estaré interpretando algo mal?

Y, si acaso las cosas no pudieran ir a peor, mi móvil comienza a vibrar encima de la mesa y veo una llamada entrante de mi madre.

—Qué cojones… —susurro para mí, con los nervios a flor de piel, mientras le rechazo violentamente la llamada y ni siquiera me molesto en mandarle un mensaje y suavizarla, como sé que debería hacer para no tener que aguantarla luego aún peor. Sabe que es mi jornada laboral, ¿qué está haciendo?

Me levanto y voy al despacho de Eugenia. Y estoy pensando en ponerme mi disfraz de buena asistente, preguntarle por Alemania, por la vuelta… pero cuando traspaso la puerta y me dice que la cierre y me siente, ya sé que algo va mal. Ella está de pie, intimidante, de brazos cruzados junto a la ventana.

No dice nada. Toma un manojo de papeles de un rincón de su mesa y me los arroja delante de mí con desprecio.

Y me observa. Son unas copias de las mismas fotos que había en la mesa de Mateo.

Miro las fotos, la miro a ella, y el instinto me dice que está intentando provocarme.

—Dime —respondo yo, con un tono que no disimula que no voy a dejarme manipular. Soy perro viejo en esto.

—Las fotos —insiste ella.

—Sí —respondo con calma, dejándolas a un lado de la mesa, disimulando el temblor que amenaza por salir.

—Debería darte vergüenza.

No respondo. La miro a los ojos, porque si ella sabe ser desafiante, yo también. Y de repente toda esta situación me parece tan triste, tan injusta, que la ira surge del centro de mi cuerpo y comienza a expandirse por toda mi carne.

—Estas fotos —insiste Eugenia, señalándolas con sus dedos de uñas de una manicura cara e impecable— me demuestran que no eres más que una furcia que ha aprovechado la primera ocasión para bajarse las bragas.

—Estas fotos no demuestran nada —respondo yo—, y mucho menos eso. Pero, en cualquier caso, a ti te debería dar igual.

—A mí no me da igual lo que pase en mi empresa y con mis empleados —salta.

—Si esto —señalo las fotos, quitándoles importancia, a pesar de que ahora mismo soy un manojo de nervios y tan solo verlas me duele—, es algo privado, que pasa entre dos personas adultas y no afecta en absoluto a mi trabajo, ¿qué pretendes insinuar?

—No me esperaba esto de ti. Cuando te contraté pensé que eras diferente.

Entrecierro los ojos y, con todo el descaro, saco mi móvil del bolsillo, lo pongo encima de la mesa, lo desbloqueo y comienzo a grabar la conversación, ahí, delante de sus narices.

—Perdona, Eugenia, ¿lo puedes repetir? Quiero que quede constancia de lo que me estás diciendo.

Yo pensaba que eso sería suficiente para intimidarla, pero no: Eugenia nunca deja de sorprenderte. Con toda la calma se cruza de brazos, mirándome como si fuera una madre que me echa una bronca. Como si tuviera permiso para tratarme con esa superioridad.

—Yo te di esta oportunidad. Me engañaste. Nunca pensé que una mosquita muerta como tú quisiera un empleo en mi empresa para buscar un amante rico. Me has decepcionado. Eres una simple furcia, una fresca sin ningún tipo de moral.

No reacciono. Cuando hablo, lo hago con la voz muy calmada, muy diferente a ella.

—Eugenia, ¿qué más te da a ti que yo esté saliendo con Mateo?

—Eso es lo de menos —se va por la tangente—. El problema es que me has defraudado, y yo no paso jamás eso por alto. Aquí se valora la lealtad.

—Mira —le corto—. Lo primero: he venido pronto y me he ido tarde, he respondido a todos tus correos, todas tus peticiones de informes, todas las tareas. Siempre a tiempo. Siempre sin quejarme. Con quien yo salga te tiene que dar absolutamente igual, a ti y a esta empresa. Lo segundo, ¿tú con qué derecho te crees para hacerme seguir en mi tiempo libre y espiarme mi vida privada?

¿De dónde ha salido esta voz interior? La miro con furia, pero por dentro estoy temblando. Entonces Eugenia, que siente que no está ganando, que sabe que no me da miedo, levanta la voz.

—¡No me da igual porque no eres más que una buscona! Una traidora. Has aprovechado que me iba para hacer aquí tu harén de hombres y aprovecharte de mi empresa, de mis empleados. Sé que también te andas viendo con Francesco. Y he tenido que ser yo la que le abra los ojos a Mateo y le diga la verdad de lo asquerosa y manipuladora que eres.

Parpadeo fuerte.

—No sabes ni lo que estás diciendo —le respondo.

Me pongo de pie y cojo mi móvil. Iba a dejar las fotos donde las ha dejado ella, sin tocarlas siquiera, pero me lo pienso mejor y las cojo. Las náuseas me pueden porque nunca me he enfrentado a nadie de este modo, y mucho menos a una jefa. Sé que me la estoy jugando. Sé que ahora mismo todo se ha ido a la mierda, todo: mi vida personal, mi vida laboral, el clavo ardiendo al que estaba agarrada para mantenerme serena. Y eso, en vez de deprimirme, ahora mismo hace que el fuego interior cobre más fuerza.

—Mira, me las llevo, por si al final te tengo que denunciar por lo que acabas de decir. Y lo que voy a hacer hoy es tomarme el resto del día libre, porque me encuentro mal —le digo—. Y mañana voy a volver y si quieres me pides disculpas.

—No te molestes, Julia… —vuelve a asumir esa pose de superioridad que, ahora lo sé, es todo fachada. Eugenia es un edificio en ruinas por dentro, con el alma podrida—. No cuentes con que vas a volver mañana. Yo no perdono estos errores.

Pretende que esa sea la última palabra, pero la ira, esta ira maravillosa que surge dentro de mí sin saber por qué, responde:

—Pues si me despides vas a tener que explicarle a un juez qué clase de errores he cometido, según tú. Va a ser entretenido.

Y soy yo, ¡yo! La que coge el pomo de la puerta y se marcha de su despacho lo más rápido posible.

Tomo aire segundos después, de camino a mi mesa. ¿Qué has hecho, Julia? ¡Qué has hecho! Pero no tengo miedo… no del todo. Siento la frustración de esta injusticia absoluta, y me siento tan sobrepasada que aprovecho el impulso.

Mientras recojo las cosas de mi mesa no encuentro a Mateo por ningún sitio. Le mando un mensaje y le digo que me voy a ir a casa, pero me deja en visto. En ese momento veo a Eugenia salir hecha una furia de su oficina, acercarse al tablón de anuncios que hay al lado de la sala común, donde comemos, y colgar allí una de las fotos donde salimos Mateo y yo besándonos. Me mira con desafío y una sonrisa cruel, me da la espalda y vuelve a su salón del trono.

Los cotilleos en la sala común son inmediatos: las voces, las miradas de odio y de desprecio, de asombro de algunos… Gema, Patricia, todas ellas aparecen y me miran con cara de incredulidad. Como si yo fuera la primera que se ha liado con alguno de los jefes, vaya. Lo que hasta hace unos días me parecía impensable que se supiera por la vergüenza, ahora enardece la furia y la alimenta. Pero no voy a decir nada. Cojo mis cosas, las guardo en mi bolso, el abrigo, y me largo de aquí.

La poca dignidad que me queda espero que, por lo menos, me dure hasta que llegue el ascensor.

35

Julia

Las lágrimas casi se escapan. Casi salen mientras cruzaba el vestíbulo de salida del edificio, muy consciente de que lo más probable es que Eugenia me despida: de forma completamente injusta, porque yo no he hecho nada malo. Pero ella tiene el poder de arruinarme la vida, esa es la realidad.

Y no lloro, sorprendentemente. Algo me mantiene en pie. A punto de bajar a la estación de metro, mi móvil vibra de nuevo y veo la quinta llamada perdida de mi madre. Vale, lo entiendo, debe ser algo urgente. Alguna tontería suya, que se habrá quedado sin trabajo, que se habrá peleado con alguien… Me muerdo los carrillos por dentro de la boca, intentando tomar fuerzas. De alguna manera, mi madre siempre consigue los peores momentos para mí se den la vuelta y se conviertan en algo en donde ella tiene que ser la protagonista. Y lo que hace que casi explote ahí mismo, aunque no quiera, es la convicción de que ni siquiera puedo intentar buscar consuelo en ella de lo que me está pasando. En mi madre no habrá una palabra de compasión. No merece la pena ni siquiera contárselo.

Si le contara lo que acabo de pasar, seguramente me diría que no hiciera una montaña de un grano de arena, y se pondría a hablar de los problemas «de verdad» que tiene ella. Todas nuestras conversaciones, desde niña, fueron así.

Pero hoy… hoy no me veo con fuerzas. Ahora la ira está amainando y da paso a una de las mayores flojeras que he sentido en mi vida. Creo que me podría desmayar en cualquier momento. Y lo peor es que me invade una sensación vieja y rancia de que estoy sola.

Estoy sola, no le importo a nadie.

No, Julia, no. No vayas por ahí. Sabes que no es verdad.

Vuelve a sonar el móvil. Vuelve a ser mi madre. Y esta vez sí que contesto, muy a pesar.

—Julia —me dice. Su voz suena a mil por hora—. ¿Has visto las noticias? ¿Lo sabes?

—¿Que si sé el qué?

—Tu padre —me dice, temblándole la voz, y se echa a llorar.

Tomo aire. No es mi padre. Es un tipo que me engendró. Pero eso no se lo digo. Pongo el altavoz y me separo del teléfono. Mientras mi madre comienza a balbucear al otro lado entre sollozos, incapaz de decir mucho más, el buscador del móvil me confirma, para mi incredulidad, de Gabriel Roselló acaba de fallecer. Algo del corazón. Ha sido esta noche. Lo primero que se me viene a la cabeza es que ojalá haya muerto solo, e inmediatamente después, a pesar del impacto de la noticia, de que me tengo que apoyar en la barandilla que tengo detrás, de que de repente observo el mundo como si fuera una película que pasa delante de mis ojos… siento alivio. Por fin se murió. Pero… ¿por qué todo hoy?

No sé qué decir. Mi madre empieza una larguísima perorata en la que vuelve a repetirme todas esas cosas absurdas y sin sentido que me lleva diciendo de él desde que tengo uso de razón. Y en este momento, sin saber si yo misma estoy embarazada (y eso es algo que me está comiendo por dentro como si fuera ácido puro), la ira regresa, y esta vez contra ella.

—Mira, mamá —la corto—, estoy en horario de trabajo. Tengo que hacer unas cosas. Luego hablamos.

La escucho quejarse, molesta, pero cuelgo igual. Según ella, todo debe detenerse ahora. No tengo derecho a hacerle esto.

¿Qué coño está pasando hoy? Intento tomar aire, pero la ansiedad me lo roba. Así que hago lo único que se me ocurre, que es tomar el metro para llegar a mi casa. El viaje es una bruma, un ruido molesto de fondo. Ninguna idea concreta, solo las emociones, la devastación y el miedo tambaleándome. Cuando salgo, la luz verde del luminoso que anuncia la farmacia de la esquina me deslumbra.

Sí, es la mejor idea. Tengo que saberlo ya. El día no puede empeorar más. Es la primera vez en mi vida que entro en una farmacia a comprar una prueba de embarazo. Me tiemblan las piernas y lo

siento como un sueño. La dependienta, pobre mía, me mira con cariño cuando me cobra y antes de irme me dice: «Buena suerte».

No le respondo. No sé qué responder. No sé qué sería buena suerte ahora mismo.

La casa está fría cuando llego. Fría y oscura. Me siento tentada a tirarme en el sofá, hacerme una bola y no levantarme jamás, pero en vez de eso soy consciente de que tengo que acabar lo antes posible con la peor duda de todas. ¿Cómo voy a criar a un bebé en esta casa tan fría siempre, tan vacía? ¿Con qué ayuda? ¿Y con qué dinero, si hoy he hecho que despidan?

Julia… ¿cómo has podido ser tan idiota?

Con toda la desgana del mundo me quito el abrigo y los zapatos, temblando de pies a cabeza, mientras el resto de la casa sigue en silencio y a oscuras, incapaz de enfrentarme a esto, enciendo la luz del baño y me siento en el inodoro. Tengo la prueba de embarazo en la mano, pero cierro los ojos unos segundos, para tomar fuerzas.

Y, cuando los abro, antes de poder hacer nada más, mis braguitas están manchadas de sangre.

Ya está. Nada más. Era un retraso.

Y es entonces cuando lloro. Empiezo a temblar, me levanto, me quito la ropa y me meto debajo de la ducha, y dejo que el agua caliente arrastre el maquillaje, el dolor y los restos del día. Ahora empiezo a notar los calambres en el vientre. Empiezo a entender que el malestar y las náuseas, además de por los disgustos, ha sido porque me venía ya la regla, no por el embarazo. Yo ya sé que los síntomas del periodo y de embarazo se solapan. Y, sin embargo, mi ansiedad y mi trauma han tomado todo el control. Perfecto. Maravilloso.

Decido que no quiero saber nada más del día. Me seco el pelo con el secador, dejando que el calor me consuele un poco. Cojo el pijama más cómodo que tengo y me lo pongo sin pensar siquiera en comer algo. Conecto la manta eléctrica para el dolor de tripa, me tomo un analgésico y me meto en la cama.

Pienso en silenciar el móvil, pero entonces tomo una decisión más valiente aún: lo apago. Hasta dentro de unas horas, solo voy a cuidar

de mí. Si no le importo a nadie, al menos me importo a mí misma. Un poco. Al menos un poco.

36

Julia

Unos golpes insistentes. El timbre de la puerta. No recuerdo bien dónde estoy, porque me quedé dormida llorando a mares, deshaciéndome de toda la tensión del día. Tardo unos segundos en reaccionar y recordar que estoy en casa.

Miro el reloj de la mesilla: son las cinco de la tarde. Apenas he dormido unas horas. Tengo mal regusto en la boca del estómago, el cuerpo dolorido del periodo y la tontería encima del analgésico. Y la puerta sigue sonando.

En pijama, tal cual estoy, voy a ver qué ocurre. Me asomo por la mirilla y veo a un hombre trajeado al otro lado, impaciente.

—¿Quién es? —pregunto desconfiada.

—Hola, ¿Julia García? Necesito hablar contigo. Es un asunto urgente.

Qué cojones.

¿Tengo algo a mano para defenderme? Una nunca tiene a mano un palo o un bate de béisbol, maldita sea.

—Un momento.

Vuelvo a mi cuarto y me pongo un chándal que hay colgado detrás de la puerta. Me arreglo un poco los rizos locos, sin mucho efecto, pero no me molesto más. Al abrir la puerta, miro con desconfianza (y sin abrir del todo) a este tipo extraño, vestido con un traje de Armani y un abrigo de paño, que parece completamente desubicado en el rellano de un simple bloque de apartamentos del extrarradio.

—Dime —le digo por el pequeño hueco de la puerta.

—Creo que deberías dejarme pasar para hablar de esto, es importante.

—De momento dime qué quieres —le respondo a este tipo que así, de primeras, me parece un arrogante.

Mira a su alrededor, al rellano con luz fluorescente, a la escalera, las puertas de los vecinos de al lado. Duda, pero habla.

—Me llamo Joaquín Roselló, soy abogado, y soy el hermano de Gabriel Roselló. Supongo que habrás escuchado hoy en las noticias que falleció anoche.

—Sí.

Parece que le sorprende la sequedad de mi respuesta, pero sigue.

—Bueno… ¿seguro que no prefieres que entre? —insiste.

—No, así estamos bien.

—El caso es que… esto puede ser un poco duro de procesar —baja la voz—, pero Gabriel Roselló es tu padre biológico.

Suelta la bomba. Se calla. Espera que yo reaccione, que lo niegue, que me eche a llorar, lo que sea. Sin embargo, mi respuesta le deja aún más desubicado.

—Ya lo sé. ¿Qué pasa?

—¿Lo sabes?

—Sí.

—No… no esperaba eso.

Le veo tambalear y dudar; casi me daría pena, pero no voy a caer. Abro un poco más la puerta, sin dejarlo entrar. Bajo la luz del descansillo el tipo se parece muchísimo a su hermano, solo que muchos años más joven. Debe estar alrededor de los sesenta, por la edad de mi madre. Tiene el aspecto (y el pelo) de quien ha llevado una buena vida.

—Yo… suponía… —sigue—. Bueno, nosotros, la familia, no sabíamos qué nos íbamos a encontrar contigo. Los abogados de Gabriel quieren contactarte para cerrar todos los detalles, pero pensé que quizá era mejor venir yo antes a… ponerte en situación.

—A ver, a ver… —digo yo. Me encuentro mal, he tenido un día horrible, y lo que me dice este tipo no hace más que provocarme

preguntas—. ¿Cómo sabes dónde vivo?

—La familia lo sabe desde hace tiempo. Te teníamos… localizada, por así decirlo.

—¿Desde hace cuánto que sabéis que yo soy hija de este señor?

—Pues… desde hace bastante tiempo.

Me quedo callada, observándolo, esperando quizá una expresión de humanidad que haga que la ira que acaba de explotarme por dentro no salga de golpe.

—Así que tú eres mi tío —le digo, con toda la calma que puedo reunir. El tipo sonríe, un poco azorado.

—Así es.

—Y no se te ha ocurrido contactar conmigo hasta que se ha muerto el cabrón.

No se lo esperaba, lo veo. Intenta boquear una excusa, pero acaba dejando caer los brazos, sin respuesta.

—Es complicado —me dice.

—También fue complicada mi infancia sin un puto duro y sin que ese hombre se hiciera cargo de nada —respondo sin pensar—. Dime qué quieres.

—Eh… Bueno, Gabriel te ha dejado como heredera universal. Se hicieron hace tiempo unas pruebas de ADN…

—¿Perdona? —le interrumpo—. ¿Cómo me habéis hecho pruebas de ADN sin mi consentimiento?

Ahí se queda otra vez sin saber qué decir.

—Es una larga historia —me responde, midiendo ahora bien sus palabras, porque me parece que empieza a darse de cuenta de que no voy a ceder sin pelear.

—Sí, creo que lo es. E ilegal, también.

—El caso es que… No importa. Julia, has heredado la fortuna y el negocio de Gabriel. Esa es la verdad. Eres su única descendiente.

Lo proceso un momento antes de responder. Me lo dice como si fuera la mejor noticia del mundo.

—¿A qué te refieres?

—A que lo tienes todo a tu disposición: los bienes, las casas, y, sobre todo, la familia queremos hablar contigo para que te hagas cargo de las empresas y continúes su legado.

—¿Qué? —Siento la incredulidad como un fuego líquido que me recorre las venas y me atraviesa el cuerpo—. Yo no me voy a hacer cargo de nada.

—No, no lo entiendes… Es la oportunidad de tu vida. Te necesitamos: la familia, la empresa… ya lo verás.

—No, no, eres tú el que no lo entiende —insisto—. No voy a hacerme cargo de nada que tenga que ver con ese hombre. Mi madre y yo pasamos toda la vida intentando no caer en la pura indigencia por su culpa. Decir que éramos pobres es poco. Ninguno de vosotros estuvo ahí, con ninguno de los millones de este cabrón, ni siquiera para darnos una limosna cuando nos cortaban la luz, o nos desahuciaban por no poder pagar el alquiler. Nadie ayudó a mi madre, que me crio sola. Sola. Eres tú el que no lo entiende.

Esto no lo digo en voz alta, porque todavía me funciona un poco el filtro mental, pero, si me voy a hacer cargo de algo, va a ser de que el legado de este grandísimo hijo de perra se quede en cenizas.

Sí, me lo digo a mí misma, me lo propongo en silencio. ¿Queríais una heredera? Aquí la tenéis.

—Creo que será mejor que mañana, con más calma, en el funeral, charlemos…

—No voy a ir al funeral.

—¿Cómo?

—Yo no tengo nada que ver con ese hombre.

—Pero… Julia… De verdad, eres su hija.

—Lo sé. Pero él no ha sido nunca mi padre.

Eso deja sin saber qué responder a este hombre que, por lo visto, es mi tío. Un tío. Familia. Y ahora mismo tengo la intención de echar de mi casa a la única familia carnal que he conocido en años.

—Julia —me dice el tipo—, no cometas un error, no dejes pasar esta oportunidad.

Me alarga una tarjeta de visita con sus datos de contacto. Yo se la arranco de la mano y vuelvo a cerrar la puerta, menos una rendija.

—La próxima vez, no se te ocurra venir a mi casa. No estás invitado —le doy como única respuesta—. Y a partir de aquí vais a hablar directamente con mi abogado.

Le cierro la puerta en las narices y lo veo por la mirilla al otro lado, tratando de reaccionar a una conversación que, desde luego, sé que no salió como él tenía en su cabeza.

Tengo ganas de gritar y patalear, pero no quiero asustar a los vecinos. En vez de eso, voy a mi cuarto y, a mi pesar, enciendo el móvil. El aluvión de llamadas perdidas y mensajes es abrumador: literalmente, abrumador. Pero consigo ignorarlo todo un momento y localizar el único contacto que necesito en este instante. Marco su número y espero que me responda.

—¡Julia! —me responde al otro lado—. ¿Qué ha pasado? ¡Esto es un caos!

—Francesco, luego te cuento, pero ahora te necesito. Necesito un abogado, y es urgente.

37

Julia

Charo es la que me abre la puerta y en cuanto pongo un pie en su casa no puedo evitarlo y me echo a llorar. Yo no quiero, pero es que hoy no puedo. Francesco no podrá venir hasta esta noche, así que no quería estar allí sola, lamentándome y dejándome llevar por esta pena y esta rabia y este cúmulo sin nombre de emociones intensas y contradictorias. Les pido perdón y me echan la bronca.

—¡Ni se te ocurra pedir perdón por llorar! —me grita Manuela desde la cocina, agitando una cuchara de madera, con la que estaba removiendo algo que huele a crema de verduras.

Me hace reír.

Ella me trae una taza de café y galletas. Me dice que coma. No hay otra, tengo que comer, sobre todo cuando les confieso que no he tomado nada desde el desayuno. Esta mañana amanecí en casa de Mateo, entre sus brazos, y desayunamos juntos antes de ir al trabajo. No puede ser que siga siendo el mismo día.

—Siéntate y cuéntanos —me dice Charo. Las dos se colocan a mi lado en el sofá del comedor y de repente me siento… acogida. En casa.

No estás sola, Julia. Lo sabes. Pero el alivio y la ternura de mis chicas hace que las lágrimas broten otra vez.

Mis chicas no saben la historia completa, así que se la tengo que contar: la historia del cabrón de Gabriel Roselló, el hombre que me engendró y después me abandonó, y se acaba de morir lleno de vítores y alabanzas. Flipan muchísimo, pero no me echan en cara que lo mantuviera en secreto. Les cuento que mi jefa ha llegado a la oficina y quería humillarme (y, en parte, lo ha conseguido). Les cuento que no sé qué narices le pasa a Mateo conmigo, pero que es peor aún porque hoy me he llevado el susto de mi vida, justo hoy, porque tenía un retraso en el periodo: falsa alarma, no se preocupen.

Pero recordarlo hace que ese resorte del miedo viejo y traumático de mi vida salte y lo llene todo de tinta, como un bolígrafo que explota

en mal momento.

—Justo hoy… —les confieso—. De verdad que no puedo más.

—No hubiera pasado nada, Julia, cariño —me dice Manuela, cogiéndome de las mejillas, achuchándome y dándome un beso—. Si tú hubieras tenido un bebé, si te hubieran dejado sola con él, nos habrías tenido a nosotras para criarlo. Sé que no pasará, pero aquí estamos, corazón.

Y entonces lloro en sus brazos, porque esas palabras, ese abrazo, es sanador. Y lloro porque me acuerdo de que el abrazo de Mateo, hasta esta misma mañana, me provocaba ese mismo efecto. Y ahora no sé qué ocurre entre nosotros.

Luego les he contado la visita del tipo este que dice ser mi tío. No podían estar más indignadas, y sí, todas sospechamos que hacer una prueba de ADN en contra de la voluntad de alguien es motivo de denuncia.

—Y si vas a tener dinero, por la herencia —me dice Charo—, pues perfecto, puedes gastarte un poco en abogados y destrozarlos.

Se merecen perderlo todo. Se merecen que les pongan en evidencia. Charo ya ha sacado el hacha, está dispuesta a ir donde sea. Ya le he dicho que lo haré, pero que necesito a Francesco: suena muy rimbombante lo de «mi abogado», pero la realidad es que es el único abogado que conozco. Ni siquiera sé si él será capaz de encargarse de todo esto.

Francesco me ha dicho que vendrá en unas horas. No me ha querido contar nada más por teléfono, pero sí, parece ser que la llegada repentina de Eugenia ha venido acompañada de un drama que nadie en esa oficina se merecía. Y mucho menos yo. Después de quedar con él, no he podido evitar echar un vistazo a todas las llamadas perdidas, los mensajes. Y eran decenas: no exagero, decenas. Mi madre está decepcionada conmigo, me dice en una retahíla de mensajes, después de que no le haya vuelto a responder al teléfono. Es ella la que se siente devastada, dolorida, por la muerte de ese cabrón. No le he respondido aún, les digo a las chicas, porque seguramente hoy no sabría utilizar con ella ninguna clase de empatía ni de diplomacia.

Y Charo se enfada. Es Manuela la que se suele enfadar; verlo en Charo es curioso, y refrescante.

—¡No puede ser! ¡Mira! Con todo el respeto a tu madre —me dice—… ¡o sin respeto!, déjamela a mí que yo hablo con ella y le digo un par de verdades. ¿Quién se cree que es? ¿No se le ha ocurrido preguntarle primero a su hija cómo se siente, qué le ha ocurrido, qué tal su día? No, no, no… impresentable esa señora, ¡impresentable!

No, no voy a dejar que Charo hable con mi madre. No quiero ni imaginar qué saldría de ahí. Pero que me defienda así me hace sentir mucho calor en el cuerpo. Eso y este café espantoso que a ellas les encanta y sabe a quemado, y que me tomo de un trago como si fuera una poción curativa.

Y Mateo. Los mensajes de Mateo, después de la mirada fría e impenetrable que me dirigió en la oficina. No quiero llamarle, no me veo con fuerzas. No tengo ni idea de cómo le ha ido el día, de qué clase de putada le ha hecho Eugenia, pero… sea lo que sea, yo no le he hecho nada. Y sus mensajes estaban llenos de reproches.

—Pero… ¿qué te ha dicho? —me pregunta Charo.

Saco el móvil y se lo enseño. Los últimos cuatro mensajes en el chat.

«¿Cómo se te ocurre irte así de la oficina? ¡Y hoy!».

«Eugenia está que trina. ¿En qué estás pensando?».

«Si no vuelves ahora mismo no puedo ayudarte para que no pierdas el trabajo».

«Julia, enciende el móvil, respóndeme, ¿qué narices estás haciendo?».

«¿De verdad has hablado con Francesco antes que conmigo? ¿De qué va esto?».

La respuesta de las chicas me deja sin palabras:

—Está celoso —sentencia Manuela sin dudarlo.

Me la quedo mirando. ¿Celoso?

—No tiene sentido —le digo.

—Lo que hacen los hombres a menudo no tiene sentido, cariño —insiste ella.

Necesito hablar con él. Así que le envío un mensaje de paz.

«Estoy aquí, tengo cobertura. ¿Te puedo llamar?».

No me espero su respuesta.

«No. Mejor que no. Ahora no estoy para hablar con nadie y menos contigo».

No sé qué hacer… Dentro de todo lo de este día, dentro de todo lo que ha ocurrido… Me tumbo sobre el brazo del sofá de mis chicas y cierro los ojos, intentando procesar y lidiar con el barullo inmenso de la cabeza. Cuando me doy cuenta, aunque para mí apenas han pasado unos minutos, Charo me zarandea suavemente.

—Julia, cariño, ¿quieres comer algo?

Me desperezo al olor de algo muy rico que se acerca a mí. Es un cuenco de algo líquido. Es crema de calabaza.

—¿Para mí? —le pregunto, un poco somnolienta aún.

—Llevas casi una hora durmiendo, cariño. Tendrás hambre.

—¿Una hora?

Me incorporo y me acerco a la mesita de café, donde está la bandeja y la cuchara de la crema, y como un poco. Me sienta de maravilla.

—¿Qué hago? —le digo a Charo, que es la que está por aquí conmigo, mientras escucho a Manuela trasteando por la casa.

—Descansa, cuídate. Duerme, come. Mímate, o deja que te mimemos nosotras. Y ahora sube a casa, habla con ese abogado, y destroza a la familia de tu padre y también a los de tu empresa.

Sonrío sin querer por la convicción con la que lo dice.

—No, no te rías —me regaña Charo—. Lo digo completamente en serio.

—¿Y con Mateo?

—Le dices que cuando él tenga ganas de dejar de comportarse como un crío caprichoso, aquí estás para hablar. Y sigues adelante, cariño.

Sigues, porque te lo mereces, y porque un hombre no te puede dejar a ti paralizada.

Creo que tiene razón. En todo este rato que he estado dormida, con el móvil convenientemente en silencio, no me ha llegado ningún mensaje de Mateo. Sí muchos más mensajes de mi madre. Y uno de Francesco: «Ya estoy de camino», me decía hace diez minutos.

—¿Me puedo llevar algo de esta crema para dársela a Francesco?

—Claro que sí —me dice Charo.

—Te he hecho un kit de emergencia —me dice Manuela, entrando en el salón. La miro confusa, esperando que se explique. Viene con una bolsa de rafia llena de *tuppers*, pero «llena»—. Comida, cena, te he puesto un cartón de leche, por si no te quedaba; llevas filetes empanados, una tortilla de patatas…

Me levanto y las abrazo.

—¿Cómo podré agradeceros todo esto?

Charo se ríe.

—Cuando hayas acabado con todos y estés podrida del dinero de ese señor, nos invitas a comer a un buen restaurante, y listo.

Ahora me río yo de la ocurrencia.

—No, creo que mejor os invitaré a un crucero.

Ellas se ríen, pero lo digo en serio. Primero tengo que hablar con Francesco, pero si la cosa es como yo sospecho, vamos a tener dinero para regalarnos muchos cruceros.

38

Julia

Con el estómago lleno se piensa mejor, literalmente. El rato en casa de las chicas me ha hecho reponer fuerzas y ya no tengo tantas ganas de llorar: ahora está empezando a salir la rabia. Siento mucha tristeza por Mateo, y no entiendo qué ocurre, pero no voy a dejar que ese dolor lo invada todo. Le mando un mensaje, el último, si no me responde.

«Mateo: no sé qué te pasa. Yo no estoy enfadada contigo. Tengo cosas que contarte, cosas importantes que han pasado, y por eso me fui; tenía que resolverlas. Creo que deberíamos hablar y aclararlo. Te quiero».

La pelota está en su campo a partir de aquí.

Para despistarme de la incertidumbre y la tristeza que me comienzan a invadir, respiro hondo, coloco la comida de las chicas en la nevera, preparo una cafetera. Y entonces llama Francesco al timbre de la calle.

Llega como un huracán. Me abraza, me cuenta atropelladamente lo que ha ocurrido en la oficina (¡Pero cómo se te ocurrió marcharte! ¡Eres una reina!), saca su portátil, invade la mesa del salón, me pide mil explicaciones, me cuenta cosas sin hilo ni conexión, atropelladas.

—Espera, espera —le digo en un momento—. Vamos por partes. ¿Café? ¿Tortilla? Las vecinas me han hecho comida para un regimiento. ¿Te apetece?

—Sí, señora.

Nos servimos un picoteo y le voy contando lo que ha ocurrido. Francesco no sabía que ese señor era mi padre, pero tampoco se enfada porque yo no se lo contase.

—¿Cómo ibas a ir por ahí contando eso? —me defiende. Le quiero muchísimo.

Insiste en que mañana, cuando sea una hora decente, vendrá y bajará para darles las gracias personalmente a las chicas. Me lo dice mientras rebana con el pan las migas de la tortilla que le he puesto. No quiero pensar ahora mismo qué puede salir de ese encuentro. Después de muchos interludios, me entero de que:

1. Después de que yo me fuera, Eugenia convocó una reunión urgente donde echó la bronca a toda la oficina (incluido a su marido, dueño y jefe de la empresa) por llevar estos meses haciendo todas las cosas mal, según ella.

2. Nadie sabe a qué se refiere con «las cosas mal», porque no se ha hecho mal nada: se han cerrado contratos, se ha mantenido contentos a clientes. Así que se ha llegado a la conclusión de que esta mujer se cree con derecho de llegar, insultar, denigrar y marcharse sin que nadie le rechiste solo porque está enfadada de que Mateo haya rehecho su vida. Hubo una bronca bestia en la reunión improvisada entre prácticamente todas las secciones.

3. Conclusión: al ver que yo me había marchado la primera, eso ha inspirado a otros agraviados a hacer lo mismo: desde los de contabilidad hasta ejecutivos. Media oficina se ha largado. Francesco se ha despedido. Y como Eugenia no permite que nadie la desplante, está preparando un montón de cartas de despido.

—¿Y Mateo? —le pregunto yo en cierto momento, con curiosidad.

—Mateo es gilipollas —me responde serio, dolido, muy lejos de repente de su humor habitual.

—¿Qué ha pasado?

—Prefiero no hablar de eso.

Suena mi móvil, la distracción perfecta. Y creo que es mi madre (otra vez) a la que todavía no he vuelto a llamar. Pero no, es un correo. De la oficina. El que dijo Francesco hace un rato que iban a empezar a mandar a todos los empleados «desleales», según Eugenia.

No digo nada, se lo enseño a Francesco en silencio.

—Guau —dice él, con aspecto de decepcionado.

Estoy despedida.

—Bueno —continúa Francesco, volviendo a su tono ligero—, no pasa nada porque ahora tienes una herencia millonaria que cobrar. A trabajar.

Respiro hondo, porque en otro momento de mi vida esto podría haber sido una horrible catástrofe, algo que me haría meterme en un agujero emocional y no salir en semanas o meses. O quizá nunca más. Pero aquí estoy, buscando en Internet la información fiscal disponible de Gabriel Roselló, de la mano de mi abogado y amigo, para ir lo más preparados que podamos a la lectura del testamento. Tengo el estómago lleno, gracias a mis vecinas, y estoy bebiendo café a deshoras, que es uno de los mayores placeres del mundo. Apenas me he detenido a pensar en lo que significa el despido, y cuando puedo parar un momento a meditarlo, entiendo por qué: porque siento que tengo una familia.

Primero, porque la energía de Francesco me ilumina. Segundo, porque la presencia cariñosa y protectora de mis chicas me hace sentir segura. Y tercero, por Mateo, sí. Sí, por el mismo tonto que no quiere hablar conmigo ni decirme qué pasa, el que hace que cada quince minutos me dé una punzadita de dolor en el corazón, de la incertidumbre, del no saber. Ese mismo tonto que me ha hecho feliz, que me ha hecho sentir apreciada, vista, querida. Me da igual cómo se comporte ahora, o lo que le esté pasando. Eso no empaña las semanas de atrás en las que me he sentido, por única vez en mi vida, casi como una reina. Eso ha calado en mí, ha empezado a hacer girar la rueda de mi autoestima hacia el otro lado… y lo noto.

Suspiro, me relajo en la silla de mi salón. Vuelvo a insistir con Francesco.

—¿Qué ha pasado con Mateo? ¿Quieres contármelo?

Él está mirando unos archivos que se ha descargado en la pantalla de su ordenador y mira hacia mí, como pensándoselo.

—No sé si te lo quiero contar. El caso es que… me ha decepcionado. Me he enterado de algo… que no importa. Es algo entre él y yo. Nada más. ¿A ti tampoco te ha respondido todavía?

Niego con la cabeza. ¿Qué puede ser lo que consiga decepcionar al huracán de vitalidad y positivismo de Francesco? Pienso unos momentos.

—¿Tiene que ver con Eugenia? —le pregunto.

Aunque se encoge de hombros, su mirada curiosa me indica que he dado en el clavo.

—No quiero contar nada —me responde.

—No tienes que contarlo, ya lo sé. —Se detiene y me mira fijamente, diciéndome con un gesto de cabeza que continúe—. No es sobre el trabajo, pero es algo que pasó en el trabajo, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—Porque trabajo allí. Porque son… eran, vaya, mis jefes. Mateo me lo contó, además. ¿Te acuerdas? Salíamos juntos, nos contábamos cosas —digo con un poco de amargura, con esa punzadita de dolor.

Francesco se remueve incómodo, algo compungido.

—Yo me he enfadado con él, pero tú no deberías.

—No me responde. Quiero hablar con él —argumento—. Claro que estoy enfadada. No le defiendas.

Francesco se echa para atrás y se restriega la cara en un largo suspiro.

—Es que no me puedo creer que no me dijera nada…

—Pues porque sabía que te enfadarías, como ha pasado ahora. Y para algo que él mismo reconoce que fue una tontería, no quería estropear vuestra amistad.

—¿Sabes qué es lo peor? —admite él—. Me lo ha contado Eugenia. Me lo ha contado porque sabía que Mateo no lo había hecho. El muy cabrón encima mantiene sus promesas y la buena virtud.

—Es muy tonto.

—Mucho. ¡Con Eugenia! ¡Teniéndote a ti! No me lo puedo creer…

—Bueno… sigo sin defenderle, pero lo mío vino después, cuando ya habían cortado.

Francesco me mira extraño, pensando en algo.

—Por eso estaba enfadada Eugenia. Por eso vino a delatar a Mateo frente a mí. No tiene que ver con la empresa, sino con el despecho.

¡Es una loca psicópata! ¿Qué fue lo que me dijiste que te ha dicho Eugenia a ti esta mañana en su despacho?

—Que soy una buscona y una traidora y que he aprovechado que ella se había ido para montarme en la empresa mi harén de hombres. Mira.

Me acuerdo de que grabé una parte de la conversación, la busco en el móvil y lo pongo a reproducir sobre la mesa. Y, de repente, la cara de dolor y desconcierto de Francesco se convierte en una sonrisa brillante.

—¡Julia! ¡Lo has grabado! ¡Le dijiste además que lo has grabado!

—Sí, se lo dije. No sé en qué estaba pensando, pero… —me intento disculpar, pero me interrumpe.

—¡No, no, no! ¡Eres una reina! —me grita, y se levanta, me abraza, me besa la cabeza, me revuelve el pelo, se pone a dar vueltas por el salón—. ¿Tú sabes lo que esto significa?

—No.

—Que podemos ponerle la denuncia más jugosa de la historia a esa cabrona por despido improcedente.

39

Julia

Cumplí mi promesa y no fui al funeral del cabrón. Y me siento muy bien por mi decisión. Como oficialmente estoy en paro, me pude permitir el lujo de seguir alguna noticia por televisión, y chismes que publican en Internet. Vi a su viuda vestida de negro, una señora que nunca he sabido quién es, pero que veo en el televisor y me sorprendo a mí misma dándome cuenta de que, de algún modo, estamos emparentadas. Seguí con incredulidad las grandes condolencias, las loas al gran legado que deja. Me dejé experimentar el vértigo de estar formando parte de esto, por primera vez en mi vida, lo extraño que resulta. No se me ocurriría un lugar del mundo en el que me apeteciera menos estar que allí, con esa gente. El problema es que mi madre no pensaba lo mismo que yo. Mi madre quería ir al funeral y, cuando le dije que fuera ella si quería, que yo no lo haría, de llamarme insistentemente y mandarme treinta mensajes al día, ha pasado a hacerme un vacío impresionante, ofendida y decepcionada.

Francesco me ha estado dando consejos, y algunos muy buenos. Se siente orgulloso de haber sido el primer ejecutivo en dejar la empresa. Dice que es la primera vez que está disfrutando de ser abogado, trabajando conmigo para destruir el imperio de tipos asquerosos y despóticos.

—Me hace ilusión colaborar en impartir un poco de justicia y caos por el mundo —me dice, orgulloso.

Después de que le contara lo de mi madre, Francesco me preguntó que cómo puedo saber que ella no querrá sacar provecho de la situación. Salir en los programas del corazón, anunciar que es la madre de la hija perdida de Roselló de la que los medios están empezando a hablar... He sido sincera, aunque me duela: la verdad es que no lo sé. No sé qué querrá hacer mi madre, si los periodistas conseguirán dar con ella, si aceptará las entrevistas... La veo capaz,

sí. Francesco me ha dicho que hay que moverse antes que ellos, prever escenarios, ir sobre aviso.

Se puso en contacto con la familia de Roselló, como mi abogado, y les mandó oficialmente una declaración firmada por mí en la que afirmo que quiero permanecer en el anonimato y que no voy a hacer nada hasta que no se repitan las pruebas de paternidad. Pero el sabio Francesco ha conseguido que, entre respuestas e intercambios de correos y llamadas, le manden una copia de esa prueba de ADN de la que me habló el hermano de Roselló cuando se presentó en mi casa.

—Esto me lo guardo para la futura demanda —me dice con una sonrisa triunfal.

Por lo visto, hace un tiempo contrataron a un detective que me localizó y me estuvo siguiendo, recogió sin mi permiso un vaso de café desechable que tiré a una papelera, y de ahí sacaron el ADN. Solo de pensarlo me dan escalofríos.

Piensa denunciar esa prueba ilegal. Y también, dice, cuando terminemos con la familia Roselló iremos a por Eugenia.

Estos días he aprendido lo que nunca pensé que tendría que saber: qué es un testamento y cómo funcionan las herencias en este país. Se supone que, si se confirman las pruebas de ADN (legales y oficiales) que se han pedido de manera urgente para presentar antes de la lectura del testamento (las cosas que hace el dinero), yo pasaría a ser la heredera forzosa, a dividirme la herencia a la mitad con la viuda, porque Roselló nunca engendró ni adoptó más hijos. Eso hace que yo tenga que recibir la herencia legítima, obligatoria al ser reconocida como descendiente, sí o sí. No puedo renunciar a una parte de la herencia, si acaso ese loco cabrón ha decidido dejarme algo más, alguna trampa escondida (como nos ha dejado caer su hermano) de que yo tome lugar en la empresa y continúe con el legado porque también heredaré la titularidad de las empresas y las acciones. Francesco y yo hemos hablado mucho de lo que significaría renunciar a la herencia en su totalidad. No me ha dicho lo que tengo que hacer, solo me lo ha explicado todo, las posibilidades, los caminos a seguir… Y he acabado decidiendo cuál es la mejor manera de conseguir lo que yo quiero: cobrar la herencia, malgastar su dinero, hacer que su imperio desaparezca, y luego contarle al mundo

lo que hizo. La rabia es legítima y me la merezco. La justicia y la verdad, también.

De hecho, en estos días mientras esperábamos a recibir los resultados de las pruebas oficiales de ADN, y la convocatoria de la lectura del testamento, los dos nos hemos sentado a ratos en el salón de mi casa, con calma y tranquilidad, a escribir un comunicado. Todavía nos seguimos peleando por algunas frases, pero casi lo tenemos listo.

«Por motivos personales, quiero que mis datos personales permanezcan en el anonimato. Las recientes pruebas de paternidad realizadas tras el fallecimiento de Gabriel Roselló han confirmado que soy su hija biológica, aunque esa información la he sabido desde siempre, ya que mi madre nunca me lo ocultó. Mi madre trabajaba para una de las empresas de Gabriel Roselló. En cierto momento, mantuvieron una relación sentimental cuyo resultado fue el embarazo de mi madre. Al enterarse de ello Gabriel Roselló, no solo se negó a reconocerme como hija, sino que despidió a mi madre ilegalmente al negarse ella a interrumpir el embarazo. A partir de mi nacimiento ningún miembro de la familia Roselló se puso nunca en contacto con nosotras, ni se ofreció a prestarnos ayuda o una legítima asistencia económica. Durante mi infancia viví situaciones tristes, peligrosas y traumáticas debido a los problemas económicos y a la precariedad laboral, y en ninguno de los momentos de necesidad recibimos asistencia ni de mi padre biológico ni de ningún miembro de la familia Roselló, quienes, sabemos ahora, ya sabían de mi existencia. [En esta frase nos seguimos peleando] La negación de reconocimiento y el abandono de su responsabilidad han sido una pesada carga para mí y para mi madre. Ha sido una sorpresa que haya querido reconocer en su testamento, tras su muerte, lo que no quiso reconocer públicamente en vida. Sin embargo, [en esta frase también nos estamos peleando aún], considero que no tengo ninguna obligación con su legado ni con su nombre, que no adoptaré como nombre legal, a pesar del reconocimiento de la paternidad. Pido que se respete mi deseo de continuar en el anonimato…».

Aún no sabemos cómo terminarlo. Si todo va como planeamos, lo enviaremos a la prensa justo después de haber leído y aceptado el maldito testamento.

Ahora estamos de camino para allá, algo que llevamos veinticuatro horas Francesco y yo planeando casi al milímetro: qué decir, qué esperar, cómo actuar, cómo evitar a los periodistas que están en la puerta del edificio. Quiero mantener mi anonimato porque, básicamente, no quiero darle ninguna satisfacción a esa familia. De hecho, después de un par de vueltas en un coche alquilado, de enterarnos de las entradas traseras y de colarnos en el edificio más de dos horas antes para evitar a los periodistas, aquí estamos, esperando en la esquina de la lujosa sala del notario donde se nos ha convocado. Me alegra muchísimo tener a Francesco conmigo, porque veo a los Roselló entrar y moverse con esa arrogancia y seguridad que da el dinero y me tiemblan las piernas. Disimulo. Utilizo toda mi fuerza de voluntad para parecer digna. El que se presentó en mi casa ha querido venir a saludarme como si fuera una simple reunión familiar, pero la cara de Francesco (aquí presentado como mi abogado, y no como mi amigo) le ha hecho recular. Saludo frío, ningún intercambio. Le dije que cualquier cosa que tuvieran que decirme fuera a través de los medios legales, y a regañadientes lo están cumpliendo. Francesco me dice, y tiene razón, que no parecen de esa clase de gente que acepta límites o peticiones que vayan en contra de su voluntad. Pues, sinceramente, que se jodan.

Tengo en el frente de la mente ahora mismo el regusto del miedo y la vulnerabilidad que viví de niña. Todos bien vestidos, en este sitio asquerosamente lujoso, tan lejos de los pisos de alquiler que se podía permitir mi madre, de mi incapacidad para ir a la universidad, a pesar de mis buenas notas, de mi esfuerzo. La soledad, el abandono, los problemas. El miedo a que te corten la luz o el agua, a no poder calentarte en invierno. Las cargas que no tenía que haber asumido, que me hicieron perder una parte importante de mi niñez, que no me dejaron ser feliz. Me pondría de pie ahora mismo y me pondría a gritar a toda esta gente que se joda Gabriel Roselló, cabrón egoísta. Yo he sido la hija bastarda, la vergüenza… y pienso seguir siéndolo, pero con orgullo. En vez de que esa condición sea una vergüenza para mí, me quiero convertir en vergüenza para ellos. No voy a tener clemencia.

Y comienzan a leer el testamento. Por debajo de la mesa, sin que se vea, Francesco alarga la mano y aprieta la mía unos segundos. Está conmigo, me dice, sin mirarme. Ánimo. Me he sentado al final

porque no quiero que nadie me vea: quiero verlos a ellos, tenerlos enfrente, pero no quiero que me vean a mí. Y, sin embargo, mi ideal se rompe cuando el notario comienza a dictar el reparto y todos se giran para observarme cuando anuncia todo lo que me pertenece a partir de ahora. Tomo aire, intento parecer imperturbable, pero no sé si lo habré conseguido.

Hay una parte de la herencia que son las ganancias de los negocios de Roselló, pero otra parte se remonta a terrenos y herencias antiguas, desde hace varias generaciones. Tuve abuelos y bisabuelos ricos, por lo visto, no tan famosos como el padre. Francesco y yo habíamos hecho una pequeña estimación de lo que podía ser la herencia y no se acerca, ni de lejos, a la realidad: para mí hay tres casas de lujo repartidas en varias partes del mundo (la viuda se queda con la vivienda principal y dos pisos en el centro Madrid), acciones, titularidades... y un fondo económico de cincuenta millones de euros.

Me ha faltado el aire cuando lo he escuchado.

Cincuenta millones.

Todavía estoy un poco en *shock* cuando termina la lectura e irrumpe un murmullo general, como a la salida de una misa. Nadie de la familia se queja porque, en el testamento, Roselló se encargó de dejar bien alimentados a todos los buitres que le rodeaban.

Cincuenta millones. Y las casas. Y la titularidad de las acciones que fácilmente puede triplicar todo ese dinero. ¿Qué se hace con tanto? Y, en ese momento, lo único que se me viene a la cabeza es que, en medio de todo esto, en todos estos días hasta llegar hasta aquí, Mateo no se ha puesto en contacto conmigo ni una sola vez aún.

40

Julia

Según van pasando los días después de la lectura del testamento, y después del comunicado que hicimos, en esta rareza de oír hablar de mí en los medios (aunque no tanto, gracias al cielo, porque a nadie le interesa mucho la vida de este señor), la tristeza me va pudiendo. Sigo sin saber qué fue lo que enfadó a Mateo, y no dejo de darle vueltas. El pensamiento me lleva a analizar todo lo que yo pude hacer mal ese día, a no encontrar ningún sentido, ni a sus acciones, ni a su silencio. Y el duelo de la pérdida se va haciendo cada vez más hondo.

A pesar de que he querido darle una oportunidad, quizá tengo que empezar a hacerme a la idea de que se ha terminado, aunque fue una de las cosas más bonitas que me hayan pasado. Y yo, sinceramente, no sé si alguna vez me podré volver a enamorar así, con tanta sencillez, como si fuera lo más lógico, como si toda la vida hubiera estado preparándome para esa calidez en el alma. He hablado mucho con Alicia estos días. Como siempre, ella es el peso de la razón, la coherencia hecha persona. Es ella la que no ha dejado de repetirme que nadie merece vivir con esa incertidumbre.

Hoy me he levantado otra vez con el peso en la garganta, las ganas de llorar. Es hoy. Se tiene que terminar hoy, quiera Mateo o no.

Estos días sin trabajo y gestionando (ya con un poco menos de estrés) las cuestiones de la herencia se me están haciendo también muy agotadores. No sé bien qué hacer con mi tiempo, de la misma manera que, por mucho que me pregunten, no sé qué voy a hacer con todo ese dinero. La última vez que tuve tanto tiempo libre me había quedado en paro y tenía un agujero económico que crecía para comerme. Yo no sé descansar, yo solo sé tener ansiedad, y no consigo quitarme eso de encima. El dolor de la ruptura con Mateo no ayuda. El mayor problema de la herencia es que, junto con *todo* ese dinero también viene la titularidad de las acciones, lo cual me daría un puesto principal en la junta directiva del *holding* de empresas de Roselló, algo que la familia está deseando que haga, porque esa fue la

intención del cabrón antes de morirse. El muy imbécil se pensaba que me iban a decir que yo era su hija, yo no iba a tener ni idea y me iba a encantar la noticia, me iba a cambiar el nombre para ponerme su apellido, e iba a seguir su legado como si nada. Creo que hay gente a la que la riqueza y el poder les pudre la capacidad de razonamiento. He tenido que escuchar de parte de su familia, en estos días, toda clase de despropósitos cuando se han dado cuenta (porque se lo ha dicho mi abogado) de que no va a pasar nada de lo que tenían tan bien planeado en su cabeza. El comunicado que mandamos a la prensa después del testamento les ha sentado fatal. Francesco me filtra los mensajes, y sé que no me está contando toda la caterva de insultos y desmerecimientos que me están llegando. En realidad, me hace mucha ilusión ofenderlos.

Muchas veces, después de tener que salir a hacer trámites, ir al banco, ir al notario (otra vez, a terminar de firmar no sé qué)… acabo agotada. Mi consuelo sigue siendo subir a casa de las vecinas y retomar las agujas de tejer y las telenovelas turcas, pero, si soy del todo sincera, lo único que me está pidiendo el cuerpo estos días es dormir.

Me quedo dormida en el sofá de las vecinas tarde sí y tarde también. Me levanto tardísimo, aunque intento madrugar. Me estoy echando siestas a mediodía por primera vez en mi vida.

Mi madre también se ofendió muchísimo por que yo haya decidido no cambiarme el apellido por el de ese cabrón, ahora que me han reconocido y hay unas pruebas oficiales de paternidad. Tuvimos una conversación muy tensa por teléfono hace unos días, más tensa de lo habitual. Ella quería haber venido. Quería haber sido protagonista porque, en su cabeza, todavía tiene una relación con Gabriel. Porque, en su cabeza, se ha muerto el hombre de su vida. Y yo he decidido que no voy a juzgar ni a enfadarme con mi madre. Simplemente, voy a hacer que sus ideas, por locas que sean, sean suyas y no mías. Si quiere creer eso y envenenarse la vida, adelante, que lo haga; yo no la voy a convencer de lo contrario. No creo que ella quiera salir de ese estado de ensoñación, como si sus fantasías fueran lo único que tiene… algo que puede ser cierto, en realidad. Mi madre nunca se molestó en construirse una vida fuera de este señor. El error fue ese.

El error fue ese, no mi nacimiento, ni mi existencia.

Y pensarlo, aunque sea duro, me consuela.

Para calmar a mi madre y que no se le ocurra hacer ninguna locura con la prensa, junto con Francesco pensamos en… adornar un poco la realidad. Solo un poco. El plan es comprarle una casa en propiedad a mi madre, nada exagerado, algo en su ciudad, para que no tenga que seguir pagando alquiler. También destinar algo de dinero para un fondo de pensiones a su favor, y decirle que está estipulado en la herencia que va a disfrutar de todo eso con la condición de que no hable con la prensa y respete mi declaración de anonimato. Yo espero que funcione. En cualquier caso, a pesar de que ahora mismo no estoy nada de acuerdo con ella y me está poniendo de los nervios cada vez que llama, si alguien se merece que se le compre al menos una casa con el dinero de este señor, es ella.

Creo que ha visto un chalé adosado en las afueras que le gusta, donde han puesto hace poco la línea nueva de tranvía. Dos plantas, tres habitaciones, trastero. Sé que vivir en una casa así siempre fue el sueño de mi madre. Ella no sabe cuánto es la herencia, y no se lo voy a decir. Me lo comentó, ya más calmada, pensando si iba a ser mucho dinero: comparado con lo que voy a cobrar de la herencia, no es más que calderilla. Compraremos esa casa, la pondré a su nombre. La amueblaremos. Tendré que ir allí a visitarla y hacer todo el papeleo. Me da muchísima pereza, pero no lo voy a hacer porque la justicia, a estas alturas ya lo sé, no se hace sola.

También estamos empezando a gestionar la venta de las casas.

—¿Para qué quiero yo un resort en las Maldivas? —le pregunté a Francesco, mirándolo con cara de sueño y absoluto descreimiento en los papeles del notario que me hizo llegar—. ¿Para qué quiero yo una mansión en Punta Cana, si creo que no sé ni dónde está? ¿En qué se ha convertido mi vida?

Solo la venta de una parte de cualquiera de esas viviendas da para comprarle la casa entera a mi madre, e incluso una o dos.

Y yo no sé qué hacer conmigo. ¿Qué voy a hacer? ¿Busco trabajo? ¿Estudio algo? No puedo comprar el piso en el que vivo, que es pequeño, cutre, mal construido y viejo. Pero tampoco me quiero ir lejos de mis vecinas. ¿Tendría que hacerlo? Todo parece indicar que sí, pero… ¿Por qué todo este dinero no ha traído más paz, sino solo

una especie de inminente inseguridad? Un cambio repentino, decisiones que no sé tomar.

Pero creo que esa sensación, en realidad, en parte es culpa de lo que pasa Mateo.

Estoy sola en casa mientras tomo la decisión. Es mediodía y no sé dónde está, si le interrumpiré o no, pero creo que, si no me habla de otra manera, a pesar de lo feo que queda, voy a tener que cortar con él por mensaje. Si él me hace *ghosting*, yo también puedo hacerlo mal.

Me siento en el sofá del salón y me armo de valor.

«Creo que deberíamos hablar», le escribo. Y lo mando. Pero sé que no es suficiente.

«Creo que nos merecemos, al menos, terminar la relación de buenas maneras, y no simplemente desapareciendo enfadado sin dar explicaciones. Siento mucho que el día que dejé la empresa apagase el móvil. Si me lo permitieras, te lo podría explicar, pero eso ya depende de ti».

Sueno enfadada, porque lo estoy, y también dolida. Pero creo que he llorado tanto últimamente que ya no tengo ni ganas, a pesar del dolor que trata de salir. Ya está, lo he dicho. Yo no voy a hacer más. Y me preparo mentalmente para lo peor: la soledad, la incertidumbre, y quizá dentro de algún tiempo, quién sabe, volver a ver a Mateo en algún lado y comerme con patatas la pena de lo que pudo haber sido.

Lo que no me esperaba es el mensaje que me llega segundos después de haber enviado el mío:

«Lo siento. Estoy en la puerta. Ábreme, por favor».

41

Julia

Abro la puerta y es verdad, está aquí: triste, con apariencia de cansado; no va vestido de trabajo, sino con unos vaqueros y un simple jersey de color azul que le sienta… en fin. Después de tantos días, a pesar de todo, su presencia sigue impactándome y afectándome. Creo que lo hará siempre, quiera yo o no.

—Hola, Julia —me dice. Me mira con unos ojos muy diferentes a la última vez que nos vimos—. ¿Puedo pasar?

A él, a pesar de todo, le dejo. A pesar de que sigo molesta y enfadada, o decepcionada… no lo sé. Quisiera preguntarle qué tal está. Quisiera ir directamente al grano e indagar qué narices ha pasado en todos estos días, pero… no sé por dónde empezar. En la entrada de mi triste piso, donde tantas veces nos hemos besado y nos hemos encontrado en la piel, el deseo, los besos, las risas… Ahora espero, desarmada, a que empiece a hablar.

—Yo… —dice él, peleándose por encontrar las palabras—. Lo siento. Lo siento de verdad.

Y me desarma. Hay algo en su rendición, el reconocimiento, el venir en son de paz, que hace que yo también baje las armas que llevo levantando todos estos días para defenderme.

—¿Qué ha pasado? —le susurro.

Sé que quiere tocarme, pero es consciente de que ha perdido ese privilegio.

—El día que te fuiste de la empresa pensé que tú habías hecho algo terrible —me dice, tomando aire—. Creí que tú le habías contado a Francesco la aventura que tuve con Eugenia. Pensé que me habías traicionado y que le habías puesto en mi contra. Francesco vino a mi oficina, se enfadó… con razón… y yo me sentí muy dolido.

—¿Francesco te dijo que yo se lo había contado? —pregunto, extrañada.

—No —reconoce Mateo—. Él no me dijo nada. Fue Eugenia la que me dijo que vosotros habíais estado hablando de eso… y la creí. De la misma manera que Eugenia me mostró «pruebas» de que me habías manipulado… y estaba tan dolido que… la creí. Y por eso te vengo a pedir perdón. Me engañaron y lo pagué contigo. Lo siento de verdad.

Parpadeo fuerte. Hay demasiada información, demasiadas cosas de las que hablar. Y hago que mi orgullo se tome un descanso: no tengo ganas de pelear por algo que no sé siquiera si merece la pena.

—Pasa —le digo, yendo yo en dirección al salón—. Tengo café y galletas, ¿quieres? Creo que esta conversación va a ser mejor si comemos algo.

Hay una pequeña sonrisa de Mateo: no de engreimiento, sino de… ternura. Asiente, pasa a mi espacio y lo mira con cariño. Lo veo. Echa el vistazo al mismo espacio donde charlamos, tirados en el sofá, delante del televisor, los días tranquilos, donde nos sentábamos a comer lo que fuera que habíamos pedido para llevar en el restaurante de debajo de casa.

—No sé cómo he podido meter la pata así —admite, sentándose en la mesa del comedor, nervioso.

Yo decido que, ahora mismo, lo mejor que puedo hacer es dejarlo hablar. Necesito escucharlo y necesito saber si tiene razón o no. Me alejo y preparo la cafetera. Caliento leche en el microondas, en una jarrita de porcelana. Lo llevo todo al salón junto con un paquete de galletas de mantequilla de los que estos días (lo admito) no he dejado de comer. Porque ahora tengo dinero y puedo comprarme galletas, y café bueno, y me siento rara dándome esos caprichos.

Mateo acepta el café, cuando por fin le sirvo la taza. Me observa prepararlo en silencio como yo sé que a él le gusta el café, porque se lo he servido decenas de veces como asistente y empleada, y como pareja; sé que está pensando lo que va a decir. Y siento paz. Hay algo extraño en tenerlo cerca, en que, pase lo que pase entre nosotros, yo sé que él puede estar un poco cerca. Su cercanía me calma el corazón, me suaviza el ánimo. ¿Cómo es posible? Estoy enfadada con él. Creo que se ha comportado como un capullo inmaduro. ¿Por qué me pasa esto? Porque, como me ha dicho Alicia muchas veces, tu cuerpo sabe cuándo estás al lado de alguien que amas y que te ama. Puede que

hayamos metido la pata hasta el fondo (sobre todo él, no voy a disimularlo), pero amar a otro no significa no equivocarte nunca, sino saber pedir perdón. Y hay algo, en las palabras que aún no se han dicho, que hace saber a mi cuerpo que está recibiendo paz, justicia, verdad de su parte. Hay algo que anticipa una especie de reconciliación. Lo noto en el cuerpo antes de saberlo mentalmente.

—Yo también lo siento por apagar el móvil el día que me fui de la empresa —le digo—. No dejaban de entrarme llamadas, mensajes y… me encontraba mal.

—Sé lo que ha pasado con tu padre. Lo siento.

—Yo no siento que se haya muerto —admito—. En realidad, me alegro un poco. Pero… no es que sucediera todo junto es que sucedió en el mismo momento, Mateo. De verdad, parece de broma. Me voy de la empresa, dejo a Eugenia con el culo al aire sabiendo a lo que me expongo porque no puedo más, y mi madre no deja de llamar y decirme que tengo que dejarlo todo para consolarla a ella, ¡a ella! Estaba saturada, no sabía qué hacer.

—Lo siento, Julia —me dice, y en sus ojos veo que es verdad—. Siento haberte dejado sola en esto.

—Gracias por decírmelo —le digo. Y pienso unos segundos en decir lo que siento que es verdad, porque no merece la pena agarrarme al rencor—. Acepto las disculpas. Yo siento haberme aislado. Sé que no es la mejor manera de lidiar con las situaciones difíciles, pero… no sé otra.

Se me escapa una lágrima: por mí, por la verdad que estoy diciendo. Por todos estos días, porque noto cómo la tensión se relaja. Mateo rompe su intento de mantener las distancias y me acoge la mano entre las suyas, como consuelo. No hace nada más, solo me sujeta, como si necesitara tocarme, porque probablemente así sea: le conozco y sé que necesita tocarme.

—Creo que eres una persona que nos superas a todos en fortaleza e inteligencia —dice él, también con la voz cortada—, así que no tienes que disculparte por eso. Yo me sentí ridículo porque me enteré de que a mí no me cogías el teléfono ni me respondías los mensajes… pero sí que contactaste con Francesco. Y fui un imbécil. Estaba celoso.

—Le contacté porque necesitaba un abogado.

—Ahora lo sé. Entonces no lo sabía y lo interpreté todo al revés. De verdad que lo siento.

—Se presentó un familiar de mi padre en mi casa aquel mismo día.

—¿Qué? —pregunta, incrédulo.

—Venía a darme la «noticia» de que éramos parientes, como si yo no lo hubiera sabido nunca; que estaba en el testamento de Roselló, porque ahora sí que me había reconocido como su hija, después de muerto. Me dio miedo. Y rabia. Y pensé en el único abogado que conozco… —me rio—, por fortuna o por desgracia.

Nos reímos juntos, a pesar de la tristeza.

—Pero, mira —sigo yo—, Francesco lo está haciendo de maravilla. Resulta que es muy bueno, solo que estaba trabajando en el lugar equivocado.

—Yo también me he dado cuenta de que estaba en el lugar equivocado. ¿Sabes? Aquel día había visto las fotografías que Eugenia nos había hecho a escondidas, tratando de ofendernos, de ofenderte… Solo pensaba… lo siento, no sé… solo pensaba en hacer lo que fuera necesario para que no perdieras el trabajo, porque sabía lo importante que es para ti.

Le miro unos segundos, procesando lo que me dice. Dejo que me acaricie la mano, y le devuelvo el gesto.

—Lo sé. Y gracias. Pero estabas enfadado.

—Sí, también. No sabía qué pensar; estaba enfadado, y no quería hacerte daño, todo al mismo tiempo. No empecé a atar cabos hasta que al día siguiente, sin haber podido contactar contigo, con Francesco ignorándome y después de haberme dicho cosas terribles, vi la sala común empapelada de fotos nuestras con las que Eugenia había intentado humillarte, exponerte frente al resto de la empresa.

—Y fíjate —le digo—, que cuando hizo eso me di cuenta de que no me importaba en absoluto que se supiera que estábamos juntos. Me había dado miedo sin razón. Pero ya era tarde.

—¿Y por qué te fuiste?

—¿Y por qué pelearme con una mujer que, por muy jefa mía que sea, de repente me insulta y me humilla?

—¿Te insultó?

—Tengo grabada la conversación —asiento—. Francesco dice que servirá como prueba para la demanda que le quiere poner por despido improcedente.

—¿En serio la vas a denunciar? ¿Y querrás que te readmitan? ¿Volver a trabajar allí?

—No… Si ahora tengo dinero para comprar la empresa entera, si quisiera.

Eso le sorprende de verdad.

—No lo sabía.

—Acepté el testamento —le anuncio—. La mitad de la fortuna de Roselló es mía. Así, de repente. Y quería que trabajara para sus empresas, el cabrón. Lo que vamos a hacer es desmantelarlas y venderlas.

—Ostras… —Mateo sonríe y veo el orgullo en su mirada.

—No hagas caso de lo que dicen, la venganza sabe bien. Más justicia poética que venganza, pero… algo es algo.

Así, sin querer, la conversación se ha ido suavizando. Y hablamos con calma, habiendo derretido el enfado acumulado. El dolor sigue aquí pero, de alguna manera, está encontrando un hueco en el que resulta, al menos, entendible. Pero entonces me doy cuenta de que no se lo he contado todo. Casi me había olvidado ya, pero entiendo que para él puede ser útil saberlo.

—Pero eso no fue todo por lo que me fui ese día —le digo.

—¿No? —pregunta, extrañado—. Me parece motivo más que suficiente.

—Hubiera preferido hablarlo contigo, pero me bloqueé de miedo.

Frunce el ceño, preocupado.

—¿Qué pasó? ¿Estás bien? —pregunta.

Asiento, quitándole importancia. Pienso bien las palabras antes de hablar.

—Siempre te he contado lo que sufrí de pequeña sabiendo que era hija de mi padre y que él nos había abandonado, teniendo medios para sostenernos. Siempre tuve mucho miedo a ser… digámoslo así… tan tonta como mi madre. Desde adolescente, cuando comprendí bien qué había ocurrido, me prometí a mí misma que nunca caería en ese mismo error. Y, sin embargo… el día de marras resulta que me avisa el móvil de que estoy teniendo un retraso… que podría estar embarazada. Ese mismo día, en ese mismo momento. Me dio un ataque de pánico en el baño de la oficina, porque la idea me aterraba. En ese mismo momento, justo entonces, me llama Eugenia a su despacho y comienza a insultarme. Me temblaban las piernas, me temblaba el cuerpo entero. Tú saliste de su oficina, supongo que ya pensando que había pasado todo ese lío entre Francesco y yo… y a mi cerebro en modo pánico todo le pareció insoportable.

—Julia… tú… ¿tú?… —tartamudea Mateo, preocupadísimo.

—No. No estoy embarazada. Fue una falsa alarma, un simple retraso. Ni siquiera llegué a usar la prueba de embarazo que compré.

No me lo espero. Mateo se pone en pie, se acerca a mi lado y se arrodilla. Y sin pedirme permiso, rompiendo ese acuerdo tácito de dejarnos espacio y hablar, me aprieta entre sus brazos, me besa el pelo, me acuna de un modo que sé que lo hace por él, para calmarse, tanto como por mí.

—Julia, yo jamás te habría dejado sola. Jamás —me susurra.

Y entonces yo rompo a llorar. No puedo evitarlo. Entre sus brazos, escuchando unas palabras de afirmación que rompen un maleficio que me ha perseguido toda la vida. Me abandono en su abrazo y me permito llorar, y nos quedamos así, hombro sobre hombro, hasta que me doy cuenta de que él también llora.

Se separa un momento y me mira a los ojos.

—Nunca te hubiera abandonado, me tienes que creer. Da igual lo enfadado que estuviera, o lo irracional que estuviera siendo. Lo siento de verdad. Y sé… no, no sé si podemos intentar arreglar lo nuestro, pero yo nunca quise que se rompiera. Nunca quise perderte.

—Yo tampoco —le confieso.

—¿Crees que podríamos intentarlo?

Me aprieta tan fuerte… que noto cómo entra el calor en mis músculos, mis huesos. Me aferro a su cuello y le beso la mejilla.

—Creo que sí. Te quiero de verdad —le confieso.

—Y yo también, mi amor. Yo también te quiero.

Creo que nunca antes, ni siquiera el primer beso que nos dimos, ha sabido tan dulce y tan potente. Creo que todavía tenemos mucho de qué hablar, muchas cosas que aclarar. Pero me consuela darme cuenta de que tenía razón en sentirlo en el cuerpo: a veces tu piel es la que sabe que has llegado a tu hogar, antes de que tú misma lo comprendas.

42

Mateo

Lo que jodió tantísimo a Eugenia fue que en esas fotos que mandó sacar a escondidas saliéramos Julia y yo siendo tiernos uno con el otro. Es lo que ella nunca me pudo ofrecer y no soportaba que yo encontrara en otra persona: cariño, dulzura, conexión. Todo lo que hizo desde el día que regresó, desde las acusaciones a los insultos, pasando por los despidos, fue por puro despecho. Me asustó darme cuenta y comprenderlo. Me dio un poco de pena, pero duró solo cinco minutos. Ahora creo que Eugenia Sandoval se merece todo lo que ella misma ha sembrado.

Estoy sentado en el salón de mi casa. Julia se ha quedado dormida con la cabeza apoyada en mi pierna y a mí me está empezando a hormiguear. La película que pusimos está entretenida, pero no ha podido con el cansancio que llevamos en el cuerpo estos últimos días, y Julia ha caído. Me duele la pierna de verdad, pero en vez de quejarme me rio e intento moverme lo menos posible. Me encanta tenerla cerca y que confíe en mí. Me encanta esta vida juntos que estamos comenzando a construir. Creo que se me nota que no he sido nunca más feliz, y que voy a hacer todo lo que pueda por proteger este espacio sagrado, aunque tengamos que adoptar ese gato que Julia dice que siempre ha deseado tener. No es que no me gusten los gatos, es que me asusta: muchos cambios a la vez. Julia se mudó conmigo, en principio temporalmente, mientras busca qué clase de casa comprarse para sí con el dinero de la herencia de su padre. No se decide. Es imposible: es un poco insoportable, analizando el mercado, las reformas... Por mucho que intente convencerla de que ahora mismo no pasa nada si no se lo piensa tanto y gasta un poco de dinero de más, siempre me mira ofendida y con cara de susto y me dice que nunca en su vida ha tomado una decisión a la ligera y que eso no va a cambiar ahora. No sé cómo decirle que nunca se mudará a esa casa que aún no ha encontrado: que esa casa servirá para otra cosa, o para vivir los dos juntos, porque no va a ser temporal. Mi armario está lleno de su ropa, mi

baño de sus geles y sus cremas, mi cocina de los restos de la comida que nos traen sus abuelas adoptivas cada vez que vienen a visitarnos… Ella ya vive aquí, solo que no se ha dado cuenta. Se ha quedado dormida en *su* sofá, junto a *su* novio, en *su* casa… y ahora, en breve, cuando ya no soporte el hormigueo de la pierna, la llevaré en brazos a nuestra cama, de los dos. Esto es así, y lo seguirá siendo. Y quizá sí que haga falta ese gato para darse cuenta de que ya está en casa.

Francesco me acaba de mandar un mensaje para decirme que ya está, ya tiene lista la demanda. Francesco trabajando a deshoras es algo que nunca pensé que vería, pero está realmente ilusionado con esta nueva faceta suya de litigador y «demandero», como se llama a sí mismo. Le he dicho que esa no es una palabra real ni en español ni en italiano y me ha mandado un «*Vaffanculo*» con un emoticono de un beso. Eugenia se dedicó a despedir a demasiada gente en un acto que iba mucho más allá de la dureza típica del mundo empresarial: se trataba de pura ira. Si quieres dirigir un negocio, si quieres tener gente contratada, tienes que ser dueño de tus emociones, siempre. Así que tendrá que sufrir las consecuencias. Arturo la ha dejado sola en esto, puesto que se divorciaron. Y ya que la mitad de la oficina se marchó, la empresa ha tenido muchos problemas para cumplir con plazos de entrega y acuerdos. La pérdida está siendo desastrosa.

Yo también me fui, pero no el primer día, como tuve que haber hecho siguiendo el camino de Julia y de Francesco. Pero ya estoy enmendando mis errores. Nunca he estado sin trabajo, así que me he entretenido en echarle una mano a Carmen con su negocio, y creo que tiene razón en que podemos trabajar juntos (bueno, que yo trabaje para ella).

—Y ahora ni siquiera te tendría que pagar, ya que tienes una novia que puede mantenerte —me bromea mi hermana.

—Creo que esa no es una oferta de trabajo convincente —me quejo cada vez; pero a Julia y a ella les hace muchísima gracia.

Me da un poco de miedo lo amigas que se están haciendo Julia y mi hermana. Es esa clase de amistad en la que sabes que, si una necesitara esconder un cadáver, la otra no haría preguntas.

Pero también me gusta verlas así. Julia ha entrado en mi familia de una manera directa y tranquila, como si ese espacio le hubiera pertenecido siempre. Y verlas a ellas me hizo entender que yo también debía tratar de recuperar la amistad con Francesco. De todas maneras, aunque no trabajemos ya juntos, tampoco me lo iba a quitar de encima, ahora que es oficialmente el abogado de Julia en todos los asuntos relacionados con la herencia, las propiedades inmobiliarias y toda la compraventa de acciones, acuerdos comerciales y empresas del difunto Roselló. Mantiene a la familia del viejo a raya, y para eso hay que tener arte. Julia y Carmen me ayudaron un poco a suavizar las cosas con él, nos pedimos perdón por todas las burradas que nos dijimos aquel día. Francesco, tan volátil, tan sincero y suicida, me dijo que, en fin, él es el primero que sabe que por deseo a veces se cometen actos idiotas.

Julia se remueve y aprovecho para sacar la pierna y ponerle un cojín debajo de la cabeza. Y apago el televisor.

—Eh… la peli… —dice ella, desperezándose.

—Estás dormida.

—No es verdad, la estaba viendo.

—Te estaba escuchado roncar.

—¿En serio? ¿Estoy roncando?

Me hace gracia cómo arruga la nariz, incrédula.

—Vamos a la cama, Cenicienta —le digo, ayudándola a incorporarse y ofreciéndole la mano para que se ponga en pie.

—Cenicienta es la que limpia, la Bella Durmiente la que duerme.

—Lo que tú digas.

Julia se ríe y se levanta. Se echa en mi cuello y me lo besa.

—Tú que estás fuerte… —me dice, medio dormida— ¿me llevas hasta allí?

—Te llevo ¿cómo?

—En brazos.

—Estás loca.

—Tú puedes… Eres fuerte, eres el héroe del cuento.

—¿Y tú eres una princesa?

Sonrío sobre su boca, dejándole pequeños besos en la comisura y los labios, perdiéndome en la suavidad de sus mejillas, en el dibujo de sus pecas.

—Claro que lo soy —me dice completamente seria—. La princesa desterrada que al final hereda el reino.

Creo que tiene razón. Solo que la princesa de este cuento, al final, decide anular la monarquía y reparte el reino y las riquezas entre los súbditos.

Y yo al final cedo, feliz, y la llevo en brazos a nuestra cama.

Epílogo

Francesco

Sería maravilloso poderte enamorar de la persona que quisieras, de la que más te conviniese. Así yo me habría enamorado hace casi veinte años de aquella muchachita que le interesaba a mi padre y me habría casado con ella y no me habría acabado peleando con el viejo Vanetto, ni me habría tenido que ir de Roma para no escucharle más. Podría haber decidido enamorarme de Julia, que es una persona preciosa, con esa cara bellísima, esa personalidad luminosa, si acaso mi teoría funcionase y entonces Julia también hubiera decidido enamorarse de mí. Todo sería más sencillo de ese modo.

Pero no lo es. Julia está enamorada de Mateo, a pesar de que es un adorable *bastardo* (aunque ya no puedo usar esa palabra como insulto, porque Julia no me deja. Me recuerda todo el tiempo que ella es una hija bastarda y se siente muy orgullosa de eso). Ni te enamoras de quien quieres ni, por desgracia, quien quieres se enamora de ti. El amor ocurre y lo sufres o lo disfrutas, y tienes que trabajarlo a partir de esa chispa que surge y os pone en común: pero primero os tiene que poner en común, de algún modo. *È un peccato*.

Míralos, tan felices, bailando en su boda, Mateo y Julia, sonriendo ilusionados y mirándose a los ojos, compartiendo con todos nosotros el momento más feliz de sus vidas. Por un lado, me parece increíble que hayan llegado hasta aquí. Por otro lado, desde que los conocí, desde que supe lo bien que encajaban, me di cuenta de que llegarían hasta aquí. Son unos cabezotas los dos, y tienen mil defectos, pero se quieren y ponen todo en la relación, en el bienestar del otro, y lo que construyen lo hacen juntos. Eso es el amor, y por eso da asco. Pero a veces ocurre, que, a tu pesar, aunque no quieres, estás enamorado, y lo sabes, pero como no te corresponden tienes que seguir viviendo mientras ese amor, en vez de iluminarte, te deslumbra y te impide ver ninguna otra cosa.

El vino del banquete de bodas me está poniendo poético, y no quiero, porque soy un pésimo poeta: como abogado tengo un pase. Como

poeta, menos mal que no me tengo que ganar la vida con eso. Pero quiero ponerme melancólico y me faltan palabras, porque toda la fachada de la vida fácil que quiero llevar se me desmorona cuando veo a Carmen riéndose en la pista de baile, danzando como la diosa que es. Puede que sea el vino de la fiesta el que esté hablando por mí, o quizá sea el vino el que me anima a decir las verdades, como una pócima curativa. Quizá sea este ambiente de amor, tradición y locura de la buena.

¿Cuánto tiempo vas a seguir negando, *Cesco amore mio*, que estás tan loco por Carmen que solo sabes fantasear con ella? Que la buscas cuando no debes, incluso cuando ella se ríe en tu cara. Que aceptas que te diga que eres un vividor y poco fiable porque, admitámoslo: tiene razón. Es que nunca había conocido a nadie para quien mereciera la pena ser mejor persona. Y me da igual que los hombres tengan que ser rudos, y perseguir el placer fácil y hacerse los insensibles y no querer tener sentimientos: yo quizá sea un hombre a medias a los ojos de esos tipejos, pero ahora mismo, ante esta copa de vino como testigo, estoy a punto de tomar la decisión de hacer lo que haga falta, *lo que sea*, para conseguir que Carmen sonría cuando me mire igual que sonríe Julia cuando Mateo la ve.

Ah, *Cesco, scemo*, ¡espabila! ¡Deja la bebida! Sal a jugar, mira cuántas mujeres hermosas hay. ¿Por qué quieres que una sola te mire a ti de esa manera? ¿Por qué no vale cualquier otra?

Porque no vale cualquier otra.

Carmen gira, da vueltas. Su cabello ondea con el movimiento y se lleva el vuelo de la falda de su vestido con ella. Carmen y su grandísima sonrisa, sus ojos de avellana, su porte de dama, de diosa infranqueable. La Carmen a la que he besado, cuya piel ya sé cómo sabe. No quiero otra noche efímera con ella. No quiero algo pasajero. Quiero que dentro de un tiempo, el que haga falta, nosotros dos tengamos una fiesta igual que esta, y seamos nosotros dos los que nos miremos con ojos llenos de amor delante de decenas de testigos.

¿Ante quién podría ahora mismo jurar mi propósito? Miro a mi alrededor y no hay más que gente feliz comiendo, charlando, bailando y celebrando que Mateo y Julia se quieren. Ante la mismísima Diana de quien Carmen es efigie, cazadora y protectora. Diosa mía, atiende mi súplica: dame una oportunidad. Que Carmen

me mire. Que Carmen me vea. Que me considere, que me acepte. Y prometo hacer todo lo que esté en mi mano para elevar su vida y hacerla la persona más feliz.

Me bebo la copa de una, haciendo mi voto, y me pongo en pie: definitivamente, estoy un poco… un poco pasado de más. Pero es ahora cuando se tienen que tomar las grandes decisiones. Se acabó ser un cobarde. Así nunca conquistaré a Carmen.

Voy. Ella ve que me acerco hasta donde baila. La tarde nos va acogiendo, la luz es algo tenue ahora. Y Carmen me ve *y sonríe*. Lo sé, lo sé, ahora mismo está feliz, festejando, sonríe a todo el mundo, pero también me ha sonreído a mí, algo que no siempre ocurre. Es la señal, la respuesta de la diosa: haz tu parte, Cesco, y yo haré la mía. Acabo de abrir una puerta.

Querida lectora:

Gracias por acompañarme hasta aquí. Espero que la historia de Mateo y Julia te haya hecho disfrutar de un buen rato. Yo he tardado más tiempo del que nunca pensé en escribirla, entre cambios radicales de vida, enfermedades que nunca se esperan, reposo, terapia y recuperación. Me alegra muchísimo poder volver a escribir de manera regular, y que haya tantas de vosotras que disfrutéis con ello. En breve podrás saber más de la historia de Francesco y Carmen en *Una buena idea*. Sigue mi perfil de autora en Amazon para estar al corriente de las novedades y de las nuevas publicaciones. También puedes seguirme en Instagram: @minerva_ros_escritora. Si dejas una reseña honesta de esta novela, me ayudarás muchísimo mejorar y a seguir contando historias como esta.

MRos